DOS COMPAÑEROS DE TRABAJO
UNA DESASTROSA CITA A CIEGAS.
CERO REGLAS.

Los viernes no son para enamorarse



KAREN.T

CAPÍTULO 1

Los viernes son sagrados

Los viernes eran sagrados.

No porque Karla creyera en rituales, energías cósmicas o en esas afirmaciones positivas que su amiga Renata publicaba cada mañana sobre fondos de color beige, sino porque llevaba ocho meses defendiendo una rutina que le había devuelto algo parecido a la estabilidad. Durante cinco días podía tolerar juntas innecesarias, correos marcados como urgentes que no tenían nada de urgentes y la irritante costumbre de Dante de aparecer junto a su escritorio justo cuando ella necesitaba concentrarse. Pero cuando llegaba el viernes por la noche, todo eso dejaba de existir.

Los viernes eran suyos.

A las seis en punto apagaba la computadora, guardaba su libreta de dibujo en el bolso y se despedía de la oficina antes de que alguien pudiera pedirle "un favor rápido". Volvía a casa, se duchaba, elegía un conjunto que pareciera espontáneo aunque le hubiera tomado cuarenta minutos combinarlo y salía a cenar con un hombre al que, probablemente, no volvería a ver.

Era un sistema perfecto.

O, al menos, lo había sido hasta esa noche.

—¿No crees que el vestido rojo es demasiado? —preguntó Renata desde la cama, rodeada de prendas que no le pertenecían y comiendo cereal directamente de la caja.

Karla se observó de perfil frente al espejo de cuerpo entero. El vestido era de tela satinada, ceñido en la cintura y con un escote discreto que lograba el equilibrio exacto entre elegante y peligroso. Se acomodó uno de los tirantes y frunció los labios.

—Depende. ¿Demasiado para cenar o demasiado para que el imbécil crea que tiene posibilidades?

—La segunda.

—Entonces es perfecto.

Renata dejó escapar una risa y hundió la mano otra vez en la caja de cereal. Había llegado veinte minutos antes con la intención de "ayudarla a prepararse", aunque su aportación hasta el momento se había limitado a ocupar la cama, probarse dos pares de aretes y cuestionar todas las decisiones de Karla.

—¿Cómo se llama el de hoy?

—Sebastián.

—¿A qué se dedica?

Karla tomó un collar delicado de la cómoda y se lo colocó frente al espejo.

—Algo relacionado con criptomonedas.

Renata dejó de masticar.

—Eso no es un trabajo.

—Él dice que sí.

—¿Y tú le crees?

—No necesito creerle. Solo necesito que conozca un restaurante decente y que no hable con la boca llena.

—Tus estándares son cada vez más bajos.

—Mis estándares son realistas.

Renata lanzó un cereal hacia ella. Karla lo esquivó sin esfuerzo y lo vio caer junto a una de sus zapatillas.

—Recógelo.

—Ni siquiera tocó el piso.

—Está en el piso.

—Qué controladora eres.

—Qué poco te importa la higiene.

—Qué suerte que no estamos saliendo.

Karla giró hacia ella con una sonrisa.

—No duraríamos una semana.

—Tú no duras una semana con nadie.

El comentario fue dicho con ligereza, pero quedó suspendido entre ambas durante un instante. Karla bajó la mirada hacia el collar

y fingió revisar el broche, aunque ya estaba perfectamente colocado.

—Esa es la idea —respondió.

Renata la observó desde la cama. A diferencia de otras personas, sabía cuándo una broma había rozado algo que Karla no quería tocar. Por eso no insistió. Solo tomó otro puñado de cereal y cambió de tema con una naturalidad que Karla agradeció en silencio.

—¿Sebastián sabe que solo tiene una oportunidad?

—No exactamente.

—¿Entonces?

—Sabe que no estoy buscando una relación.

—Todos dicen que entienden eso hasta que les gustas.

Karla se aplicó perfume en las muñecas y las frotó con suavidad.

—Ese ya no es mi problema.

Lo había convertido en una norma desde el principio. Nada de citas improvisadas entre semana. Nada de mensajes de buenos días. Nada de conocer familias, adoptar apodos ridículos o hablar de viajes que nunca ocurrirían. Cada hombre recibía una noche, una buena conversación y, dependiendo de cómo se desarrollara la cena, quizá algo más. Después, Karla regresaba a su vida.

Era sencillo.

Limpio.

Seguro.

—Algún día alguien va a lograr que rompas tus reglas —dijo Renata.

—Los hombres son como las promociones del supermercado: duran poco y casi nunca cumplen lo que prometen.

Renata soltó una carcajada tan fuerte que casi derramó el cereal.

—Eso tienes que bordarlo en una almohada.

—Podría venderlas.

—O regalar una en cada cita.

—No quiero que se ilusionen.

—Karla, la mayoría de los hombres con los que sales no sabría identificar una ilusión aunque viniera con instrucciones.

Karla sonrió y recogió el bolso de la silla. Antes de cerrarlo comprobó que llevara lo indispensable: cartera, labial, llaves, cargador portátil y su pequeña libreta de dibujo. La cargaba a todas

partes por costumbre. Dibujar era la única actividad que podía absorberla durante horas sin pedirle explicaciones, sin exigirle nada y sin recordarle todo lo que había salido mal.

Renata se dio cuenta de que la guardaba y arqueó una ceja.

—¿También llevas la libreta a tus citas?

—A veces llegan tarde.

—O son aburridos.

—También.

El teléfono de Karla vibró sobre la cómoda. Leyó el mensaje que acababa de recibir y su expresión cambió.

—¿Qué pasó?

—Sebastián canceló.

—¿Qué excusa puso?

Karla leyó en voz alta, imitando una solemnidad exagerada.

—"Surgió una oportunidad de inversión que no puedo dejar pasar".

Renata parpadeó.

—Te cambió por una estafa piramidal.

—Parece que sí.

Karla dejó el teléfono boca abajo y miró su reflejo. El vestido rojo seguía siendo perfecto, el maquillaje estaba intacto y había invertido demasiado tiempo en alisar su cabello para quedarse en casa viendo una serie que no le interesaba. La cancelación no le dolía. Sebastián apenas le gustaba lo suficiente para compartir una entrada y quizá un postre, pero la irritaba que alguien hubiera alterado su rutina.

—Podemos salir nosotras —propuso Renata—. Pedimos algo, criticamos parejas ajenas y fingimos que somos mejores personas de lo que somos.

—Tú tienes una cena con Mateo.

—Puedo cancelar.

—No.

—Él entendería.

—Ese es el problema. Tienes una relación saludable y me niego a ser responsable de arruinarla.

Renata cerró la caja de cereal y se levantó de la cama. Vestía jeans, una camiseta holgada y el tipo de comodidad que Karla solo

se permitía cuando nadie iba a verla.

—Tengo una opción.

—No me gusta tu tono.

—Ni siquiera sabes qué voy a decir.

—Precisamente.

Renata sonrió con demasiada satisfacción y tomó su teléfono. Karla la vio desplazarse por la pantalla con rapidez.

—Mateo tiene un amigo.

—No.

—No sabes nada de él.

—Sé que es amigo de Mateo.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Mateo cree que usar sandalias en una boda es apropiado.

—Era una boda en la playa.

—La recepción fue en un hotel.

—No importa. Su amigo está soltero, es divertido y, según Mateo, necesita conocer a alguien que no se impresione con facilidad.

Karla cruzó los brazos.

—¿Y por qué yo querría conocer a alguien descrito como una prueba de resistencia emocional?

—Porque ya estás arreglada.

—Esa no es una razón.

—Porque es viernes.

Karla sostuvo la mirada de su amiga.

Eso sí era una razón.

Renata detectó la vacilación y se apresuró a continuar.

—No tienes que verlo otra vez. No tienes que enamorarte, casarte ni elegir los nombres de sus hijos. Solo cena con él. Una noche. Como siempre.

—No me gustan las citas a ciegas.

—Porque no puedes investigarlos antes.

—Porque no puedo verificar si tienen antecedentes penales o un podcast.

—Mateo lo conoce desde hace años. Te prometo que no es un asesino.

—No dijiste nada del podcast.

—No tiene podcast.

Karla caminó hacia la ventana. La ciudad comenzaba a encenderse bajo un cielo oscuro, y desde el octavo piso las luces de los edificios parecían más ordenadas de lo que realmente eran. Se apoyó en el borde y contempló su reflejo sobre el vidrio. Podía quitarse el vestido, pedir comida y dibujar durante horas. No era un mal plan.

Sin embargo, no quería que una cancelación transformara su viernes en una noche cualquiera.

—¿Dónde sería?

Renata sonrió.

—En Amaretto.

Karla se giró de inmediato.

—¿El restaurante italiano del centro?

—Ese mismo.

—Nunca hay reservaciones.

—Mateo consiguió una.

—¿Cómo?

—No pregunté. Creo que su amigo conoce al gerente o salvó a alguien de un incendio.

—Mateo exagera.

—Probablemente solo llamó con anticipación.

Karla intentó mantener una expresión indiferente, pero Amaretto llevaba meses en su lista. Había escuchado hablar de la pasta hecha a mano, del risotto de hongos y, sobre todo, del pastel tibio de cajeta que servían con helado de vainilla y nueces caramelizadas.

El pastel era casi una leyenda.

—Dicen que el postre de cajeta es ridículo —añadió Renata, demasiado consciente del efecto que aquello tendría.

—Eso he escuchado.

—Y que solo preparan doce por noche.

Karla entrecerró los ojos.

—Estás manipulándome.

—Estoy usando información relevante para ayudarte a tomar una decisión.

—Eso es manipulación con vocabulario corporativo.

—¿Funciona?

Karla regresó hacia la cómoda y tomó su labial.

—Dile a Mateo que le envíe mi número.

—¿Eso es un sí?

—Es un sí al pastel. El hombre es circunstancial.

Renata levantó ambos brazos en señal de victoria.

—Sabía que la cajeta triunfaría donde el romance fracasó.

—El romance nunca tuvo oportunidad.

Mientras Renata enviaba mensajes, Karla retocó el labial y trató de ignorar la pequeña incomodidad que comenzaba a instalarse bajo sus costillas. No era nerviosismo. No podía serlo. Había tenido suficientes primeras citas para saber cómo manejar cualquier situación. Podía sostener una conversación con un hombre obsesionado con sí mismo, detectar una mentira antes de que terminara de contarla y escapar de un restaurante en menos de tres minutos si era necesario.

Lo único distinto era que no sabía con quién iba a encontrarse.

—Listo —dijo Renata—. Mateo ya habló con él. Te espera a las nueve.

—¿Y cómo voy a reconocerlo?

—Él te reconocerá.

—Eso suena inquietante.

—Le mandé una foto tuya.

Karla giró la cabeza con lentitud.

—¿Cuál?

—Una bonita.

—Renata.

—La de tu cumpleaños.

—¿La del vestido azul?

—Sí.

—En esa foto estoy sosteniendo una botella de tequila.

—Pero te ves preciosa.

—Estoy a punto de caerme sobre una mesa.

—Eso demuestra que eres divertida.

Karla extendió la mano.

—Dame tu teléfono.

Renata lo escondió detrás de la espalda.

—Ya la vio.

—Voy a asesinarte.

—No puedes. Le prometí a Mateo que llegaría a cenar.

Karla avanzó hacia ella, pero Renata rodeó la cama entre risas. Después de dos intentos inútiles por atraparla, Karla se rindió y recogió su bolso.

—Cuando esta cita sea un desastre, será tu culpa.

—Cuando sea el amor de tu vida, también aceptaré el crédito.

—No digas cosas horribles.

Renata sonrió y se acercó para acomodarle un mechón de cabello.

—Solo intenta pasarla bien.

—Siempre la paso bien.

—No es verdad.

La respuesta salió demasiado rápido.

—Claro que sí.

—Controlas la conversación, decides cuánto dura la cena y te vas antes de que la otra persona pueda conocerte. Eso no es pasarla bien. Eso es dirigir una operación militar con aperitivos.

Karla sostuvo su mirada. Por un segundo estuvo tentada a responder con alguna burla, pero conocía a Renata lo suficiente para notar la preocupación detrás del comentario.

—Me gusta tener el control.

—Lo sé.

—Y no tiene nada de malo.

—No. Pero quizá algún día podrías dejar de tratar cada cita como si estuvieras desactivando una bomba.

—Las bombas son más predecibles.

Renata suspiró, aunque una sonrisa volvió a aparecer en su boca.

—Prométeme que no vas a descartarlo en los primeros cinco minutos.

—Puedo ofrecerle siete.

—Quince.

—Diez.

—Trato hecho.

Karla tomó las llaves y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, Renata la llamó.

—Oye.

Karla se volvió.

—No todos son él.

El aire pareció volverse más pesado.

No hacía falta preguntar a quién se refería. Ambas conocían el nombre que no pronunciaban desde hacía meses, el hombre que había prometido mudarse con ella y después había desaparecido de su vida con la misma facilidad con la que había retirado su cepillo de dientes del baño. El que le había enseñado que las promesas podían tener fecha de caducidad, aunque nadie se molestara en avisarte.

Karla apretó las llaves dentro del puño.

—Lo sé.

—¿De verdad?

—Sí.

Renata no pareció convencida, pero no insistió.

—Mándame un mensaje cuando llegues.

—Lo haré.

—Y si el tipo es raro, usa la palabra clave.

—No tenemos una palabra clave.

—Ahora es "cajeta".

—Voy a decir cajeta toda la noche.

—Entonces "brócoli".

—Odio el brócoli.

—Por eso funciona.

Karla negó con la cabeza y salió del departamento antes de que su amiga inventara un protocolo de emergencia completo.

El trayecto hacia el restaurante le tomó poco más de veinte minutos. Durante el camino, intentó concentrarse en la música y no en las posibles formas en que la noche podía salir mal. En el asiento del copiloto, su teléfono vibró dos veces, pero esperó hasta detenerse frente a un semáforo para revisarlo.

El primer mensaje era de Renata.

No lo intimides.

El segundo era de un número desconocido.

Hola. Soy tu cita misteriosa. Ya voy en camino.

Karla arqueó una ceja.

Cita misteriosa.

Sonaba como alguien que usaría un sombrero en interiores.

Escribió una respuesta breve.

Karla. Llegaré puntual.

La respuesta apareció casi de inmediato.

Eso suena amenazante.

Ella lo miró durante un momento y, contra su voluntad, sonrió.

Solo para la gente impuntual.

Tres puntos aparecieron en la pantalla.

Entonces intentaré sobrevivir.

El semáforo cambió a verde antes de que pudiera responder. Karla dejó el teléfono a un lado, aunque la sonrisa tardó un poco más en desaparecer.

Amaretto ocupaba la planta baja de un edificio antiguo, con ventanales amplios, luces cálidas y una fila de personas esperando junto a la entrada. Karla estacionó a una calle de distancia y caminó bajo el resplandor de los anuncios. El aire de la noche era más frío de lo que esperaba, pero no se arrepintió del vestido. Algunas decisiones exigían sacrificios.

Cuando llegó, comprobó la hora.

Ocho cincuenta y siete.

Perfecto.

La fila avanzaba con lentitud. Desde afuera podía ver las mesas cubiertas con manteles blancos, copas brillantes y meseros desplazándose con una coordinación impecable. El aroma a mantequilla, pan recién horneado y café escapaba cada vez que se abría la puerta.

Karla sintió que la noche comenzaba a mejorar.

Se acomodó el bolso sobre el hombro y buscó entre los rostros cercanos, aunque no sabía exactamente a quién estaba buscando. Un hombre alto con camisa blanca la miró durante un segundo, pero después saludó a una mujer que acababa de llegar detrás de ella. Otro, junto a la recepción, parecía demasiado mayor para ser amigo de Mateo.

Su teléfono vibró.

Estoy a dos minutos. No te vayas.

Karla escribió:

Tienes diez antes de que pida el pastel sin ti.

La respuesta llegó enseguida.

¿Pastel antes de cenar?

Ella sonrió.

No juzgues mis prioridades.

Guardó el teléfono y entró al restaurante. La recepcionista verificó la reservación y le pidió esperar junto a la barra. Karla agradeció y avanzó entre las mesas, observando con satisfacción los platos que pasaban frente a ella.

Definitivamente, el desconocido ya había ganado algunos puntos por elegir el lugar.

Se sentó en uno de los bancos y pidió agua mineral. Mientras esperaba, sacó su libreta de dibujo. No pretendía comenzar nada elaborado, solo entretenerse durante los minutos restantes. Abrió una página en blanco y comenzó a trazar la forma de una copa, la curva del borde, la sombra que proyectaba sobre la barra.

A su alrededor, el restaurante estaba lleno de conversaciones, risas y cubiertos chocando contra los platos. Era el tipo de ruido que Karla disfrutaba: suficiente para sentirse acompañada, pero no tanto como para exigirle participar.

Se inclinó un poco más sobre la libreta y añadió detalles al dibujo.

No vio al hombre que acababa de entrar.

Tampoco notó cuando la recepcionista levantó la cabeza para recibirlo ni cuando él buscó entre las mesas con una expresión confundida. Solo escuchó unos pasos aproximarse detrás de ella y una voz masculina decir su nombre.

Una voz demasiado familiar.

—¿Karla?

El lápiz se detuvo sobre el papel.

Durante un segundo, pensó que su mente le estaba jugando una broma. Después cerró los ojos, respiró hondo y se volvió despacio.

Dante estaba de pie a pocos pasos, con una mano todavía sobre el respaldo del banco vacío. No llevaba la ropa informal de la oficina

ni la sudadera gris que usaba cuando quería irritarla diciendo que "la creatividad no necesitaba código de vestimenta". Vestía pantalones oscuros, una camisa negra con las mangas dobladas hasta los antebrazos y una expresión que oscilaba entre la sorpresa y el horror.

Karla lo miró.

Dante la miró.

Ninguno dijo nada durante varios segundos.

Entonces ambos hablaron al mismo tiempo.

—¿Qué haces tú aquí?

CAPÍTULO 2

El infierno tiene reservación para dos

—¿Qué haces tú aquí?

La pregunta salió de ambos al mismo tiempo, con la misma mezcla de sorpresa y desagrado, como si el universo acabara de cometer un error administrativo de proporciones imperdonables.

Dante se quedó inmóvil frente a la barra, todavía con una mano apoyada sobre el respaldo del banco vacío. Durante el trayecto al restaurante había imaginado muchas posibilidades. Una mujer que hablara demasiado. Una que no hablara en absoluto. Alguien obsesionada con la astrología, con su exnovio o con convertir cada conversación en una entrevista laboral.

No había contemplado a Karla.

Mucho menos a Karla usando un vestido rojo que parecía diseñado específicamente para arruinarle la capacidad de pensar.

Se obligó a apartar la mirada antes de que ella notara que la había recorrido de arriba abajo. Por desgracia, conocía demasiado bien la expresión que Karla tenía en ese momento: labios apretados, ceja ligeramente elevada y los dedos cerrados alrededor del lápiz como si estuviera considerando clavárselo en la mano.

—Yo pregunté primero —dijo ella.

—Lo dijimos al mismo tiempo.

—Mi voz salió antes.

—Eso no es verdad.

—¿Vas a discutir hasta por el orden de las palabras?

—Depende. ¿Vas a inventar reglas para ganar?

Karla cerró la libreta de golpe.

Ahí estaba.

La misma reacción que obtenía de ella cada mañana en la oficina. Una mirada afilada, una inhalación lenta y esa forma particular de pronunciar su nombre como si fuera una enfermedad contagiosa.

—Dante.

Él sonrió por reflejo.

—Karla.

La recepcionista los observó desde el mostrador con una sonrisa profesional que no conseguía ocultar del todo su curiosidad. Dante la ignoró. Seguía demasiado ocupado tratando de entender cómo su mejor amigo había conseguido emparejarlo con la única mujer a la que llevaba años intentando no confesarle que le gustaba.

Mateo sabía que trabajaban juntos. O al menos debería saberlo. Dante se había quejado de Karla suficientes veces como para que su nombre formara parte habitual de sus conversaciones. Claro que nunca había explicado cómo era, en qué departamento trabajaba ni por qué recordaba detalles tan absurdos como el café que tomaba o los días en que llevaba el cabello recogido.

Tal vez ese había sido el problema.

—¿Tú eres la cita misteriosa? —preguntó Karla, como si la idea resultara ofensiva a nivel personal.

—Prefería "hombre intrigante", pero sí.

—Esto tiene que ser una broma.

—Una bastante elaborada. Reservaron un restaurante lleno, coordinaron horarios y te pusieron ese vestido solo para arruinarme la noche.

Ella bajó la mirada hacia su vestido por apenas un segundo y después volvió a observarlo.

—No me vestí para ti.

—Eso me tranquiliza. Habría sido demasiada presión.

—No te emociones.

—No estaba emocionado hasta que dijiste que no lo hiciera.

Karla tomó su bolso y se levantó del banco. Dante dio un paso atrás para dejarle espacio, aunque no lo suficiente como para evitar percibir su perfume. Era suave, ligeramente dulce, y le resultaba demasiado familiar. Karla lo usaba algunos días en la oficina, generalmente cuando tenía reuniones importantes.

Él sabía demasiadas cosas que no debería saber.

—Voy a llamar a Renata —dijo ella mientras buscaba su teléfono.

—Yo voy a matar a Mateo.

—Haz fila.

Dante sacó el suyo al mismo tiempo. Encontró tres mensajes de Mateo que no había visto durante el camino.

Compórtate.

No le hables de videojuegos durante toda la cena.

Y por lo que más quieras, no uses la palabra "bro".

Dante miró la pantalla con incredulidad.

—Ese desgraciado sabía algo.

—¿Qué?

—Mateo me mandó instrucciones.

—Renata me dijo que no te intimidara.

—¿Te parece que lo estás consiguiendo?

Karla levantó la vista del teléfono.

—No sabía que eras tan sensible.

—No sabía que eras tan aterradora fuera del horario laboral.

—Lo dices como si en la oficina no pasaras el día provocándome.

—Te mantiene alerta.

—Me mantiene considerando delitos.

—Entonces también estimula tu creatividad.

Karla marcó el número de Renata y se apartó un poco. Dante hizo lo mismo con Mateo, aunque no necesitó alejarse para escuchar el tono furioso con el que ella saludó a su amiga.

—¿Tú sabías quién era?

Dante sonrió mientras esperaba que Mateo contestara.

Renata debió responder que no, porque Karla frunció el ceño y comenzó a caminar en un pequeño círculo junto a la barra.

—¿Cómo que no sabías? Trabaja conmigo. Te he hablado de él. Sí, ese Dante. No, no es gracioso.

Él levantó una mano.

—A veces soy gracioso.

Karla le dio la espalda.

Mateo contestó al cuarto tono.

—Hermano, antes de que digas nada...

—Voy a dejar de llamarte hermano.

—Eso sería raro después de quince años.

—¿Me emparejaste con Karla?

Hubo un silencio breve al otro lado.

—¿Karla, Karla?

—No conozco otra.

—Espera. ¿La de tu oficina?

Dante apretó el teléfono contra la oreja.

—¿Cuántas veces te he hablado de ella?

—Muchas, pero nunca dijiste su apellido.

—Tampoco me preguntaste.

—¿Cómo iba a imaginar que la amiga de Renata era la misma mujer que te vuelve loco en el trabajo?

Dante miró de reojo a Karla. Ella seguía discutiendo por teléfono, moviendo una mano mientras hablaba. El vestido rojo se ajustaba a su cintura y él tuvo que apartar la mirada otra vez.

—No me vuelve loco.

Mateo soltó una risa.

—Claro.

—Cállate.

—Esto es increíble.

—Esto es una catástrofe.

—Dante, llevas años hablando de ella.

—Quejarme de alguien no significa que quiera cenar con esa persona.

—Nunca te quejas de nadie con tanto detalle.

Dante bajó la voz.

—No empieces.

—¿Ella sabe?

—No.

—Entonces compórtate.

—¿Por qué todo el mundo cree que necesito esa instrucción?

—Porque te pones nervioso y haces bromas estúpidas.

Dante apretó la mandíbula.

—No estoy nervioso.

—¿Estás sonriendo?

Dejó de hacerlo inmediatamente.

—Voy a colgar.

—No te vayas. La reservación me costó semanas.

—No pienso cenar con ella.

—Mentiroso.

Dante terminó la llamada antes de responder. Cuando guardó el teléfono, Karla ya había terminado la suya. Se miraron desde lados opuestos de la barra con la resignación de dos personas que acababan de recibir la misma mala noticia.

—No sabían —dijo ella.

—Mateo tampoco.

—Eso dicen.

—¿Crees que organizaron esto a propósito?

—Renata sería capaz.

—Mateo también.

Se quedaron en silencio.

Dante la observó sujetar el bolso contra su cuerpo, incómoda de una forma que rara vez mostraba en la oficina. Allí siempre parecía saber exactamente qué hacer, qué decir y cómo solucionar cualquier problema antes de que los demás comprendieran que existía. En ese momento, sin embargo, parecía tan desconcertada como él.

Aquello debería haberlo tranquilizado.

No lo hizo.

—Podemos cancelar —dijo Karla.

La rapidez con la que lo propuso le molestó más de lo que debería.

—Por supuesto.

—Perfecto.

—Perfecto.

Ninguno se movió.

Karla señaló la salida con un gesto.

—Después de ti.

—No, por favor. Tú lo sugeriste.

—¿Por qué tendría que irme primero?

—Porque eres quien quiere cancelar.

—Tú también quieres.

—Pero fui educado y dejé que lo dijeras.

—Eso no es educación. Es cobardía.

—Y aun así sigues aquí.

Karla entrecerró los ojos. Dante sostuvo su mirada, aunque por dentro comenzaba a disfrutar demasiado la discusión. Siempre ocurría lo mismo. Bastaba con que ella lo retara para que él olvidara cualquier intención razonable de alejarse.

La recepcionista carraspeó con delicadeza.

—Disculpen.

Ambos se volvieron hacia ella.

—Su mesa está lista.

—No vamos a quedarnos —respondió Karla.

—Probablemente —añadió Dante.

Ella giró hacia él.

—¿Probablemente?

—Todavía no hemos discutido quién se va primero.

—No hay nada que discutir.

—Entonces sal.

—Sal tú.

La recepcionista mantuvo la sonrisa, aunque sus ojos revelaban que estaba disfrutando la escena.

—Entiendo que hubo una confusión —dijo—, pero debo avisarles que el restaurante está completamente lleno. Si deciden cancelar, perderán la reservación y no podremos recibirlos de nuevo esta noche.

Karla miró hacia el comedor. Todas las mesas estaban ocupadas y varias personas esperaban cerca de la entrada. Dante siguió la dirección de su mirada hasta detenerse en una vitrina al fondo, donde descansaban varios postres.

—¿Ese es el famoso pastel de cajeta? —preguntó.

Karla volvió la cabeza con demasiada rapidez.

—No sé.

—Claro que sabes.

—Tal vez lo he visto en redes.

—Tú investigas los menús antes de ir a un restaurante.

—Eso es planificación.

—Eso es obsesión.

—Habla el hombre que organiza su rutina del gimnasio por colores.

Dante parpadeó.

—¿Cómo sabes eso?

Karla pareció darse cuenta demasiado tarde de lo que había dicho.

—Lo mencionaste en la oficina.

—No recuerdo haberlo hecho.

—Hablas demasiado. Es imposible recordar todo lo que dices.

La recepcionista intervino antes de que él pudiera insistir.

—También debo mencionar que quedan pocos pasteles de cajeta esta noche.

Karla miró la vitrina.

Dante miró a Karla.

La batalla estaba perdida.

—Podemos comer y después olvidar que esto ocurrió —dijo ella.

Él sintió una satisfacción absurda, pero se aseguró de que no apareciera en su rostro.

—No sé. Dijiste que querías cancelar.

—Puedo soportar una cena.

—No parece que puedas soportar cinco minutos.

—He soportado trabajar contigo durante tres años.

—Eso explica por qué eres tan resistente.

Karla dio un paso hacia él y bajó la voz.

—Nos sentamos, cenamos y no volvemos a hablar de esto.

—¿Ni en la oficina?

—Especialmente en la oficina.

—¿Y quién pagará?

—Cada uno lo suyo.

—Qué romántico.

—Esto no es una cita.

—Técnicamente sí.

—No.

—Ambos vinimos con la intención de conocer a alguien.

—Pero ya nos conocemos.

—Entonces vamos adelantados.

Ella lo miró con una expresión que habría hecho retroceder a una persona sensata.

Dante sonrió.

Nunca había sido especialmente sensato cuando se trataba de Karla.

—Diez minutos —dijo ella—. Si te vuelves insoportable, me voy.

—Ya llevas más de diez minutos conmigo.

—Y me estoy arrepintiendo.

La recepcionista tomó dos menús y les indicó que la siguieran. Karla avanzó primero, con los hombros rectos y el mentón ligeramente levantado, como si caminar hacia la mesa fuera una decisión estratégica y no una rendición causada por un postre.

Dante fue detrás de ella.

El restaurante era más elegante de lo que había imaginado. Las luces colgantes proyectaban un resplandor cálido sobre las mesas, una melodía suave sonaba de fondo y el aroma a pan recién horneado hacía difícil recordar que se suponía que aquella noche era un desastre.

La mesa estaba junto a uno de los ventanales. La recepcionista dejó los menús y se retiró después de desearles una buena cena.

Karla tomó asiento sin mirarlo.

Dante ocupó la silla frente a ella.

Durante varios segundos, ninguno dijo nada.

Era extraño verla así, fuera de la oficina. Sin una computadora entre ambos, sin compañeros fingiendo trabajar mientras escuchaban sus discusiones y sin una excusa laboral para observarla. La luz del restaurante suavizaba sus facciones y hacía brillar el collar alrededor de su cuello.

Dante abrió el menú para ocultar que la estaba mirando.

—Esto es incómodo —dijo Karla.

—Solo porque lo mencionaste.

—Era incómodo antes.

—Yo estaba perfectamente bien.

—Te quedaste congelado cuando me viste.

—Pensé que eras otra persona.

—¿Una persona que conoces?

—Una persona que me cae bien.

Karla bajó el menú.

—¿Vas a empezar?

—Todavía no he pedido bebida. Técnicamente, no hemos empezado.

Un mesero se acercó a la mesa con una cesta de pan.

—Buenas noches. Mi nombre es Julián y estaré atendiendo su mesa. ¿Desean comenzar con algo de beber?

Karla abrió la boca, pero Dante habló primero.

—Agua mineral para ella.

Ella giró lentamente hacia él.

—¿Perdón?

Dante se dio cuenta de su error cuando ya era demasiado tarde.

—Siempre pides agua mineral.

El mesero miró de uno al otro.

Karla apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Cómo sabes lo que siempre pido?

—Hemos comido juntos en reuniones.

—Dos veces.

—Tengo buena memoria.

—No recuerdas ni las contraseñas de tus propias cuentas.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Las contraseñas no me gritan cuando llego cinco minutos tarde.

Julián seguía junto a la mesa, observándolos con una paciencia admirable.

—Agua mineral está bien —dijo finalmente Karla—. Gracias.

—Para mí también.

El mesero anotó y se alejó.

Karla esperó hasta que estuviera fuera de alcance.

—Eso fue raro.

—Pedir agua no es raro.

—Recordar lo que bebo sí.

—No eres tan misteriosa como crees.

—Y tú eres mucho más extraño de lo que creía.

Dante tomó un trozo de pan y lo partió por la mitad.

—¿Solo porque recuerdo tu bebida?

—Porque también sabías que investigué el menú.

—Todos saben que investigas todo.

—¿Todos?

—En la oficina.

—¿Hablan de mí?

—Constantemente.

Karla dejó el menú sobre la mesa.

—¿Qué dicen?

Dante la observó durante un instante. Podía haber respondido con la verdad. Que todos admiraban su trabajo. Que confiaban en ella incluso cuando se quejaban de sus exigencias. Que él había escuchado más de una vez cómo alguien decía que el equipo se derrumbaría sin Karla.

En lugar de eso, tomó otro pedazo de pan.

—Que escondes una lista con los nombres de las personas que odias.

—La tengo.

—¿Estoy en los primeros cinco?

—Tienes una sección propia.

Él soltó una risa.

Karla intentó mantener el gesto serio, pero la comisura de su boca se movió apenas.

Dante lo notó.

Y, por alguna razón, aquello le pareció más peligroso que todas sus discusiones juntas.

Julián regresó con las bebidas y las colocó sobre la mesa con una cautela que sugería que ya había entendido que cualquier movimiento brusco podía reiniciar la discusión.

—¿Desean que les explique las especialidades de la casa?

—Sí —respondió Karla.

—No —dijo Dante al mismo tiempo.

Ella volvió la cabeza hacia él.

—¿Por qué no?

—Porque ya investigaste el menú.

—Eso no significa que no quiera escuchar.

—Significa que probablemente sabes más que él.

Julián levantó las cejas, pero Karla le ofreció una sonrisa educada.

—Me gustaría escuchar las recomendaciones.

—Por supuesto. Esta noche tenemos ravioles rellenos de ricota y espinaca, risotto de hongos silvestres y salmón en salsa de limón. También contamos con una lasaña de cocción lenta que tarda aproximadamente veinticinco minutos.

—Los ravioles suenan bien —dijo Karla.

—La lasaña —eligió Dante.

Ella lo miró con desconfianza.

—Ni siquiera has abierto bien el menú.

—No necesito estudiar un expediente para pedir comida.

—Luego no te quejes si sabe mal.

—No suelo culpar a otros por mis decisiones.

El comentario fue dicho con ligereza, pero Karla se quedó quieta durante una fracción de segundo. Dante lo notó y se arrepintió de inmediato. No sabía exactamente qué parte había tocado, aunque conocía lo suficiente de su historia para sospecharlo.

Julián intervino preguntando si querían alguna entrada.

—La burrata —dijo Karla.

—Las alcachofas fritas —dijo Dante.

Se miraron.

—La burrata —repitió ella.

—Ya escuchó.

—Yo también pedí algo.

—Pero la burrata combina mejor con el pan.

—Las alcachofas son más interesantes.

—No todo tiene que ser interesante.

—Eso explica muchas de tus decisiones.

Karla cerró el menú con calma y miró al mesero.

—Traiga las dos.

—Excelente elección.

Julián recogió los menús y se alejó con una velocidad que Dante interpretó como instinto de supervivencia.

—Acabas de pedir dos entradas para demostrar que puedes —dijo él.

—Acabo de evitar otra discusión.

—Pidiendo todo.

—Es una estrategia válida.

—Cara, pero válida.

Karla tomó un sorbo de agua y desvió la mirada hacia el ventanal. Desde su mesa podían verse las luces de los automóviles reflejadas sobre la calle húmeda. Había comenzado a lloviznar sin que ninguno lo notara.

Dante jugueteó con la servilleta. Ahora que ya no tenían el menú como escudo, la situación se sentía peligrosamente parecida a una cita real.

—Entonces —dijo él—, ¿qué se supone que hacemos ahora?

—Cenar.

—Las citas suelen incluir conversación.

—Esto no es una cita.

—La recepcionista cree que sí.

—La recepcionista no importa.

—Julián también.

—Julián solo quiere una buena propina.

—¿Y qué te dijo Renata sobre mí?

Karla se acomodó en la silla.

—Que eras amigo de Mateo, divertido y que necesitabas conocer a alguien que no se impresionara fácilmente.

Dante frunció el ceño.

—Eso suena ofensivo.

—Lo fue.

—¿Y aun así aceptaste?

—Por el restaurante.

—Claro. El pastel.

—Principalmente.

—Qué bonito saber que fui el elemento menos importante de mi propia cita.

Karla sonrió apenas.

—No te lo tomes personal. La cajeta compite en otra categoría.

—¿Siempre te ha gustado tanto?

—Desde niña.

—¿Cuánto es "tanto"?

Ella se tomó un momento para pensarlo.

—Mi pastel de cumpleaños número ocho tenía relleno de cajeta, cobertura de cajeta y decoraciones de cajeta.

—Eso suena ilegal.

—Fue perfecto.

—¿Sobrevivieron los invitados?

—Algunos.

Dante soltó una risa. La imagen de una Karla de ocho años, probablemente dirigiendo su propia fiesta y exigiendo porciones simétricas, apareció en su mente con una claridad inesperada.

—Ahora tú —dijo ella.

—¿Yo qué?

—Mateo debió decirte algo sobre mí.

Dante apoyó un brazo sobre la mesa.

—Dijo que eras inteligente, bonita y un poco intensa.

Karla entrecerró los ojos.

—¿Un poco?

—Estoy intentando ser diplomático.

—Tú no sabes ser diplomático.

—También dijo que eras amiga de Renata y que estabas cansada de salir con idiotas.

Ella soltó una risa seca.

—Eso último sí es verdad.

—¿Tantos han sido?

—Los suficientes.

—Tal vez el problema es tu sistema de selección.

—Mi sistema funciona.

—Estás cenando conmigo.

—Fue una falla excepcional.

—Entonces deberías actualizarlo.

Las entradas llegaron antes de que Karla pudiera responder. Julián colocó la burrata en el centro y después las alcachofas. Dante

agradeció, pero Karla lo hizo con una amabilidad que contrastaba con la forma en que solía hablarle a él.

—Gracias. Se ve increíble —dijo ella.

Julián sonrió.

—Que lo disfruten.

Dante esperó hasta que se alejara.

—Eres muy amable con él.

—¿Eso te sorprende?

—Un poco.

—No soy desagradable.

—Conmigo sí.

—Tú haces un esfuerzo especial por merecerlo.

Dante tomó una alcachofa y la probó.

—Eso está muy bien.

—¿Vas a admitir que tenías razón?

—Dije que estaba bien, no que fuera mejor.

Karla sirvió un poco de burrata sobre su plato. El gesto fue preciso, cuidadoso, como todo lo que hacía. Dante la observó durante unos segundos y después extendió el plato hacia ella.

—¿Me das?

Ella levantó la mirada.

—¿No decías que las alcachofas eran más interesantes?

—Puedo tener intereses diversos.

Karla le sirvió una porción, aunque lo hizo con la expresión de quien alimenta a un animal que no debería acostumbrarse a recibir comida.

—Gracias.

—No lo hagas raro.

—Solo te di las gracias.

—Lo dijiste demasiado amable.

—Puedo insultarte si eso te hace sentir segura.

—Eso sería más natural.

La conversación se volvió extrañamente sencilla después de aquello. No agradable, exactamente, pero menos hostil. Discutieron sobre cuál entrada era mejor, sobre si la piña tenía derecho a estar

sobre una pizza y sobre la costumbre de Dante de llegar a las juntas con café para todos menos para Karla.

—Porque nunca sé cuál quieres —se defendió él.

—Siempre pido lo mismo.

—Agua mineral, café americano sin azúcar y, cuando estás de mal humor, capuchino.

Karla dejó el tenedor sobre el plato.

—Otra vez.

Dante se dio cuenta demasiado tarde.

—¿Otra vez qué?

—Sabes demasiadas cosas.

—Trabajo contigo.

—También trabajas con Claudia y no sabes cómo toma el café.

—Claudia toma cualquier cosa que tenga cafeína.

—¿Y Roberto?

—Leche con un poco de café.

—¿Y yo?

Dante sostuvo su mirada.

La respuesta verdadera era que sabía cómo tomaba el café porque la había observado durante años. Porque recordaba la primera vez que Karla se había quedado hasta tarde terminando una presentación y él había bajado a buscarle algo caliente sin preguntarle. Porque todavía podía recordar su sonrisa cuando probó el capuchino y dijo que por fin había servido para algo.

—Eres predecible —respondió.

Ella pareció decepcionada durante un instante, aunque Dante no supo si lo había imaginado.

—Tú también.

—¿Ah, sí?

—Llegas tarde los lunes, entrenas antes de venir los martes y jueves, y los viernes pasas la mitad de la mañana mirando el reloj.

Dante apoyó la espalda contra la silla.

—Eso fue sorprendentemente específico.

Karla tomó otro bocado.

—Trabajo contigo.

—Exactamente.

Ella negó con la cabeza, pero no discutió.

Los platos principales llegaron poco después. Dante había pedido la lasaña convencido de que cualquier cosa con suficiente queso era una decisión razonable. Karla, en cambio, analizó sus ravioles como si estuviera evaluando una obra de arte.

—¿Vas a comerlos o escribir una reseña? —preguntó.

—Estoy disfrutando la presentación.

—Llevas un minuto mirándolos.

—La comida entra por los ojos.

—La mía está entrando por la boca y funciona bastante bien.

Karla probó uno de los ravioles y cerró los ojos durante un segundo.

Dante sonrió.

—¿Está bueno?

Ella abrió los ojos y recuperó la compostura.

—Aceptable.

—Acabas de tener una experiencia espiritual.

—No exageres.

—Casi lloras.

—Era vapor.

—El vapor no sale de los ojos.

Karla cortó otro raviol y lo dejó sobre su tenedor.

—¿Quieres probarlo?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—¿Me estás ofreciendo comida?

—Quiero que dejes de mirarme.

—No te estaba mirando.

—Llevas toda la noche haciéndolo.

Dante sintió que algo se tensaba en su pecho. Karla lo había dicho sin enojo, casi como una observación casual, pero él bajó la mirada hacia su plato de inmediato.

—Tal vez tienes algo en la cara.

Ella tomó su teléfono y activó la cámara frontal.

—No tengo nada.

—Entonces tal vez estaba mirando detrás de ti.

—Hay una pared.

—Una pared interesante.

Karla lo observó durante un momento más y después dejó el teléfono boca abajo.

—Eres pésimo mintiendo.

Dante no respondió. Tomó un poco de agua y se obligó a concentrarse en la lasaña.

Por primera vez desde que habían entrado, el silencio no se sintió como una competencia. Karla comió con la mirada fija en el plato, y él se preguntó si había notado algo más de lo que debería.

—¿Por qué aceptaste la cita? —preguntó ella de pronto.

—Mateo insistió.

—Eso no responde.

Dante se encogió de hombros.

—Dijo que llevo demasiado tiempo solo.

—¿Y es verdad?

—Probablemente.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Esto es un interrogatorio?

—Estoy intentando conversar.

—Eres intimidante hasta cuando socializas.

—Responde.

Dante movió el tenedor entre las capas de pasta.

—Casi dos años.

Karla levantó las cejas.

—No pareces alguien que pase dos años sin salir con nadie.

—¿Cómo parezco?

—Como alguien que coquetea hasta con las máquinas expendedoras.

—Solo cuando tienen buenas opciones.

Ella sonrió.

—Hablo en serio.

—He salido con personas. Solo no ha sido importante.

La mirada de Karla se suavizó apenas.

—¿Porque no querías o porque no funcionó?

Dante podría haberle dicho que ninguna funcionó porque siempre terminaba comparándolas con ella. Que ninguna discusión le parecía

tan divertida, ninguna sonrisa tan difícil de conseguir ni ninguna presencia tan imposible de ignorar.

—Un poco de ambas —respondió.

Karla asintió como si entendiera más de lo que quería admitir.

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Siempre sales con alguien distinto cada viernes?

Ella se tensó.

—No siempre.

—Mateo dijo…

—Mateo habla demasiado.

—Eso no lo niego.

Karla giró la copa entre los dedos.

—Es una forma de conocer gente.

—Sin conocerla demasiado.

Su mirada se levantó de inmediato.

—¿Eso qué significa?

Dante supo que estaba acercándose a un terreno peligroso, pero ya había comenzado.

—Que parece un sistema diseñado para no dejar que nadie se acerque.

—No sabes nada de mi sistema.

—Lo suficiente.

—¿Porque recuerdas mi café?

—Porque te vas antes de que algo pueda complicarse.

Karla dejó la copa sobre la mesa con un golpe suave.

—No todo tiene que complicarse.

—No. Pero tampoco todo tiene que terminar antes de empezar.

La expresión de ella cambió. No fue enojo al principio, sino algo más breve y vulnerable que desapareció casi de inmediato.

—No todos necesitamos una relación para sentir que nuestra vida está completa.

—No dije eso.

—Lo insinuaste.

—Solo dije que parece que huyes.

—Yo no huyo.

—Entonces, ¿por qué te molesta tanto?

Karla se quedó quieta. Dante supo que había ido demasiado lejos cuando ella apartó la mirada y se concentró en la lluvia detrás del cristal.

—Olvídalo —dijo él.

—Eso pensaba hacer.

El resto de los platos quedó casi intacto durante varios minutos. Dante buscó algo que decir para reparar el daño, pero ninguna broma parecía adecuada.

Julián se acercó para retirar los platos y preguntó si todo estaba bien.

—Perfecto —respondió Karla con una sonrisa impecable.

Dante reconoció esa sonrisa. Era la que usaba en juntas cuando alguien decía algo que la irritaba y ella no podía contestar lo que realmente pensaba.

—¿Desean ver el menú de postres?

Karla no respondió de inmediato.

Dante miró hacia la vitrina y después al mesero.

—¿Queda pastel de cajeta?

—Solo una porción.

Karla levantó la cabeza.

Dante sonrió.

—Tráigala.

—No hace falta —dijo ella.

—Viniste por eso.

—Ya no tengo hambre.

—Mientes peor que yo.

Julián esperó entre ambos.

—La porción —repitió Dante—. Con dos cucharas.

Karla lo miró cuando el mesero se alejó.

—No necesito que me compres un postre para compensar lo que dijiste.

—No intento compensarlo.

—Entonces, ¿qué haces?

Dante apoyó los brazos sobre la mesa.

—Evito que esta noche sea una pérdida total.

Ella sostuvo su mirada, todavía a la defensiva.

—Eres insoportable.

—Eso ya lo establecimos.

—Y entrometido.

—También.

—Y no tienes derecho a opinar sobre cómo manejo mi vida.

—Tienes razón.

La respuesta pareció desarmarla.

—¿Así de fácil?

—No. Sigo pensando que tengo razón, pero no debí decirlo.

Karla parpadeó.

—¿Eso fue una disculpa?

—No te acostumbres.

—Sonó un poco defectuosa.

—Es una versión de prueba.

La tensión en su rostro disminuyó. No sonrió, pero sus hombros dejaron de estar rígidos.

Julián regresó con el pastel de cajeta. Era una rebanada generosa, cubierta con salsa tibia, nueces caramelizadas y una bola de helado de vainilla que comenzaba a derretirse por los bordes.

Karla lo miró como si acabara de olvidar por completo que estaba molesta.

—Eso es obsceno —murmuró.

Dante tomó una de las cucharas.

—¿En el buen sentido?

—No lo arruines hablando.

Ella probó el primer bocado y cerró los ojos. Esta vez no intentó disimularlo. Dante la observó saborear el postre con una expresión de felicidad tan sincera que sintió algo cálido y doloroso instalarse en el centro del pecho.

—¿Qué? —preguntó Karla al abrir los ojos.

—Nada.

—Estás sonriendo.

—El vapor.

Ella soltó una risa.

No fue una carcajada ni una burla. Fue una risa breve, limpia, sin defensa. Dante se quedó mirándola un segundo más de lo prudente.

—Prueba —dijo ella, empujando el plato hacia él.

Dante tomó un poco de pastel.

—Está bien.

Karla abrió la boca, ofendida.

—¿Bien?

—Sí.

—Esto es lo mejor que ha salido de esta noche.

—Eso no era difícil.

—No vuelvas a tocarlo.

Ella intentó retirar el plato, pero Dante sujetó el borde con una mano.

—Pedimos dos cucharas.

—Fue tu error.

—Yo lo pagué.

—Dividiremos la cuenta.

—Entonces me corresponde la mitad.

—No funciona así.

—¿Hay reglas especiales para la cajeta?

—Muchas.

Terminaron discutiendo por cada bocado, empujando el plato de un lado a otro y acusándose de tomar porciones demasiado grandes. Para cuando solo quedó una cucharada, ambos la observaron.

—Es mía —dijo Karla.

—Yo pedí el pastel.

—Yo vine por él.

—Yo evité que te fueras.

—Tú también querías quedarte.

Dante sostuvo su mirada.

—Sí.

La palabra salió distinta. Más seria de lo que pretendía.

Karla dejó de sonreír.

Durante un instante, el ruido del restaurante pareció alejarse. Dante podría haber hecho una broma, corregir el tono o fingir que se refería únicamente a la comida.

No lo hizo.

Karla bajó la mirada y empujó el plato hacia él.

—Tómalo.

Dante tomó la cuchara, pero en lugar de comer, dividió el último bocado por la mitad y dejó una parte frente a ella.

—No seas dramático —dijo.

Karla lo observó y después comió su parte sin discutir.

Cuando pidieron la cuenta, la lluvia golpeaba con fuerza los ventanales. Karla insistió en pagar la mitad exacta, incluyendo las entradas y el postre, aunque Dante intentó señalar que él había elegido la lasaña más cara.

—No quiero deberte nada —dijo ella.

La frase le molestó, pero decidió no mostrarlo.

—Tranquila. No voy a cobrar intereses.

Salieron del restaurante juntos. Bajo el toldo de la entrada, varias personas esperaban automóviles mientras la lluvia convertía la calle en una superficie brillante.

—Mi coche está a una calle —dijo Karla.

—El mío también.

—No tenemos que caminar juntos.

—Nunca lo sugerí.

—Bien.

—Bien.

Ninguno se movió.

Dante miró la lluvia y después el vestido de Karla. Ella no llevaba abrigo ni paraguas.

—Vas a congelarte.

—Estoy bien.

—Tiemblas.

—Es indignación.

Dante se quitó la chaqueta y se la ofreció.

—No.

—No seas ridícula.

—No tengo frío.

Un relámpago iluminó la calle y Karla se estremeció.

Dante levantó una ceja.

—La indignación está empeorando.

Ella tomó la chaqueta y se la puso sin agradecerle. Le quedaba grande y las mangas cubrían parte de sus manos. Dante intentó no pensar demasiado en lo bien que se veía usando algo suyo.

Caminaron bajo la lluvia, primero separados y después más cerca para evitar los charcos. A mitad de la calle, Karla pisó mal y resbaló. Dante la sujetó por la cintura antes de que cayera.

Ella apoyó una mano contra su pecho.

Ambos se quedaron inmóviles.

La lluvia golpeaba sus hombros, el cabello de Karla comenzaba a humedecerse y Dante podía sentir su respiración demasiado cerca.

—Puedes soltarme —dijo ella.

—Podría.

—Dante.

Él retiró la mano.

Karla se acomodó la chaqueta y siguió caminando sin mirarlo. Dante fue detrás, sonriendo a pesar de sí mismo.

Aquella había sido, sin ninguna duda, la peor cita de su vida.

También era la primera que habría repetido sin pensarlo.

CAPÍTULO 3

Guerra de oficina

Karla descubrió que Dante era insoportable un lunes a las ocho con cuarenta y tres de la mañana.

No fue una revelación repentina ni dramática. No hubo una discusión monumental, una traición profesional o una humillación pública. Solo un vaso de café mal colocado, un archivo sin nombrar y una sonrisa demasiado tranquila para alguien que acababa de arruinarle cuarenta minutos de trabajo.

Ocurrió casi tres años antes de la cita en Amaretto, durante la primera semana de Dante en la agencia.

Karla llevaba desde las siete y media revisando la presentación de una campaña importante. Había organizado cada diapositiva, corregido cada texto y preparado dos versiones adicionales por si el cliente decidía cambiar de opinión a mitad de la junta, cosa que los clientes siempre hacían. Faltaban diecisiete minutos para empezar cuando Dante apareció a su lado con una taza de café en una mano y una memoria USB en la otra.

—Hice unos cambios —dijo.

Karla levantó la mirada lentamente.

—¿Qué cambios?

—Mejoré algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Detalles.

—Dante.

Él sonrió como si ya disfrutara la forma en que ella pronunciaba su nombre.

—Karla.

—La presentación estaba aprobada.

—Ahora está mejor.

—Eso no responde qué cambiaste.

Dante conectó la memoria a la computadora y abrió una carpeta titulada FINAL_DE_VERDAD_AHORA_SÍ. Dentro había siete archivos con nombres parecidos, ninguno con fecha ni versión.

Karla sintió que algo palpitaba detrás de su ojo izquierdo.

—¿Cuál es el correcto?

—El último.

—Todos dicen "último".

—El más último.

—Eso no existe.

—Claro que existe. Es el que modifiqué al final.

—¿Y cómo voy a saber cuál fue?

Dante tomó un sorbo de café y se inclinó hacia la pantalla.

—Por intuición.

Karla lo miró.

Después miró la hora.

Después volvió a mirarlo.

—Tienes treinta segundos para decirme qué archivo abrir antes de que te golpee con el teclado.

Dante señaló uno al azar.

—Ese.

No era ese.

Tampoco el siguiente.

Cuando por fin encontraron la versión correcta, faltaban ocho minutos para la junta y Karla descubrió que Dante había cambiado tres diapositivas, eliminado dos gráficos y reemplazado el cierre que ella había preparado con una animación que incluía una explosión de confeti.

—No —dijo.

—Ni siquiera lo has visto completo.

—No.

—El confeti tiene sentido en contexto.

—No existe contexto en el que esto tenga sentido.

—Estás siendo cerrada a nuevas ideas.

—Estoy siendo responsable.

—Responsable es una palabra triste para decir aburrida.

Karla cerró la computadora con tanta fuerza que varias personas al otro lado de la oficina levantaron la cabeza.

—Vas a usar la presentación original.

—La original no tiene ritmo.

—La original tiene datos.

—Los datos pueden tener ritmo.

—No con confeti.

Dante se apoyó en el borde de su escritorio.

—Mira, confía en mí.

Karla soltó una risa sin humor.

—Te conozco desde hace cuatro días.

—Precisamente. Todavía no te he dado motivos para desconfiar.

—Acabas de renombrar siete archivos como "último".

—Eso es creatividad administrativa.

Aquella fue la primera vez que toda la oficina dejó de fingir que no escuchaba.

La discusión duró seis minutos y terminó con una solución intermedia: conservaron los gráficos de Karla, añadieron dos de los cambios de Dante y eliminaron el confeti. El cliente aprobó la campaña, felicitó la claridad de la presentación y mencionó que las dos diapositivas nuevas eran sus favoritas.

Karla debería haber estado satisfecha.

En cambio, pasó el resto del día molesta porque Dante tenía razón en una proporción que consideraba inaceptable.

Tres años después, el problema seguía siendo exactamente el mismo.

—Llegas tarde —dijo Karla sin levantar la vista de la computadora.

Era lunes y el reloj marcaba las ocho con treinta y seis. Dante acababa de entrar a la oficina con el cabello todavía húmedo, una mochila colgada de un hombro y cuatro cafés acomodados en una bandeja de cartón.

—Buenos días para ti también.

—La junta empieza en veinticuatro minutos.

—Qué suerte que faltan veinticuatro minutos.

—Deberías estar aquí desde hace seis.

—Técnicamente, estoy aquí desde hace treinta segundos.

Karla dejó de escribir.

—Ese cálculo no ayuda.

—Depende de la perspectiva.

—Los horarios no tienen perspectiva.

—Todo tiene perspectiva.

—No. Las ocho treinta son las ocho treinta.

—Y las ocho treinta y seis son una oportunidad para practicar la flexibilidad.

Desde el escritorio de enfrente, Claudia levantó la mirada y presionó algo en su teléfono. Roberto hizo lo mismo desde el área de diseño.

Karla lo notó.

—¿Qué hacen?

Claudia escondió el teléfono junto al teclado.

—Nada.

—Acabas de enviar algo.

—Un correo.

—Mirabas a Dante.

—Coincidencia.

Dante dejó la bandeja de cafés sobre el escritorio de Karla y tomó uno.

—Están apostando.

Karla giró hacia él.

—¿Apostando qué?

—Cuánto tardábamos en discutir.

Claudia levantó una mano con culpabilidad.

—Yo dije antes de las ocho cuarenta.

Roberto sonrió desde su silla.

—Yo aposté por los primeros tres minutos.

—Entró hace menos de uno —dijo Karla.

—Entonces gané —respondió él.

Karla observó la oficina. Varias personas apartaron la mirada al mismo tiempo. Incluso Patricia, que trabajaba en contabilidad y rara vez se interesaba por algo que no incluyera facturas, tenía una hoja de cálculo abierta con nombres y horarios.

—¿Cuánto tiempo llevan haciendo esto?

Nadie respondió.

—¿Cuánto?

—Ocho meses —admitió Claudia.

Dante tomó otro café de la bandeja y se lo entregó a Roberto.

—Al principio solo apostaban los lunes. Luego se volvió diario.

—¿Tú lo sabías?

—Claro.

—¿Y nunca me dijiste?

—Pensé que lo sabías.

—¿Por qué iba a saber que mis compañeros han creado un sistema de apuestas alrededor de mi sufrimiento?

—Porque observas todo.

Karla se levantó de la silla.

—Esto se termina hoy.

Un coro de protestas recorrió la oficina.

—No puede terminar hoy —dijo Roberto—. Hoy hay acumulado.

—¿Acumulado?

Claudia señaló a Dante.

—La semana pasada llegó temprano dos días. Nadie acertó.

Karla lo miró con sospecha.

—¿Por qué llegaste temprano?

—Tenía hambre.

—¿Viniste temprano por hambre?

—La cafetería de abajo vende pan de elote recién hecho antes de las ocho.

Karla negó con la cabeza, aunque no pudo evitar mirar la bandeja.

Había cuatro vasos. Uno era americano, uno tenía leche, otro era probablemente demasiado dulce y el último llevaba una pequeña marca en la tapa.

C.

Dante tomó el vaso marcado y lo colocó frente a ella.

—Capuchino sin azúcar.

Karla cruzó los brazos.

—No estoy de mal humor.

—No dije que lo estuvieras.

—Solo me compras capuchino cuando crees que estoy de mal humor.

—También cuando llego tarde.

—Entonces esto es un soborno.

—Es una disculpa líquida.

—No acepto sobornos.

—Llevas mirándolo treinta segundos.

Karla desvió la mirada.

—La junta.

—Veintidós minutos.

—Veintiuno.

—Eso fue rápido.

Claudia volvió a tocar su teléfono.

—Nueva discusión a las ocho treinta y ocho.

—No fue una discusión —dijo Karla.

—Hubo corrección de tiempo —respondió Roberto—. Cuenta.

—No cuenta.

—Acaban de discutir si cuenta —señaló Dante.

Varias personas rieron.

Karla tomó el café y regresó a su silla con toda la dignidad que pudo reunir.

—Se acabaron las apuestas.

—Claro —dijo Dante.

El tono condescendiente la hizo girar.

—¿Qué significa ese "claro"?

—Nada.

—Sonó a algo.

—Solo dije claro.

—Lo dijiste como si no fueras a obedecer.

—No puedo controlar las decisiones financieras de la oficina.

—Tú las fomentas.

—Yo solo existo.

—Ese es el problema.

Dante sonrió.

Karla dio un sorbo al café.

Estaba exactamente como le gustaba.

Eso la irritó todavía más.

La junta comenzó a las nueve y terminó a las diez con una nueva campaña, tres fechas de entrega imposibles y una petición del cliente de "hacer algo fresco, pero no demasiado diferente". Karla salió de la sala de reuniones con una libreta llena de notas y la certeza de que nadie más había anotado la mitad de las indicaciones.

—Necesitamos dividir tareas —dijo mientras caminaba hacia el área común.

—Ya tengo una idea —respondió Dante detrás de ella.

—Primero dividimos tareas.

—La idea podría ayudarnos a dividirlas.

—Primero necesitamos saber qué tiene que hacer cada uno.

—Eso mata el impulso creativo.

Karla se detuvo tan abruptamente que Dante casi chocó con ella.

—El impulso creativo no entrega proyectos a tiempo.

—Yo sí.

—Después de cambiarlo todo tres veces.

—Eso se llama evolución.

—Se llama falta de planificación.

Dante inclinó la cabeza.

—¿Todavía estás molesta por aquella primera presentación?

—No estoy molesta.

—Lo mencionas cada vez que alguien dice "versión final".

—Porque todavía nombras archivos de forma absurda.

—Ahora uso fechas.

—En formatos diferentes.

—Eso mantiene la mente activa.

Karla reanudó la marcha.

—Sala de proyectos. En cinco minutos.

—¿Es una invitación?

—Es una orden.

—Mucho más emocionante.

La sala de proyectos era un espacio pequeño con una mesa redonda, una pared cubierta de pizarras y demasiados marcadores

secos. Karla entró primero, conectó su computadora a la pantalla y comenzó a organizar las tareas antes de que el resto del equipo llegara.

Cuando Dante apareció, llevaba una bolsa de pan de elote.

—No puedes desayunar durante la reunión.

—Tú tienes café.

—Es diferente.

—Porque es tuyo.

—Porque no hace ruido.

Dante abrió la bolsa. El aroma dulce se extendió por la sala.

Karla intentó ignorarlo.

—Tenemos cuatro días para presentar propuestas —dijo mientras los demás tomaban asiento—. Diseño necesita entregar primeras versiones mañana por la tarde, contenido trabaja hoy en conceptos y Dante…

—Improvisa una solución brillante.

—Dante no improvisa nada.

Él arrancó un pedazo de pan.

—Qué limitante.

—Dante revisará las ideas del equipo y preparará tres rutas creativas con justificación.

—Puedo preparar dos buenas o tres mediocres.

—Tres buenas.

—Eso viola leyes naturales.

—Tienes hasta mañana.

—Ahora viola derechos humanos.

Roberto levantó una mano.

—¿Podemos apostar cuánto tarda en cambiar el brief?

Karla lo señaló con el marcador.

—No.

—Yo digo antes de comer —añadió Claudia.

—No habrá apuestas.

Dante apoyó los codos sobre la mesa.

—Yo apuesto por después de comer.

—No puedes apostar sobre ti mismo.

—Eso parece discriminación.

Karla respiró hondo.

—¿Podemos trabajar?

—Eso intento.

—Estás comiendo.

—Puedo hacer dos cosas.

—No bien.

Dante arrancó otro pedazo de pan y lo colocó sobre una servilleta frente a ella.

—Come.

Karla lo miró.

—No tengo hambre.

—No desayunaste.

—¿Cómo sabes?

—Llegaste con café de máquina.

—Eso no significa nada.

—Cuando desayunas, compras café abajo. Cuando no desayunas, usas el de la oficina porque no quieres perder tiempo.

La sala quedó en silencio.

Karla sintió varias miradas alternar entre ellos.

—¿Por qué sabes eso? —preguntó.

Dante se encogió de hombros.

—Es evidente.

—No para mí —murmuró Claudia.

—Tampoco para mí —añadió Roberto.

Dante empujó la servilleta hacia Karla.

—Come antes de que empieces a insultar a alguien.

—Ya te estoy insultando.

—Exacto.

Karla tomó el pedazo de pan únicamente para que dejaran de observarla.

—Seguimos —dijo.

La reunión duró cuarenta minutos. Durante ese tiempo, Karla corrigió cuatro veces la distribución de tareas, Dante cuestionó tres de sus decisiones y, para frustración de ambos, terminaron construyendo una propuesta mejor al combinar sus ideas.

Siempre ocurría así.

Karla establecía límites, ordenaba el caos y levantaba una estructura suficientemente sólida para que el proyecto no se desmoronara. Dante aparecía después, empujaba las paredes, cambiaba las ventanas y sugería quitar el techo porque "la luz natural era importante". Ella lo obligaba a justificar cada cambio. Él la obligaba a aceptar que algunos planes podían mejorar si dejaba espacio para lo inesperado.

Era agotador.

También funcionaba.

—La segunda ruta es la mejor —dijo Karla cuando todos salieron.

Dante seguía sentado frente a ella, girando un marcador entre los dedos.

—La segunda ruta es la que rechazaste primero.

—Rechacé tu explicación.

—Era una buena explicación.

—Dijiste: "Imagínate algo raro, pero bonito".

—Y lo imaginaste.

—Porque tuve que traducirlo a lenguaje humano.

Dante sonrió.

—Hacemos buen equipo.

Karla cerró la computadora.

—No te emociones.

—Eso suena familiar.

Ella se quedó quieta por apenas un segundo.

La cena.

La lluvia.

La chaqueta de Dante todavía doblada sobre una silla de su departamento porque se había negado a pensar demasiado en por qué aún no se la devolvía.

—No sé de qué hablas —respondió.

—Claro que sabes.

—Prometimos no hablar de eso.

—Tú lo prometiste. Yo asentí bajo presión.

—Dante.

—Karla.

Ella levantó la computadora y caminó hacia la puerta.

—Tenemos trabajo.

—Esa frase es tu refugio emocional.

Karla se detuvo.

—Y las bromas son el tuyo.

La sonrisa de Dante desapareció durante una fracción de segundo.

Fue tan breve que podría haberlo imaginado.

—Qué profunda te pusiste un lunes —dijo él.

—Culpa del capuchino.

Karla salió de la sala antes de que él pudiera responder.

Durante el resto de la mañana, trabajaron desde extremos opuestos de la oficina. O, al menos, eso intentaron. Dante se levantó tres veces para hacer preguntas que podía haber enviado por correo, cambió de lugar dos notas adhesivas en la pizarra solo para ver cuánto tardaba Karla en corregirlas y pasó junto a su escritorio silbando una canción que sabía que ella odiaba.

A la cuarta vez, Karla levantó la cabeza.

—¿No tienes nada que hacer?

—Muchísimo.

—Entonces hazlo.

—Estoy pensando.

—Piensa lejos de mí.

—Aquí hay mejor luz.

—Tu escritorio está junto a la ventana.

—Demasiada luz.

Karla apoyó ambas manos sobre el teclado.

—¿Qué quieres?

Dante dejó de silbar.

—Nada.

—Llevas veinte minutos dando vueltas.

—Estoy estirando las piernas.

—Fuiste al gimnasio esta mañana.

—La circulación no se conserva para siempre.

—Dante.

Él apoyó una mano sobre el divisor de su escritorio.

—¿Sí?

Karla abrió la boca, pero no encontró una respuesta. En realidad, no sabía qué quería preguntarle. Si seguía pensando en la cena. Si había significado algo que insistiera en acompañarla bajo la lluvia. Si recordaba la forma en que la había sujetado cuando resbaló.

La opción sensata era no preguntar nada.

—Muévete —dijo.

Dante sonrió como si hubiera ganado algo.

—Con gusto.

Regresó a su escritorio.

Karla intentó concentrarse, pero el silencio que dejó detrás resultó extrañamente incómodo.

Antes de Amaretto, nunca había analizado demasiado sus discusiones. Eran parte de la rutina de la oficina, como el ruido de la impresora, los correos de los lunes y las quejas de Roberto sobre el aire acondicionado. Dante llegaba, decía algo irritante y ella respondía. A veces discutían sobre fechas, otras sobre colores, nombres de archivos o la forma correcta de pedir comida para todos.

Era un hábito.

Un hábito que ahora se sentía diferente.

A la hora de la comida, Karla abrió el cajón de su escritorio y encontró una pequeña barra de chocolate con cajeta. No tenía nota, pero no hacía falta.

Levantó la vista.

Dante estaba al otro lado de la oficina, concentrado en la pantalla. O fingiendo estarlo. En cuanto ella sostuvo la barra entre los dedos, él miró hacia otro lado con demasiada rapidez.

Karla debería haberle preguntado por qué la había dejado allí.

En vez de eso, abrió la envoltura y tomó un pedazo.

Dante sonrió sin mirarla.

Aquello volvió a irritarla.

El martes, Dante llegó a las ocho veintinueve.

Karla ya estaba en su escritorio revisando correos cuando él entró con una expresión de satisfacción insoportable.

—No estoy tarde.

—Por un minuto.

—Un minuto es una victoria.

—Es el mínimo necesario para cumplir.
—Déjame disfrutar.
Claudia consultó su teléfono.
—Nadie apostó por puntualidad.
—Falta de fe —dijo Dante.
Karla intentó no sonreír.
—¿Trajiste los conceptos?
—Buenos días, Dante. Qué gusto verte puntual.
—¿Trajiste los conceptos?
—Sí.
—¿Tres?
—Cuatro.
Karla levantó la vista.
—Dijiste que tres buenas violaban las leyes naturales.
—Las leyes cambian.
—No en una noche.
—Trabajé inspirado.
Ella quiso preguntar por qué, pero se contuvo.
Dante dejó varias hojas sobre su escritorio. Sus dedos rozaron los de Karla por accidente, y ambos retiraron la mano demasiado rápido.
Claudia observó la escena.
Después miró a Roberto.
Roberto abrió la hoja de cálculo.
—Ni se les ocurra —advirtió Karla.
—No estamos haciendo nada —dijo Claudia.
—Veo la tabla.
—Es una proyección interna.
—Es una apuesta.
—Las palabras son muy importantes para ti.
Dante se sentó en el borde del escritorio de Karla.
—Eso siempre lo ha sido.
—Bájate.
—Todavía no has revisado mis ideas.
—No necesito que estés sentado ahí para revisarlas.
—Puedo explicar el proceso.
—Escribiste notas.

—Mi letra es complicada.

—Tu letra es un delito.

Dante se inclinó un poco más hacia ella y señaló la primera hoja. Karla percibió el aroma limpio de su colonia y tuvo que concentrarse demasiado en no moverse.

—Esta es la segura —dijo él—. La que tú elegirías.

—¿Por qué asumes que elegiré la segura?

—Porque tiene estructura, fechas y no incluye ninguna idea que pueda hacerte perder el sueño.

—Yo no pierdo el sueño.

—La última vez respondiste un correo a las tres de la mañana.

—Estaba despierta.

—Eso es exactamente perder el sueño.

Karla pasó a la segunda hoja.

—Esta tiene potencial.

—Esa es la que yo elegiría.

—Entonces retiro lo dicho.

—Sabía que te gustaría.

—No dije que me gustara.

—Dijiste que tenía potencial. En tu idioma, eso es una declaración de amor.

Ella volvió la cabeza hacia él.

Estaban demasiado cerca.

Dante pareció notarlo al mismo tiempo. Su sonrisa se volvió más tenue y por un momento ninguno se movió.

—Estás invadiendo mi espacio —dijo Karla.

—Tu escritorio ocupa demasiado espacio.

—Tú estás sentado sobre él.

—Buen punto.

Dante se levantó.

La distancia regresó.

Karla bajó la mirada hacia las hojas antes de que alguien pudiera notar el calor que había subido a su rostro.

—La tercera —dijo—. Explícala.

Durante la siguiente hora discutieron cada propuesta. Karla tachó ideas, Dante volvió a escribirlas, ella corrigió sus cambios y él añadió

otros nuevos en los márgenes. Cuando terminaron, las cuatro rutas se habían convertido en una sola campaña mejor que cualquiera de las originales.

Dante se dejó caer en la silla frente a ella.

—Admite que fue divertido.

—No.

—Sonreíste dos veces.

—Fue una reacción muscular.

—También te reíste.

—Tosí.

—Qué enfermedad tan alegre.

Karla reunió las hojas.

—Tenemos una propuesta.

—Tenemos una buena propuesta.

—Gracias a la estructura.

—Gracias a que rompimos la estructura.

—No la rompimos. La adaptamos.

—Eso es romperla con vocabulario elegante.

Karla negó con la cabeza.

—Eres imposible.

Dante se quedó observándola.

—Y aun así siempre respondes.

La frase fue ligera, pero algo en su tono hizo que Karla levantara la mirada.

—Porque alguien tiene que corregirte.

—Podrías ignorarme.

—No cuando tu trabajo afecta el mío.

—También me respondes cuando pregunto si la piña va en la pizza.

—Porque tu opinión es incorrecta.

—O cuando cambio de lugar tu taza.

—Porque no tienes derecho a tocar mis cosas.

—O cuando silbo.

—Porque lo haces mal.

Dante sonrió lentamente.

—Entonces siempre hay una razón.

—Exacto.

—Qué alivio.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Pensé que quizá te gustaba discutir conmigo.

Karla abrió la boca.

La cerró.

Dante esperó.

—No seas ridículo —dijo finalmente.

—Claro.

Se levantó y regresó a su escritorio.

Karla lo observó alejarse.

Durante varios minutos, intentó convencerse de que la pregunta no había significado nada. Dante bromeaba con todo. Era su forma de existir, de evitar silencios y transformar cualquier momento incómodo en algo más ligero.

Sin embargo, cuando la oficina se volvió demasiado tranquila, Karla levantó la vista casi por instinto.

Dante estaba trabajando con audífonos, concentrado en la pantalla. No daba vueltas. No silbaba. No había movido sus notas ni aparecido con una pregunta absurda.

Karla debería haber agradecido el silencio.

En cambio, se sintió inquieta.

Abrió un correo, lo cerró y revisó el calendario. Después bebió café, corrigió una fecha y fingió no mirar el reloj.

Habían pasado veintisiete minutos desde su última discusión.

Demasiado.

Karla tomó una hoja de las propuestas y caminó hasta su escritorio.

Dante se quitó un audífono al verla.

—¿Qué pasó?

Ella dejó la hoja frente a él y señaló una línea.

—Este texto no funciona.

Dante lo leyó.

—Lo escribiste tú.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué vienes a reclamarme?

—Porque aprobaste la versión.

Él la observó durante un segundo.

Después sonrió.

—Ya entendí.

—¿Qué cosa?

—Nada.

—No sonrías así.

—¿Así cómo?

—Como si supieras algo.

—Tal vez sé algo.

—Dante.

—Karla.

Claudia levantó la mirada desde el otro lado de la oficina.

—Nueva discusión a las once cuarenta y siete.

Roberto revisó la tabla.

—Gané.

Karla giró hacia ellos.

—Dije que se acabaron las apuestas.

—Esta es una nueva hoja —respondió Claudia.

—Eso no mejora nada.

—Técnicamente, sí —dijo Dante—. Ya no están usando la anterior.

Karla lo miró.

Él sostuvo su mirada con esa expresión divertida que había logrado irritarla desde el primer día.

—Te odio —dijo ella.

—No parece.

—¿Qué se supone que significa eso?

Dante volvió a colocarse el audífono.

—Nada.

Karla regresó a su escritorio con la sensación de haber perdido una discusión que ni siquiera comprendía.

Intentó concentrarse durante el resto de la mañana, pero una idea siguió apareciendo entre correos, fechas y notas.

Podría ignorarlo.

Podría dejar que llegara tarde, que nombrara archivos de forma absurda y que silbara canciones insoportables sin responder. Podría hacer lo que cualquier persona sensata haría frente a alguien como Dante.

Pero no lo hacía.

Nunca lo había hecho.

Y cuando pasó casi una hora sin que él volviera a molestarla, Karla volvió a levantar la mirada hacia su escritorio, esperando que dijera algo.

Dante la observaba también.

Sonrió.

Ella puso los ojos en blanco.

El día volvió a sentirse normal.

CAPÍTULO 4

La segunda peor decisión

Dante descubrió que ignorar a Karla era mucho más difícil que discutir con ella.

Durante tres años había aprendido a medir sus mañanas según la cantidad de veces que lograba hacerla levantar la vista de la computadora. A veces bastaba con llegar tarde. Otras tenía que cambiar de lugar su taza, cuestionar una fecha o mencionar que el color beige no era un color, sino una renuncia. Karla siempre respondía. Con una corrección, una amenaza o esa mirada afilada que hacía que cualquier persona sensata retrocediera.

Dante nunca había sido sensato con ella.

Sin embargo, después de la cena en Amaretto, ambos habían acordado olvidar lo ocurrido. No volverían a hablar de la cita, del pastel de cajeta, de la lluvia ni de la manera en que Karla había terminado usando su chaqueta. El lunes siguiente ella se la había devuelto doblada dentro de una bolsa de papel, limpia, seca y sin una sola nota.

—Gracias —había dicho.

—De nada.

Después se habían quedado mirándose durante dos segundos demasiado largos, hasta que Karla señaló la bolsa.

—Ya puedes irte.

—Estoy en mi área de trabajo.

—Tu escritorio está al otro lado.

Dante se había ido sonriendo.

Aquel intercambio debería haber sido suficiente para restaurar el orden natural de las cosas. Karla volvía a ser la mujer controladora

que corregía sus archivos, y él el compañero insoportable que encontraba nuevas formas de hacerla perder la paciencia.

El problema era que ahora sabía cómo se reía cuando no intentaba contenerse.

Y eso lo había arruinado todo.

El miércoles por la mañana, Dante llegó a la oficina con tres cafés y una bolsa de pan dulce. Claudia tomó el suyo sin agradecer porque ya se había acostumbrado. Roberto revisó la bolsa antes de saludarlo y Patricia apareció desde contabilidad atraída por el olor a azúcar.

Karla no levantó la vista.

Dante dejó un capuchino junto a su teclado.

—No pedí nada.

—Buenos días.

—Buenos días. No pedí nada.

—Dos frases amables seguidas. ¿Te sientes bien?

Karla continuó escribiendo.

—¿Por qué me trajiste café?

—Porque compré café.

—Eso no responde por qué hay uno frente a mí.

—Calculé mal la cantidad.

Ella miró los vasos que sostenía.

—Trajiste tres.

—Sí.

—Uno para ti, uno para Claudia y uno para mí.

—Podría ser para Roberto.

Roberto levantó su vaso desde el escritorio.

—El mío tiene leche.

Dante lo señaló.

—Traidor.

Karla observó la tapa de su bebida. Había una pequeña C escrita con marcador negro.

—También calculaste mal la inicial.

—Podría significar “café”.

—Todos contienen café.

—Entonces fui consistente.

Karla sostuvo su mirada. Dante intentó mantener una expresión neutral, aunque por dentro ya se arrepentía de no haber dejado el vaso sobre su escritorio sin decir nada. Antes de la cena podía llevarle café y disfrazarlo de soborno. Ahora cada gesto parecía tener una intención que ella podía descubrir si lo miraba durante demasiado tiempo.

Finalmente, Karla tomó el vaso.

—No vuelvas a hacerlo.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Ella dio un sorbo.

Dante se alejó antes de que notara que había recordado pedirlo con menos espuma, tal como la había escuchado solicitarlo la semana anterior.

—Eso fue raro —murmuró Claudia cuando pasó junto a ella.

—¿Qué cosa?

—No discutieron.

Dante se detuvo.

Karla levantó la mirada.

—Sí discutimos.

—No realmente —dijo Roberto—. No hubo insultos.

—Lo llamó traidor —señaló Patricia.

—A mí —respondió Roberto—. No cuenta.

Claudia consultó la hora en su teléfono.

—Llevan once minutos en la misma habitación y todavía no hay una pelea oficial.

—No estamos obligados a discutir —dijo Karla.

—Eso suena preocupante —respondió Dante.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué se supone que significa?

—Nada. Solo que la gente depende de nosotros.

—Nadie depende de tus provocaciones.

—La tabla de apuestas dice lo contrario.

Karla dejó el café sobre el escritorio.

—Se acabaron las apuestas.

—Ahí está —anunció Roberto—. Doce minutos.

Claudia escribió algo en el teléfono.

—Yo tenía once con cincuenta.

—Eso no es justo —protestó Patricia—. Estás usando segundos.

La oficina regresó a su ruido habitual. Dante se sentó frente a su computadora y abrió los archivos del nuevo proyecto, aunque durante varios minutos no hizo nada más que mirar la pantalla.

La discusión había ocurrido.

El día volvía a estar en orden.

Aun así, no se sentía igual.

Antes podía decir cualquier cosa sin pensar demasiado en el efecto. Ahora recordaba a Karla bajo las luces cálidas del restaurante, hablando de su cumpleaños número ocho y defendiendo la cajeta como si fuera una causa política. Recordaba la expresión que había tenido cuando él insinuó que huía antes de que alguien pudiera acercarse. Había sido la primera vez que la veía sin una respuesta preparada.

No quería provocar esa expresión otra vez.

Eso complicaba mucho su trabajo.

A media mañana, el equipo recibió una llamada del cliente. Querían revisar las primeras pruebas impresas antes de aprobar la producción final, lo cual significaba que alguien tendría que ir a la imprenta del centro, recoger las muestras y llevarlas a una reunión esa misma tarde.

Karla apareció junto al escritorio de Dante con una carpeta bajo el brazo.

—Necesito que vengas conmigo.

Él se quitó un audífono.

—¿Es una invitación personal?

—A la imprenta.

—Eso no respondió mi pregunta.

—Necesito que revises los colores antes de aceptar las pruebas.

—Roberto puede hacerlo.

—Roberto tiene que terminar las adaptaciones.

Dante miró hacia el área de diseño. Roberto levantó ambas manos sin apartar los ojos de la pantalla.

—No puedo salvarte —dijo.

Karla ignoró el comentario.

—Salimos en diez minutos.

—¿Tengo opción?

—Sí.

Dante arqueó una ceja.

—¿De verdad?

—Puedes venir por voluntad propia o puedo decirle a Claudia que tienes tiempo libre para ayudarla con los reportes del mes.

Dante se levantó de inmediato.

—Siempre he querido conocer esa imprenta.

Karla giró hacia la salida.

—Nueve minutos.

—Dijiste diez.

—Perdiste uno discutiendo.

—Eso fue una conversación.

—Camina.

El trayecto transcurrió con una normalidad inquietante. Karla conducía con ambas manos sobre el volante, respetando cada límite de velocidad y mirando los espejos con la precisión de alguien que probablemente había leído el manual completo antes de encender un automóvil por primera vez.

Dante ocupaba el asiento del copiloto y trataba de no observarla.

—Puedes poner música —dijo ella después de cinco minutos de silencio.

—¿Me estás dando control sobre algo dentro de tu coche?

—No exageres. Solo música.

—Es un paso importante en nuestra relación.

Karla apretó los labios.

—No tenemos una relación.

—Laboral.

—Tampoco quiero que la describas así.

Dante conectó su teléfono antes de que ella cambiara de opinión. Eligió una lista tranquila, evitando deliberadamente las canciones que solía poner para molestarla.

Karla lo miró de reojo.

—¿Eso es todo?

—¿Qué esperabas?

—Ruido.

—Tengo gustos variados.

—Una vez escuchaste la misma canción durante cuatro horas.

—Estaba trabajando.

—La canción tenía siete palabras.

—Ocho.

—Eso no la mejora.

Dante sonrió y apoyó la cabeza contra el asiento.

—Pensé que habíamos prometido olvidar la cena.

Karla no apartó la mirada de la calle.

—Lo hicimos.

—Entonces, ¿por qué estás tan tensa?

—Estoy manejando.

—Siempre manejas como si transportaras órganos.

—Porque tú te subes a un coche como si los accidentes fueran una teoría.

—Confío en tus habilidades.

Karla giró el volante para cambiar de carril.

—Ese es tu segundo error.

Dante la observó durante un momento.

—¿Cuál fue el primero?

Ella tardó demasiado en responder.

—Aceptar la cita.

La frase sonó ligera, pero Dante sintió el golpe de todos modos. Giró hacia la ventana y contempló los edificios pasar a un lado.

—Sí —dijo—. Probablemente.

Karla apretó las manos sobre el volante.

El silencio que siguió fue distinto al anterior. Más pesado. Menos cómodo.

Dante supo que debía bromear, cambiar de tema o fingir que no le importaba. Era lo que siempre hacía cuando algo amenazaba con volverse demasiado serio.

En lugar de eso, dejó que la música llenara el espacio entre ambos.

La imprenta ocupaba un local amplio con paredes cubiertas de muestras y el olor intenso de papel, tinta y cartón recién cortado. Una mujer llamada Elisa los recibió en el mostrador y les explicó que todavía estaban preparando dos de las pruebas.

—Pueden esperar unos quince minutos —dijo—. Lamento el retraso.

—No se preocupe —respondió Dante—. Llegamos antes de tiempo.

Karla lo miró.

—Llegamos a la hora acordada.

—Para nosotros eso cuenta como antes.

Elisa sonrió.

—Les ofrezco café mientras esperan.

—No es necesario —dijo Karla.

—Yo acepto —respondió Dante—, pero solo si usted también va a tomar uno. Se ve como si llevara despierta desde ayer.

Elisa soltó una risa cansada.

—Casi.

—Entonces tres cafés.

—Dos —corrigió Karla—. Yo no quiero.

Dante observó el vaso vacío que sobresalía de su bolso.

—Ya terminaste el de la mañana.

—Eso no significa que quiera otro.

—Cuando estás cansada tomas dos.

Karla lo miró con advertencia.

Elisa levantó una ceja entre ambos, pero no hizo ningún comentario.

—Tres cafés —decidió.

Mientras esperaban, Dante revisó algunas muestras colgadas en la pared. Karla abrió la carpeta y repasó las especificaciones por tercera vez.

—Van a estar bien —dijo él.

—No lo sabemos.

—Por eso vinimos.

—Y por eso reviso.

—Ya revisaste en la oficina.

—Ahora estoy confirmando.

—¿Confirmando que el documento no cambió durante el trayecto?

Karla cerró la carpeta.

—¿No puedes estar cinco minutos sin molestarme?

Dante estuvo a punto de responder con alguna provocación, pero notó las sombras suaves bajo sus ojos y la manera en que frotaba el pulgar contra el borde de la carpeta.

—Sí puedo.

Ella pareció sorprendida.

Dante se sentó en una de las sillas cercanas y guardó silencio.

Elisa regresó con los cafés. Dante se levantó para ayudarla a colocar los vasos y agradeció como si le hubiera hecho un favor enorme. Después preguntó por una pequeña cortada que la mujer tenía en la mano, le acercó unas servilletas cuando derramó unas gotas y sostuvo la puerta del área de producción para que pudiera pasar con una caja.

Karla lo observaba.

Él fingió no darse cuenta.

—¿Qué? —preguntó cuando Elisa se alejó.

—Nada.

—Llevas un minuto mirándome.

—Pensé que estabas acostumbrado.

Dante sonrió.

—Entonces sí recuerdas la cena.

—Recuerdo que prometimos no hablar de ella.

—Pero no olvidarla.

Karla tomó uno de los cafés.

—No interpretes demasiado.

—Jamás.

—Eso es mentira.

—Casi siempre.

Ella bebió un poco y frunció el ceño.

—Tiene azúcar.

Dante extendió la mano.

—Dámelo.

—¿Para qué?

—Toma el mío. Es sin azúcar.

Karla revisó la tapa.

—¿Y tú?

—Sobreviviré.

—Puedes pedir otro.

—Elisa está ocupada.

—No tienes que cambiarlo.

—Lo sé.

Dante tomó el vaso dulce y dejó el suyo frente a ella. Karla no respondió. Solo sostuvo el café durante varios segundos, como si intercambiar bebidas fuera una operación sospechosa.

—No es una declaración de amor —dijo él.

Ella levantó la mirada.

—No pensé que lo fuera.

—Perfecto.

—Perfecto.

Ambos bebieron.

Las pruebas llegaron diez minutos después. Karla revisó márgenes, textos y acabados. Dante se concentró en el color, detectó una diferencia mínima en uno de los tonos y pidió que ajustaran la impresión antes de aprobarla. Elisa agradeció que lo notaran y prometió tener la corrección lista por la tarde.

—Fue una buena observación —dijo Karla cuando salieron.

Dante se llevó una mano al pecho.

—¿Eso fue un cumplido?

—Fue una observación objetiva.

—Voy a anotarlo.

—No lo hagas raro.

—Demasiado tarde.

Antes de regresar a la oficina, tuvieron que detenerse en una cafetería para enviar las correcciones al cliente. Todas las mesas estaban ocupadas excepto una pequeña junto a la ventana. Karla sacó la computadora y comenzó a trabajar mientras Dante pedía algo de comer.

Regresó con dos sándwiches.

—No tengo hambre —dijo ella.

—No pregunté.
—Entonces ¿por qué trajiste dos?
—La cajera se confundió.
Karla miró el segundo plato.
—Los dos son diferentes.
—Fue una confusión compleja.
Ella abrió el sándwich y revisó el interior.
—No tiene cebolla.
Dante tomó asiento.
—Tal vez la cajera también te conoce.
Karla lo observó.
—Dante.
—Come.
—No necesito que estés pendiente de lo que como.
—No estoy pendiente.
—Recuerdas que no me gusta la cebolla.
—Lo mencionaste varias veces.
—Una.
—Fue una queja muy apasionada.
Karla cerró el sándwich.
—¿Por qué haces estas cosas?
La pregunta lo tomó desprevenido.
—¿Qué cosas?
—El café. La comida. Recordar detalles que nadie te pidió recordar.
Dante sostuvo su mirada. Había muchas respuestas posibles, pero solo una verdadera.
Porque te quiero desde antes de que supieras que yo podía mirarte de otra manera.
—Tengo buena memoria —dijo.
La decepción apareció otra vez en su rostro, breve y casi imperceptible.
Dante bajó la mirada hacia su plato.
Era un cobarde.
Siempre lo había sido con ella.

Karla comenzó a comer sin insistir. Después abrió su libreta de dibujo junto a la computadora y empezó a hacer trazos pequeños mientras esperaba que se cargara un archivo.

Dante intentó no mirar.

No funcionó.

—¿Qué dibujas?

Ella cerró la libreta casi de inmediato.

—Nada.

—Parecía algo.

—Todos los dibujos parecen algo.

—¿Puedo verlo?

—No.

La respuesta fue tan rápida que Dante levantó ambas manos.

—Está bien.

Karla guardó la libreta en el bolso.

—Son cosas mías.

—No iba a burlarme.

—No dije que fueras a hacerlo.

—Lo pensaste.

Ella no respondió.

Dante dejó el sándwich sobre el plato.

—No me burlo de todo.

—Solo del noventa por ciento de lo que hago.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Porque cuando te burlas de mí, siempre respondo.

Karla lo miró fijamente.

—Eso no tiene sentido.

—Para mí sí.

El archivo terminó de enviarse antes de que ella pudiera preguntar algo más. Karla cerró la computadora, guardó sus cosas y se levantó.

—Tenemos que regresar.

Dante asintió.

Durante el camino de vuelta, Karla eligió la música. No puso nada tranquilo. Escogió una canción ruidosa que Dante había usado

semanas antes para molestarla.

Él la miró.

—Pensé que la odiabas.

—La tolero.

—Ese es otro cumplido.

—No te acostumbres.

Cuando llegaron a la oficina, la lluvia había comenzado. Primero fueron gotas suaves contra el parabrisas, pero para cuando estacionaron ya caía con suficiente fuerza para borrar los edificios al otro lado de la calle.

Ambos corrieron desde el automóvil hasta la entrada, cubriéndose con las carpetas y riéndose cuando una rueda pasó sobre un charco y estuvo a punto de empaparlos.

Karla fue la primera en cruzar la puerta.

—No tiene gracia —dijo, aunque estaba sonriendo.

—Tu cara dijo lo contrario.

—Mi cara estaba reaccionando al frío.

—Tienes reacciones muy alegres.

Ella negó con la cabeza y caminó hacia el elevador.

El resto de la tarde transcurrió entre correcciones y correos. Karla trabajó sin detenerse hasta casi las siete. Cuando finalmente apagó la computadora, la oficina estaba casi vacía y la lluvia seguía golpeando los ventanales.

Dante permanecía en su escritorio, terminando una propuesta que podría haber dejado para la mañana siguiente.

No lo hizo.

Esperó hasta escuchar el sonido del bolso de Karla cerrándose.

—¿Te vas? —preguntó.

—Esa suele ser la idea cuando guardo mis cosas.

—Puedo acompañarte al coche.

—Está en la entrada. No necesito escolta.

—Podría haber charcos peligrosos.

—Sobreviviré.

Karla se puso el abrigo y se dirigió al elevador.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches.

Dante esperó a que las puertas se cerraran antes de levantarse. Necesitaba agua, o eso se dijo a sí mismo. Pasó junto al escritorio de Karla y entonces vio el cuaderno.

Estaba medio oculto bajo una carpeta, con la cubierta oscura y una cinta elástica alrededor. El mismo que había llevado al restaurante. El mismo que había cerrado con rapidez en la cafetería.

Dante lo tomó.

Podía dejarlo sobre su teclado para el día siguiente. Karla no vivía lejos y probablemente ni siquiera notaría que faltaba hasta llegar a casa.

Sin embargo, la lluvia seguía empeorando.

Y él sabía que dibujar era importante para ella, aunque todavía no entendiera cuánto.

Dante tomó su chaqueta y corrió hacia el elevador.

Las puertas tardaron demasiado en abrir. Bajó mirando los números iluminarse uno por uno, moviendo el pie con impaciencia. Cuando llegó al vestíbulo, Karla ya había salido.

—Genial —murmuró.

El guardia de seguridad levantó la vista.

—Acaba de cruzar la calle.

Dante agradeció y salió bajo la lluvia.

El agua lo empapó casi de inmediato. Corrió hacia el estacionamiento sujetando el cuaderno bajo la chaqueta para protegerlo. Karla estaba a punto de entrar a su coche cuando escuchó su nombre.

—¡Karla!

Ella se volvió.

Dante cruzó los últimos metros, esquivó un charco y llegó frente a ella respirando con dificultad. Tenía el cabello pegado a la frente, la camisa mojada y los zapatos completamente arruinados.

Karla lo miró como si hubiera perdido la razón.

—¿Qué haces?

Dante sacó el cuaderno de debajo de la chaqueta.

—Lo olvidaste.

Ella bajó la vista.

Por primera vez desde que la conocía, no tuvo una respuesta inmediata.

—¿Corriste hasta aquí por eso?

Dante extendió el cuaderno.

—Se te iba a mojar.

Karla lo tomó con cuidado. La cubierta seguía seca.

—Podías dejarlo en mi escritorio.

—Podía.

—O mandarme un mensaje.

—También.

—Estás empapado.

Dante miró su camisa.

—Parece que sí.

Karla sostuvo el cuaderno contra su pecho.

—¿Lo abriste?

La pregunta tenía más miedo que acusación.

Dante negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque dijiste que era tuyo.

Karla lo observó durante varios segundos. La lluvia caía sobre ambos, pero ella parecía haberlo olvidado.

Dante sonrió para aliviar la tensión.

—Además, si dibujas tan mal como organizas tus archivos personales, prefiero no saberlo.

Ella no respondió a la provocación.

Eso lo inquietó.

—Gracias —dijo finalmente.

La palabra salió baja, sincera y completamente distinta a la que había usado al devolverle la chaqueta.

Dante sintió el impulso de decir algo importante. Algo honesto. Algo que no pudiera esconder detrás de una broma.

En vez de eso, se encogió de hombros.

—No fue nada.

Karla miró su ropa mojada.

—Corriste bajo la lluvia.

—Necesitaba cardio.

—Fuiste al gimnasio esta mañana.

—La circulación no se conserva para siempre.

Ella reconoció la frase. Una sonrisa pequeña apareció en su rostro.

—Eres un idiota.

—Eso suena más normal.

Karla abrió la puerta del coche, pero no entró.

—Puedo acercarte a tu casa.

Dante parpadeó.

—¿Eso es una invitación personal?

—No arruines el momento.

—No sabía que había un momento.

Karla puso los ojos en blanco, aunque no retiró la oferta.

Dante miró hacia el edificio. Su coche estaba en el nivel inferior del estacionamiento y él podía volver caminando sin problema.

—Estoy bien —dijo.

Ella frunció el ceño.

—Te vas a enfermar.

—No funciona así.

—Sube al coche.

—Qué controladora.

—Dante.

Él sonrió.

—Karla.

Ella abrió la puerta del copiloto desde dentro.

—Tienes cinco segundos.

Dante rodeó el coche antes de que terminara de contar.

Durante el trayecto, Karla encendió la calefacción y le indicó que no tocara nada porque estaba mojado. Dante obedeció por primera vez en toda la tarde.

El cuaderno descansaba sobre las piernas de Karla.

Ella mantenía una mano encima, como si quisiera asegurarse de que seguía allí.

Ninguno mencionó la cena.

Ninguno habló de la lluvia ni de la forma en que Dante había protegido el cuaderno bajo su chaqueta.

Pero cuando llegaron a su edificio y él se dispuso a bajar, Karla lo detuvo.

—Dante.

Él se volvió.

—¿Sí?

Ella miró el cuaderno, después a él.

—No dibujo mal.

Dante sonrió.

—Eso espero.

—Algún día te lo demostraré.

La puerta se cerró antes de que pudiera responder.

Dante permaneció bajo la entrada de su edificio, observando las luces traseras desaparecer entre la lluvia.

Había aceptado una cita a ciegas pensando que sería una mala idea.

Después había decidido quedarse a cenar.

Esa había sido la segunda peor decisión.

Porque ahora Karla acababa de prometerle que algún día le mostraría una parte de ella que no enseñaba a nadie.

Y Dante ya sabía que iba a esperar todo el tiempo que hiciera falta.

CAPÍTULO 5

El chico que llamaba Dog a su perro

Karla no tenía ninguna razón válida para estar frente al edificio de Dante un sábado por la tarde.

La carpeta que llevaba bajo el brazo podía haber esperado hasta el lunes. No contenía documentos urgentes, contratos firmados ni información que pusiera en riesgo el proyecto. Eran únicamente unas muestras corregidas y un disco duro que él había dejado en la sala de juntas después de asegurar, con absoluta confianza, que no olvidaba cosas importantes.

Tampoco era necesario que ella se los llevara personalmente. Podía haberle enviado un mensaje. Podía haber pedido un servicio de mensajería. Incluso podía haber dejado que Dante descubriera su error el lunes y disfrutado el momento en que tuviera que admitir que necesitaba algo de ella.

En cambio, estaba estacionada frente a su edificio, mirando la dirección que él le había enviado y preguntándose en qué momento había comenzado a tomar decisiones tan poco eficientes.

Su teléfono vibró.

Dante: Tercer piso. El timbre no sirve. Golpea la puerta como si vinieras a cobrarme dinero.

Karla leyó el mensaje dos veces.

Karla: Puedo volver el lunes.

La respuesta apareció de inmediato.

Dante: Ya estacionaste.

Karla levantó la vista hacia las ventanas.

Karla: ¿Me estás vigilando?

Dante: Tu coche es difícil de ignorar.

Karla: Es gris.

Dante: Lo estacionaste en diagonal.

Karla miró por el retrovisor y comprobó la posición del automóvil. No estaba en diagonal. Apenas una de las ruedas rozaba la línea blanca.

Dante: Estás revisando, ¿verdad?

Ella apagó el teléfono sin responder.

El edificio era moderno, aunque no ostentoso. Tenía una fachada de ladrillo oscuro, balcones pequeños y plantas que parecían sobrevivir gracias al personal de mantenimiento, no a los residentes. Karla subió los tres pisos por las escaleras porque el elevador tenía un cartel que anunciaba una falla temporal y porque se negó a imaginar a Dante observándola llegar sin aliento.

Cuando alcanzó el tercer piso, localizó la puerta con el número treinta y dos y tocó tres veces.

No obtuvo respuesta.

Volvió a tocar, esta vez con más fuerza.

Desde el interior se escuchó un golpe, algo que cayó al piso y una voz masculina diciendo una palabra que Karla no habría usado delante de un cliente. Después llegaron pasos apresurados y el sonido de uñas arañando la madera.

—Espera —dijo Dante desde dentro—. No puedes recibir visitas así.

Karla frunció el ceño.

—¿Estás hablando conmigo?

—No.

—Eso no mejora la situación.

La puerta se abrió apenas unos centímetros. Dante apareció detrás, con el cabello desordenado, una camiseta negra y unos pantalones deportivos. No parecía haberse preparado para recibirla, aunque había tenido al menos veinte minutos desde que ella avisó que iba en camino.

—Hola —dijo.

Karla levantó el disco duro.

—Olvidaste esto.

—Sabía que estaba en buenas manos.

—No sabías dónde estaba.

—Pero confiaba en que aparecería.

—Eso no es confianza. Es irresponsabilidad.

Dante sonrió y abrió un poco más la puerta.

—¿Quieres pasar?

—No.

Algo empujó desde el otro lado. Dante perdió el equilibrio por un segundo y la puerta se abrió por completo.

Un perro grande, de pelaje dorado y orejas caídas, salió disparado al pasillo.

Karla apenas tuvo tiempo de dar un paso atrás antes de que el animal se levantara sobre las patas traseras y apoyara las delanteras contra sus brazos. El impacto la obligó a sujetarse de la pared.

—¡Dog! —exclamó Dante—. Abajo.

El perro no obedeció. Olfateó el bolso de Karla, su abrigo y después intentó lamerle la barbilla.

—¿Dog? —preguntó ella mientras giraba el rostro para evitar la lengua—. ¿Se llama Dog?

Dante sujetó al animal por el collar y consiguió bajarlo.

—Es un nombre.

—Es la palabra "perro" en inglés.

—Por eso es fácil de recordar.

Karla miró al animal. Dog movía la cola con tanta fuerza que golpeaba la pared.

—Dime que era un nombre provisional.

—Lo fue durante cuatro años.

—Eso es terrible.

—A él le gusta.

—No sabe lo que significa.

Dante se agachó y acarició al perro detrás de las orejas.

—No la escuches. Está celosa porque su nombre no describe su especie.

Dog abrió la boca y dejó escapar un jadeo que parecía una sonrisa.

Karla intentó mantener la expresión seria, pero el perro volvió a acercarse y apoyó la cabeza contra su mano. Ella lo acarició con cautela.

—Es muy amigable.

—No suele serlo con todo el mundo.

—Acaba de intentar derribarme.

—Ese es su lenguaje del amor.

—Deberías enseñarle límites.

—Vive conmigo. No ha tenido buenos ejemplos.

Karla levantó la mirada.

Dante estaba sonriendo, pero no con la expresión provocadora que usaba en la oficina. Era una sonrisa más abierta, relajada, como si en su departamento no necesitara medir cada gesto antes de mostrarlo.

Eso la incomodó de una manera que no supo explicar.

Le entregó el disco duro.

—Aquí está.

Dante lo tomó, pero Dog se colocó entre ambos y bloqueó la puerta.

—Parece que quiere que pases.

—Dog no decide por mí.

El perro se sentó sobre sus zapatos.

Karla lo miró.

Dog la miró.

Dante cruzó los brazos.

—No me gusta presumir, pero es muy persuasivo.

—Solo entraré para que se mueva.

—Claro.

—Cinco minutos.

—Por supuesto.

—Y no significa nada.

—Nunca dije que significara algo.

La forma en que lo dijo hizo que Karla quisiera discutir, pero Dog ya caminaba hacia el interior, girando la cabeza para comprobar que ella lo siguiera.

Entró.

El departamento no se parecía en absoluto a lo que había imaginado.

En su mente, Dante vivía rodeado de cajas sin abrir, platos acumulados y ropa sobre cada superficie disponible. Esperaba encontrar un espacio caótico, una extensión de su escritorio en la oficina, con cables enredados y vasos olvidados.

No era así.

El lugar era amplio, sencillo y sorprendentemente ordenado. Había un sofá gris frente a una televisión, una estantería llena de videojuegos, libros y pequeñas figuras coleccionables. Cerca de la ventana descansaban varias plantas saludables y una cama grande para Dog, cubierta con una manta azul. No estaba impecable, pero sí limpio. Había una taza en la mesa, una sudadera sobre el respaldo de una silla y dos controles junto al sofá, señales de que alguien vivía allí sin que el espacio pareciera abandonado a su suerte.

Karla dejó el bolso sobre una silla.

—No digas nada —advirtió Dante.

—No he dicho nada.

—Estás haciendo esa cara.

—¿Qué cara?

—La de "esperaba encontrar un basurero".

—No esperaba un basurero.

—Esperabas algo peor.

—Quizá un poco más de desorden.

—Dog limpia.

El perro se dejó caer sobre la alfombra.

—Dog no puede limpiar.

—Por eso nunca termina.

Karla observó una fila de fotografías sobre la estantería. En una, Dante aparecía mucho más joven, abrazando a una mujer de cabello oscuro que debía ser su madre. En otra estaba con Mateo, ambos cubiertos de pintura y sosteniendo una pared recién decorada. Había también una fotografía de Dog cuando era cachorro, dormido dentro de una caja de zapatos que claramente le quedaba pequeña.

—Era diminuto —dijo Karla antes de pensarlo.

Dante se acercó.

—Por unas tres semanas. Después decidió convertirse en caballo.

—¿Cuándo lo adoptaste?

—Hace cuatro años.

—¿Por qué?

La pregunta salió demasiado directa. Dante no pareció molesto. Se agachó para recoger un juguete mordido y lo dejó en una cesta.

—Lo encontré afuera del gimnasio. Estaba flaco, sucio y seguía a todo el que salía.

—¿Y te lo llevaste?

—Primero intenté encontrar al dueño. Después lo llevé al veterinario. Cuando nadie preguntó por él, se quedó.

Karla volvió a mirar al perro. Dog se había acomodado de lado y movía una pata mientras dormía.

—¿Y nunca pensaste en ponerle otro nombre?

—Pensé en muchos.

—¿Como cuáles?

—Max. Bruno. Apolo.

—Todos mejores que Dog.

—Pero ya respondía a Dog.

—Porque seguramente le gritabas "dog" para que dejara de seguirte.

—Exacto.

Karla negó con la cabeza, aunque una sonrisa apareció antes de que pudiera evitarlo.

Dante la vio.

—Te gusta.

—El perro.

—No especifiqué.

Ella dejó de sonreír.

—No empieces.

—Estoy en mi casa. Aquí tengo derechos.

—Puedo irme.

Dog levantó la cabeza al escucharla y soltó un gemido bajo.

Dante lo señaló.

—Lo vas a hacer sentir mal.

—No uses a tu perro para manipularme.

—Yo no hice nada. Él tiene emociones propias.

Karla volvió a acariciar al animal.

—Cinco minutos —repitió.

—Llevas siete.

Ella miró el reloj.

—Eso no es cierto.

Dante le mostró la pantalla de su teléfono.

—Entraste a las cuatro doce.

—¿Estás cronometrándome?

—Tú lo haces con las juntas.

—Las juntas tienen horario.

—Esto también.

—¿Qué es "esto"?

Él sostuvo su mirada durante un segundo.

—Una visita.

La palabra fue simple, pero Karla sintió que algo se movía bajo sus costillas. Desvió la atención hacia la estantería.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Dante.

—No.

—Tengo café, agua, limonada y una bebida energética que probablemente es ilegal.

—Agua.

—Excelente elección. Muy tú.

Dante caminó hacia la cocina. Dog lo siguió por unos pasos, pero después regresó y se sentó junto a Karla, apoyando el cuerpo contra su pierna.

Ella recorrió el lugar con la mirada mientras esperaba. En una esquina, junto al escritorio, había una instalación que parecía demasiado sofisticada para alguien que supuestamente solo jugaba "de vez en cuando". Dos monitores, un micrófono suspendido en un brazo articulado, luces pequeñas y una cámara estaban acomodados con cuidado.

—¿Eso es para tus streams? —preguntó.

Dante apareció con dos botellas de agua.

—¿Cómo sabes que hago streams?

—Lo mencionaste en la cena.

—Creí que habíamos prometido olvidarla.

—No olvidarla. No hablar de ella.

—Eso dijiste en la imprenta.

—Y sigues mencionándola.

Él le entregó la botella.

—Solo cuando tú lo haces primero.

Karla se acercó al escritorio.

En la pantalla principal había una interfaz abierta con un chat detenido y una imagen de Dante usando audífonos. La miniatura tenía un texto brillante: "Intentando no morir por quinta vez".

—¿La gente te ve jugar?

—En teoría.

—¿Cuánta gente?

Dante se apoyó en el borde del escritorio.

—Depende del día.

—Eso no es un número.

—A veces cien. A veces trescientas.

Karla se volvió hacia él.

—¿Trescientas personas te ven jugar videojuegos?

—También hablo.

—Eso lo hace peor.

—A algunas personas les gusta mi voz.

—Eso me preocupa.

Dante llevó una mano al pecho.

—No tienes que herirme en mi propia casa.

Karla miró otra vez la pantalla. Había clips guardados, mensajes del chat y dibujos enviados por seguidores. Uno mostraba a Dante y a Dog como personajes de un juego de aventuras.

—¿Dog aparece?

—Es la estrella.

—Eso sí lo entiendo.

—A veces se sienta junto a mí. La gente pregunta por él si no sale.

Karla imaginó a Dante frente a la cámara, jugando, leyendo mensajes y hablando con desconocidos. No encajaba con el hombre que veía en la oficina. O quizá sí, pero de una forma que ella no había considerado.

—¿Vas a transmitir hoy? —preguntó.

—En media hora.

—Entonces debería irme.

—Todavía tienes tiempo.

—No quiero interrumpir.

—No interrumpes.

La respuesta salió sin burla.

Karla giró hacia él.

Dante estaba observándola con una expresión tranquila. No parecía estar preparando una broma ni esperando que ella discutiera. Aquello le resultó más difícil de manejar que cualquiera de sus provocaciones.

—Solo me quedaré hasta que empieces —dijo.

—Claro.

—Por Dog.

—Por supuesto.

El perro levantó la cabeza al escuchar su nombre y golpeó la alfombra con la cola.

Dante regresó a la cocina. Karla lo siguió, no porque quisiera seguir hablando, sino porque permanecer sola junto al escritorio habría hecho evidente que estaba demasiado interesada.

La cocina también estaba ordenada. Había imanes en el refrigerador, una lista de compras escrita con letra torpe y una fotografía de Dog usando un gorro de cumpleaños. Karla se acercó a leer la lista.

Leche. Huevos. Pollo. Comida para Dog. Algo verde para no morir.

—¿"Algo verde"? —preguntó.

Dante abrió un gabinete.

—Es una categoría amplia.

—Las verduras tienen nombres.

—No quiero encariñarme.

—¿Comes mal?

—Como de manera intuitiva.

—Eso significa que sí.

—Entreno todos los días. Mi cuerpo compensa.

—No funciona así.

—Hasta ahora sigo vivo.

Dante sacó una bolsa de galletas y se la ofreció.

Karla tomó una.

—¿Tienen cajeta?

—No.

Ella lo miró.

—¿Entonces por qué me las ofreces?

—Perdón. Olvidé que tu paladar tiene una sola personalidad.

—Tengo gustos variados.

—Sí. Cajeta líquida, sólida y horneada.

Karla probó la galleta.

—No está mal.

—Las hice yo.

Ella dejó de masticar.

—No.

—Sí.

—Tú no horneas.

—A veces.

—¿Desde cuándo?

Dante abrió el refrigerador y sacó un recipiente.

—Desde que descubrí que comprar premios para Dog era más caro que hacerlos.

Karla miró las galletas.

—¿Estas son para el perro?

—No. Esas están en otro frasco.

Ella revisó la que sostenía.

—¿Estás seguro?

—Casi.

Karla dejó la galleta sobre la mesa.

Dante soltó una carcajada.

No la risa breve que usaba en la oficina cuando conseguía molestarla. Fue una risa abierta, profunda, acompañada por la forma en que inclinó la cabeza hacia atrás. Karla lo observó sin querer hacerlo.

Se veía distinto.

Más joven, quizá. Menos cuidadoso.

No había desafío en su expresión ni una respuesta preparada esperando detrás de los labios. Solo diversión sincera.

—Estoy bromeando —dijo—. Son para humanos.

—No fue gracioso.

—Tu cara dice lo contrario.

—Mi cara está evaluando si puedo demandarte.

—Eso también es cariño.

Karla tomó otra galleta.

—No sabes qué significa esa palabra.

La sonrisa de Dante perdió fuerza durante una fracción de segundo.

—Puede ser.

Ella se arrepintió de inmediato. El comentario había sido automático, uno de tantos que intercambiaban sin pensar, pero en su departamento sonó más duro.

—No lo dije…

—Está bien —interrumpió él—. No tienes que arreglarlo.

Dante cerró el gabinete y volvió hacia el escritorio. Karla permaneció junto a la mesa, incómoda por el silencio.

Dog se acercó a ella con un juguete de cuerda en la boca.

—No sé jugar contigo —le dijo.

Dog dejó el juguete frente a sus pies.

—Eso fue muy claro —comentó Dante desde la sala.

Karla recogió la cuerda y la lanzó. Dog corrió detrás de ella, resbaló un poco al cambiar de dirección y regresó casi de inmediato.

—Otra vez —dijo Dante.

—No necesita instrucciones.

—Me refería a ti.

Karla volvió a lanzar el juguete.

Durante los siguientes minutos, Dog cruzó el departamento de un lado a otro mientras Dante preparaba su equipo. Karla lo observó ajustar el micrófono, revisar la cámara y responder mensajes en el teléfono.

Se movía con seguridad, pero sin la energía caótica que llevaba a la oficina. Todo tenía un orden que ella no esperaba. Revisó el audio,

organizó las ventanas en la pantalla y dejó un espacio libre junto a la silla para que Dog pudiera acostarse.

—Eres organizado —dijo.

Dante miró por encima del hombro.

—No suenes tan decepcionada.

—En la oficina no lo pareces.

—En la oficina te tengo a ti.

—¿Eso qué significa?

—Que tú organizas suficiente por todos.

—No es un cumplido.

—No pretendía que lo fuera.

Karla dejó el juguete cuando Dog se cansó y se tumbó cerca del escritorio.

—Entonces, ¿tu desorden es intencional?

—No siempre. Pero sé dónde está lo importante.

—Olvidaste el disco duro.

—Sabía que tú lo encontrarías.

—Eso es aprovecharte de mí.

—Eso es confiar en tus habilidades.

Karla cruzó los brazos.

—¿Haces eso con todos?

—¿Qué cosa?

—Confiar en que alguien más arreglará lo que dejas.

Dante dejó de mover el ratón.

—No.

La respuesta fue corta.

Karla esperó una explicación, pero él se limitó a revisar otra ventana en la pantalla.

—Entonces, ¿por qué conmigo?

Dante la miró.

Por un instante, la expresión que apareció en su rostro fue demasiado seria. Karla sintió el impulso de retroceder, aunque no se movió.

—Porque siempre respondes —dijo él.

Ella recordó la conversación en la oficina. La misma frase. El mismo tono que parecía esconder algo.

—Eso no responde.

—Es lo más cerca que vas a estar hoy.

Antes de que Karla pudiera insistir, Dante presionó un botón y una luz roja se encendió junto a la cámara.

—¿Ya empezaste?

—Todavía no. Pero el chat puede verme en unos segundos.

Karla se apartó de inmediato.

—No quiero salir.

—No vas a salir.

—La cámara apunta hacia aquí.

—Apenas cubre el escritorio.

Ella se colocó detrás del monitor para comprobarlo.

—Eso es peor. Ahora parece que me escondo.

—Porque te estás escondiendo.

—No quiero que desconocidos me vean en tu departamento.

Dante arqueó una ceja.

—Esa frase sonó más interesante de lo que pretendías.

—No empieces.

—No he dicho nada.

—Tu cara sí.

El chat comenzó a moverse en la pantalla. Aparecieron saludos, emoticonos y mensajes preguntando por Dog.

Dante se sentó.

—Puedes esperar en la sala hasta que termine de saludar.

—Solo quería ver cómo era.

—¿Estás curiosa?

—Estoy evaluando qué tan extraño eres fuera del trabajo.

—Vas a necesitar más de cinco minutos.

Él se colocó los audífonos y sonrió hacia la cámara.

—Buenas tardes, gente. Hoy intentaremos terminar la misión que ayer me hizo perder la poca dignidad que me quedaba.

Su voz cambió ligeramente. No de manera falsa, sino más cálida. Saludó a varias personas por sus nombres de usuario, preguntó por alguien que había mencionado un examen y felicitó a otra persona por haber conseguido trabajo. Dog se acercó al escuchar el tono de Dante y apoyó la cabeza sobre su pierna.

El chat reaccionó de inmediato.

Dante bajó una cámara pequeña y enfocó al perro.

—Sí, aquí está. Llegó tarde porque estaba entreteniendo a una invitada.

Karla abrió mucho los ojos.

Él la miró de reojo y sonrió.

—No, no van a verla. Compórtense.

Los mensajes comenzaron a pasar más rápido.

¿Invitada?

Dante tiene novia.

Dog consiguió una mamá.

Karla sintió que el calor subía a su rostro.

—Voy a matarte —susurró.

—El micrófono escucha bastante bien —murmuró él sin dejar de sonreír.

Ella se tapó la boca.

Dante soltó una risa y regresó la cámara a su posición.

—No es mi novia. Es alguien del trabajo que vino a salvar un proyecto porque, aparentemente, no sé cuidar objetos importantes.

Karla lo miró con advertencia.

—Eso sí es verdad —añadió él.

El chat continuó bromeando. Dante respondió con naturalidad, sin parecer incómodo ni intentar impresionar a nadie. Cuando alguien escribió un comentario agresivo, él no reaccionó con enojo. Simplemente lo ignoró y continuó hablando con el resto.

Karla se sentó en el brazo del sofá, convencida de que solo observaría unos minutos.

Permaneció casi media hora.

Dante jugaba bien, aunque no tanto como él parecía creer. Fallaba, se burlaba de sí mismo y conversaba al mismo tiempo. Cuando un jugador de su equipo cometía un error, no gritaba ni lo culpaba. Se reía, explicaba qué había ocurrido y volvía a intentarlo.

Era paciente.

Eso era nuevo.

En la oficina, Dante parecía vivir para alterar el orden. En casa, cuidaba cada palabra con las personas que lo observaban.

Recordaba detalles de sus vidas, agradecía las donaciones y se detenía para responder preguntas que podía haber ignorado.

En un momento, uno de los mensajes mencionó que había tenido un mal día.

Dante dejó de jugar durante unos segundos.

—No tienes que contar qué pasó si no quieres —dijo mirando la pantalla—, pero quédate un rato. Aquí por lo menos podemos fallar juntos y fingir que es parte del plan.

No lo dijo como una frase motivacional ni como alguien que necesitara verse profundo. Lo dijo con sencillez.

El chat respondió con corazones.

Karla bajó la mirada hacia sus manos.

Comprendió por qué la gente regresaba.

Dog se levantó y caminó hacia ella. Apoyó el hocico sobre su rodilla y Karla comenzó a acariciarlo.

Dante la vio.

No dijo nada.

Solo sonrió antes de volver al juego.

Karla sintió algo extraño. Una incomodidad suave, distinta a la que le provocaban sus bromas. Era como si hubiera entrado esperando confirmar todo lo que creía saber de él y, en cambio, cada detalle del departamento estuviera contradiciéndola.

El orden.

Las plantas.

El perro rescatado.

Las fotografías.

La paciencia con su audiencia.

La forma en que se reía cuando no estaba intentando sacarla de quicio.

No parecía otra persona.

Ese era el problema.

Seguía siendo Dante. Solo que ella había visto una parte mínima de él durante años y había decidido que era suficiente para entenderlo por completo.

Cuando terminó la partida, Dante silenció el micrófono y giró hacia ella.

—Pensé que te habías ido.

—Dog no me dejó.

El perro seguía apoyado contra sus piernas.

—Claro. Dog.

—¿Siempre hablas así con ellos?

—¿Así cómo?

—Como si los conocieras.

Dante se encogió de hombros.

—Algunos llevan mucho tiempo aquí.

—Pero no los conoces de verdad.

—No necesito saber todo sobre alguien para tratarlo bien.

Karla sintió el peso de la frase.

—No dije que los trataras mal.

—No hablaba de ellos.

Ella levantó la mirada.

Dante sostuvo sus ojos durante un instante y después volvió a activar el micrófono.

—Tengo que terminar —dijo—. Puedes quedarte si quieres.

Karla debería haber respondido que no.

En cambio, se acomodó mejor en el sofá.

—Solo hasta que termine la siguiente partida.

Dante sonrió hacia la pantalla.

—Por supuesto.

La siguiente partida se convirtió en dos.

Cuando Karla se dio cuenta, había pasado más de una hora. El sol comenzaba a bajar detrás de los edificios y el departamento se llenaba de una luz naranja que suavizaba los muebles.

Dante terminó la transmisión, agradeció a todos y prometió volver al día siguiente. Cuando apagó la cámara, se quitó los audífonos y dejó escapar un suspiro.

—¿Y bien?

Karla cruzó las piernas.

—Eres menos malo de lo que esperaba.

—Eso es lo más bonito que me has dicho.

—No te acostumbres.

—Ya me lo dijiste antes.

—Necesitas recordatorios frecuentes.

Dante se levantó y estiró los brazos. Dog corrió hacia él y recibió varias caricias.

—¿Tienes hambre?

—No.

Su estómago eligió ese momento para contradecirla.

Dante levantó una ceja.

—Fue Dog.

El perro la miró.

—No lo culpes.

—Tengo comida.

—Tengo que irme.

—También tienes hambre.

—Puedo comer en casa.

—Claro. Después de manejar, cambiarte y decidir qué pedir. En una hora y media.

—No planeo cambiarme.

—Entonces una hora.

Karla miró el reloj.

Podía irse. Debía irse. Ya había permanecido mucho más de los cinco minutos prometidos y no existía ninguna razón para convertir la entrega de un disco duro en una tarde completa.

—¿Qué tienes? —preguntó.

Dante intentó ocultar su satisfacción.

—Pasta.

—¿Hecha por ti?

—No confíes tanto.

—Entonces no.

—Del restaurante de abajo.

—Eso es distinto.

Dante tomó su teléfono.

—Sin cebolla.

Karla lo miró.

—No digas nada —pidió él—. Tengo buena memoria.

La frase le resultó familiar, pero esta vez no sintió decepción.

Mientras Dante hacía el pedido, Karla observó el departamento una vez más. Dog descansaba junto a sus pies. Las luces del equipo estaban apagadas y la pantalla reflejaba apenas la silueta de Dante hablando por teléfono.

Era extraño estar ahí.

Más extraño aún era no querer irse.

La primera grieta en la imagen que tenía de Dante no había aparecido durante la cena ni cuando corrió bajo la lluvia para devolverle el cuaderno.

Había aparecido al verlo sonreír frente a una cámara, con su perro a un lado, ofreciendo compañía a desconocidos sin esperar nada a cambio.

Karla había pasado años convencida de que Dante se tomaba todo a la ligera.

Ahora comenzaba a sospechar que se tomaba en serio muchas cosas.

Solo no permitía que nadie lo notara.

CAPÍTULO 6

No era una cita… ¿o sí?

Dante supo que la noche iba a complicarse cuando vio a Karla bajar del automóvil.

No porque llegara tarde. Karla jamás llegaba tarde. Tampoco porque hubiera olvidado algo o apareciera vestida de forma inadecuada. Karla no olvidaba cosas importantes y parecía incapaz de elegir ropa sin considerar primero el lugar, la iluminación y la impresión que quería causar.

El problema era precisamente ese.

Había elegido demasiado bien.

Llevaba un vestido negro que se ajustaba a su cuerpo sin resultar exagerado, un abrigo claro sobre los hombros y el cabello recogido en una coleta baja que dejaba algunos mechones sueltos alrededor del rostro. Sus aretes brillaron cuando cerró la puerta del coche y comenzó a caminar hacia él con la expresión seria de alguien que estaba a punto de revisar un contrato.

Dante llevaba casi cinco minutos esperándola frente al hotel donde se realizaría el evento, pero de pronto olvidó por qué estaban allí.

Karla se detuvo a pocos pasos.

—¿Qué?

—Nada.

—Estás mirando.

—Tengo ojos.

—Úsalos con discreción.

Dante sonrió y extendió una mano hacia la entrada.

—Buenas noches para ti también.

—Buenas noches. ¿Trajiste las acreditaciones?

—Sí.

—¿Las dos?

—Sí.

—¿Revisaste que nuestros nombres estuvieran bien?

—Karla.

—Es una pregunta válida.

—Las revisé tres veces.

Ella levantó las cejas.

—¿Tres?

—Estoy intentando convertirme en alguien digno de tu confianza.

—Eso puede tomar años.

Dante sacó las acreditaciones del bolsillo interno de su saco. Karla tomó la suya, leyó el nombre y comprobó el código de acceso.

—Está bien.

—Gracias. Temía haber olvidado cómo te llamabas.

—No sería sorprendente.

—Tu nombre aparece en la mitad de mis correos.

—Porque siempre haces algo mal.

—Y tú siempre estás ahí para señalarlo.

La frase salió con más suavidad de la que pretendía. Karla levantó la mirada, pero Dante ya se había girado hacia las puertas de cristal.

El evento era una exposición anual de diseño, publicidad y tecnología organizada por uno de los clientes más importantes de la agencia. Habían recibido dos invitaciones porque el director creativo estaba enfermo y Claudia había rechazado asistir con una explicación demasiado extensa sobre zapatos incómodos, conversaciones forzadas y personas que usaban la palabra sinergia sin ironía.

Karla había sido la elección evidente.

Dante no.

Según Claudia, lo habían enviado porque sabía hablar con desconocidos sin parecer que estaba negociando una rendición. Según Karla, lo habían enviado porque nadie más estaba disponible.

Dante prefería la primera versión.

El vestíbulo del hotel estaba lleno de personas con copas en las manos y gafetes colgando del cuello. Había pantallas gigantes

proyectando campañas, mesas con muestras de productos y una música elegante que nadie parecía escuchar.

Karla apenas cruzó la entrada, comenzó a observarlo todo.

—El registro está a la derecha —dijo.

—Ya estamos registrados.

—Debemos confirmar asistencia.

—Tenemos acreditaciones.

—También hay que recoger el programa.

—Podemos verlo en el teléfono.

Ella se detuvo.

—¿Vas a cuestionar cada paso?

—Solo los innecesarios.

—Confirmar nuestra asistencia no es innecesario.

—Estamos físicamente aquí.

—Dante.

—Karla.

La mujer del registro los miró acercarse.

—Buenas noches. ¿Nombres?

Karla respondió antes que él.

—Karla Méndez y Dante Lozano, de Ángulo Creativo.

La mujer buscó sus datos en una tableta.

—Aquí están. ¿Asisten juntos?

—Sí —respondió Dante.

—No —dijo Karla al mismo tiempo.

La mujer levantó la vista.

Dante giró hacia ella.

—Llegamos juntos.

—Preguntó si asistimos juntos.

—Eso es exactamente lo que hacemos.

—Por trabajo.

—No preguntó por qué.

La mujer intentó ocultar una sonrisa mientras les entregaba dos programas.

—Que disfruten la noche.

Karla tomó el suyo.

—Gracias.

Dante esperó hasta alejarse del mostrador.

—Eso fue sospechoso.

—¿Qué cosa?

—Tu necesidad de aclarar que no estamos juntos.

—Porque no lo estamos.

—Nadie dijo lo contrario.

—Ella lo insinuó.

—Solo preguntó si asistíamos juntos.

—Y no era una pregunta personal.

—Entonces, ¿por qué te pusiste nerviosa?

Karla siguió caminando.

—No estoy nerviosa.

—Casi arrancas el programa.

Ella miró el papel ligeramente doblado entre sus dedos y lo alisó con la palma.

—Está mal impreso.

Dante soltó una risa.

—Claro.

Durante la primera hora hicieron exactamente lo que habían ido a hacer. Saludaron al cliente, hablaron con dos posibles proveedores y asistieron a una presentación sobre nuevas tendencias de consumo que utilizó la palabra autenticidad diecisiete veces sin explicar qué significaba.

Karla tomó notas.

Dante contó las veces que el expositor dijo "experiencia".

Cuando salieron de la sala, ella cerró su libreta.

—¿Escuchaste algo?

—Treinta y cuatro experiencias.

—Hablo de la presentación.

—Yo también.

—Era importante.

—Dijo lo mismo durante cuarenta minutos.

—Hubo datos útiles.

—Hubo una gráfica circular con seis tonos de azul.

—La gráfica no era el punto.

—Entonces eligieron demasiados tonos.

Karla intentó mantener la seriedad, pero la comisura de sus labios se movió.

Dante la señaló.

—Eso fue una sonrisa.

—No.

—La vi.

—Estás obsesionado con mis reacciones faciales.

—Son difíciles de conseguir.

—No son un premio.

—Eso las hace más interesantes.

Karla desvió la mirada hacia una mesa llena de aperitivos.

—No he comido.

—Eso explica tu estado de ánimo.

—Mi estado de ánimo está bien.

—Amenazaste con abandonar la presentación cuando dijeron "ecosistema de marca".

—Porque no tenía sentido.

—Estuviste a punto de levantarte.

—Solo cambié de posición.

—Con tu bolso en la mano.

Ella caminó hacia la comida.

—Voy a ignorarte.

—Eso dijiste hace tres años.

La mesa ofrecía pequeñas porciones que parecían diseñadas para ser fotografiadas, no para alimentar a nadie. Karla tomó una copa de agua mineral y examinó las opciones.

—Esto tiene cebolla —dijo.

—Todo tiene cebolla.

—¿Por qué?

—Para generar conversación.

Dante tomó dos bocados de una bandeja y le entregó uno.

—Ese no tiene.

Karla lo revisó.

—¿Cómo sabes?

—Pregunté.

—¿Cuándo?

—Mientras tú cuestionabas al proveedor sobre los tiempos de entrega.

Ella tomó el aperitivo.

—Gracias.

—De nada.

El intercambio fue tan sencillo que ambos se quedaron en silencio durante un segundo.

Dante bebió un poco de su copa y miró hacia el salón. La cena en Amaretto había cambiado la forma en que interpretaba esos momentos. Antes, cualquier gesto amable de Karla era una excepción que él guardaba con cuidado. Ahora comenzaban a ocurrir con suficiente frecuencia para que resultaran peligrosos.

—No te acostumbres —añadió ella.

Dante sonrió.

—Ahí estás.

Karla puso los ojos en blanco, pero comió lo que él le había dado.

Recorrieron el área de exhibición y se detuvieron frente a una instalación interactiva formada por pantallas que respondían al movimiento de las personas. Karla se acercó con interés, observando cómo las figuras cambiaban de forma cuando alguien pasaba frente a ellas.

—Esto sí está bien hecho —dijo.

—¿Bien hecho?

—Muy bien hecho.

—Eso es prácticamente una ovación.

Ella ignoró el comentario y se acercó más. Las formas proyectadas se transformaban en líneas, manchas de color y figuras que parecían dibujadas a mano.

—Me gusta cómo conservaron las imperfecciones —añadió—. No se siente demasiado limpio.

—Pensé que te gustaban las cosas limpias.

—Organizadas. No perfectas.

Dante la observó.

—No sabía que había diferencia.

—La perfección no existe. El orden sí.

—Eso debería estar escrito en tu escritorio.

—Podría ponerlo.

—Debajo de una amenaza.

Karla sonrió y continuó mirando la pantalla.

Había algo distinto en ella cuando hablaba de imágenes. Su voz perdía la rigidez habitual y sus manos comenzaban a moverse mientras explicaba. Dante la había visto hacer lo mismo en reuniones cuando defendía una idea visual, pero ahí no estaba intentando convencer a ningún cliente. Solo estaba interesada.

—¿Dibujarías algo así? —preguntó.

La expresión de Karla cambió.

—¿Así cómo?

—Con líneas sueltas. Como esas.

—Tal vez.

—Me dijiste que algún día me demostrarías que no dibujabas mal.

Ella se cruzó de brazos.

—No dije cuándo.

—Pensé que hoy podía ser el día.

—No traje mi cuaderno.

—Lo revisaste antes de salir. Está en tu bolso.

Karla lo miró.

Dante levantó ambas manos.

—Lo vi cuando sacaste la libreta de notas.

—No significa que vaya a enseñártelo.

—Solo señalé que lo tienes.

—Con una intención evidente.

—Tengo curiosidad.

—Eso no te da derecho.

—Lo sé.

La respuesta pareció sorprenderla.

Dante desvió la atención hacia la instalación.

—No tienes que mostrarme nada.

Karla permaneció callada.

Él sintió que había arruinado el momento. Tal vez la conversación sobre el cuaderno seguía siendo demasiado sensible. La última vez que preguntó, ella lo había cerrado como si intentara proteger algo vivo.

—Vamos —dijo—. Vi una mesa con postres y creo que había algo con cajeta.

Karla giró de inmediato.

—¿Dónde?

Dante sonrió.

—Sabía que eso funcionaría.

Ella le dio un golpe ligero en el brazo con el programa.

—Eres manipulador.

—Pero efectivo.

Encontraron la mesa de postres al fondo del salón. Había tartaletas, chocolates, pequeños pasteles y vasos transparentes con distintas cremas. Karla recorrió cada bandeja hasta localizar una etiqueta que decía mousse de cajeta con nuez.

Tomó uno.

Después otro.

Dante levantó una ceja.

—¿Dos?

—Uno puede estar mal hecho.

—¿Y necesitas un segundo para confirmar?

—Es control de calidad.

—Admiro tu compromiso profesional.

Karla probó el primero. Su expresión cambió de inmediato.

—Está bueno.

—Eso fue rápido.

—Tiene suficiente cajeta.

—Tu sistema de evaluación es riguroso.

Dante tomó un vaso.

—No te va a gustar.

—¿Por qué?

—Tiene café.

—Me gusta el café.

—No mezclado con cajeta.

—No sabes eso.

—Lo mencionaste en la cena.

Karla lo miró.

—Otra vez.

—¿Otra vez qué?

—Recuerdas todo lo que digo.

Dante sostuvo el vaso sin probarlo.

—No todo.

—Demasiado.

Había una pregunta escondida detrás de esas palabras. La misma que había hecho en su departamento, cuando quiso saber por qué recordaba tantos detalles.

Dante no podía responder con sinceridad.

Todavía no.

—Tienes opiniones fuertes —dijo—. Son difíciles de olvidar.

Karla bajó la mirada hacia el postre.

—Eso tiene más sentido.

La respuesta debería haberlo aliviado.

No lo hizo.

—Ven —dijo ella después de unos segundos—. Quiero sentarme.

Encontraron una mesa pequeña en una terraza cubierta junto al salón principal. Desde allí se veía la ciudad iluminada y el reflejo de las luces sobre las ventanas de los edificios. El ruido del evento llegaba amortiguado, lo suficiente para que pudieran hablar sin levantar la voz.

Karla dejó su bolso sobre una silla y el segundo postre frente a ella.

—¿Vas a comer ambos? —preguntó Dante.

—Sí.

—Solo preguntaba.

—Puedo compartir.

Él la miró.

—¿De verdad?

—No hagas que me arrepienta.

Karla empujó el vaso hacia el centro y colocó dos cucharas.

Dante tomó una.

—Esto parece familiar.

—No hables de la cena.

—No la mencioné.

—Tu cara sí.

Probaron el postre en silencio. Karla tenía razón: la mezcla de café era demasiado fuerte.

—No me gusta —dijo Dante.

Ella sonrió con satisfacción.

—Te lo dije.

—Lo dijiste después de que lo tomé.

—Pero lo pensé antes.

—Qué útil.

Karla comió otra cucharada.

—¿Siempre haces streams los fines de semana?

La pregunta lo sorprendió.

—Casi siempre.

—¿Y entre semana?

—Dos o tres noches.

—¿Después del gimnasio?

—A veces.

—Eso es mucho.

—Depende.

—¿No te cansa?

Dante giró la cuchara entre los dedos.

—Me ayuda a desconectarme.

—Pensé que el gimnasio hacía eso.

—También.

Karla lo observó con atención.

—Vas todos los días.

—Casi.

—Incluso cuando trabajamos hasta tarde.

—Especialmente esos días.

—¿Por disciplina?

Dante sonrió, aunque esta vez no había humor en el gesto.

—Al principio no.

Karla esperó.

Dante miró hacia la ciudad. No solía hablar de aquello. Mateo conocía una parte, su madre otra, pero en la oficina nadie sabía por qué había comenzado a entrenar ni por qué rara vez faltaba, aunque estuviera cansado.

Podía inventar algo ligero.

Decir que le gustaba verse bien o que necesitaba compensar su alimentación intuitiva.

Karla no estaba bromeando.

—Hubo una época en la que no estaba bien —dijo.

Ella no lo interrumpió.

—No pasó nada grande. Supongo que eso fue lo peor. No podía señalar una cosa y decir que era la causa. Solo estaba cansado todo el tiempo. Dormía mal, no quería salir, no contestaba mensajes. Me costaba concentrarme.

Karla dejó la cuchara.

—¿Cuánto duró?

—Meses.

—¿Y nadie lo notó?

Dante soltó una risa breve.

—Yo hacía bromas.

—Eso no responde.

—Sí responde.

Ella comprendió.

La expresión de Karla se suavizó de una forma que él rara vez veía.

—¿Fuiste con un psicólogo?

—Sí. Después de un tiempo.

—¿Te ayudó?

—Mucho.

Dante apoyó los brazos sobre la mesa.

—Me recomendó crear rutinas pequeñas. Comer mejor, dormir, salir de casa. Mateo me llevó al gimnasio una mañana y lo odié.

—Eso sí lo imagino.

—No podía levantar nada, había demasiada gente y un hombre gritaba cada vez que tocaba una pesa.

Karla sonrió.

—¿Y regresaste?

—Al día siguiente.

—¿Por qué?

Dante tardó unos segundos en responder.

—Porque esa noche dormí.

La sonrisa de Karla desapareció.

—Ah.

—Después seguí regresando. Al principio solo caminaba, luego comencé a entrenar. No solucionó todo, pero me dio algo que podía hacer incluso cuando no tenía ganas de hacer nada.

—Una rutina.

—Sí.

—Algo que podías controlar.

Dante la miró.

—Supongo que sí.

Karla bajó la vista hacia sus manos.

—Eso lo entiendo.

Dante quiso preguntarle cuánto. Qué había necesitado controlar ella y por qué parecía construir sistemas alrededor de cada parte de su vida. No lo hizo.

—Ahora voy porque me gusta —continuó—. Pero en ese momento… creo que me sostuvo.

Karla levantó la mirada.

—No sabía eso de ti.

—No es algo que anuncie en las juntas.

—Podrías.

—Claudia intentaría organizar una sesión grupal.

—Y Roberto haría apuestas.

—Sobre quién llora primero.

Karla soltó una risa.

Dante sonrió, agradecido por la ligereza. No se arrepentía de haberle contado, pero sentía la incomodidad de haber dejado una puerta abierta.

—Gracias por decírmelo —dijo ella.

—No tienes que agradecer.

—Lo sé.

Hubo un silencio breve.

Karla tomó su bolso y lo colocó sobre sus piernas. Sacó el cuaderno oscuro que Dante había corrido a devolver bajo la lluvia.

Él dejó de respirar durante un segundo.

—¿Qué haces?

—No te emociones.

—Estoy intentando no hacerlo.

Karla retiró la cinta elástica.

—Solo voy a enseñarte algunos.

Dante se inclinó un poco hacia ella.

—Puedo esperar.

—Ya decidí hacerlo.

Abrió el cuaderno por una página cercana a la mitad.

El primer dibujo era una cafetería vista desde la calle. Había personas detrás de los cristales, plantas colgando del techo y pequeñas imperfecciones en las líneas que hacían que la escena pareciera viva. El siguiente mostraba a una mujer sentada en el metro, dormida contra la ventana. Después había manos, zapatos, edificios, rostros y pequeñas escenas cotidianas que Dante reconocía vagamente de la oficina.

—Son increíbles —dijo.

Karla mantuvo la mirada sobre la página.

—No tienes que exagerar.

—No estoy exagerando.

Pasó con cuidado a la siguiente.

Había un dibujo de Dog dormido junto al sofá.

Dante levantó la vista.

—¿Cuándo hiciste esto?

—En tu departamento.

—No te vi.

—Estabas haciendo el stream.

El dibujo capturaba la forma en que una de las orejas de Dog se doblaba hacia atrás y cómo sus patas se extendían sobre la alfombra.

—Se ve mejor que en persona.

—No es difícil.

—Dog se va a ofender.

Karla pasó otra página.

Dante se quedó quieto.

Era él.

Estaba sentado frente a la computadora, usando audífonos y sonriendo hacia la pantalla. Dog apoyaba la cabeza sobre su pierna. No era un retrato detallado, sino un conjunto de líneas rápidas, pero se reconocía perfectamente.

—También dibujaste esto ese día.

Karla intentó cerrar el cuaderno.

Dante colocó una mano sobre la esquina de la página, sin tocarla a ella.

—Espera.

—No está terminado.

—No importa.

—Sí importa.

—¿Por qué?

Karla levantó la mirada.

—Porque no me gusta enseñar cosas incompletas.

—A mí sí me gusta.

—Tú entregas archivos llamados final ahora sí.

—Exacto. Tengo experiencia con lo incompleto.

Ella casi sonrió.

Dante volvió a mirar el dibujo.

—Nunca me había visto así.

—¿Así cómo?

No supo responder.

Tranquilo, quizá. Feliz. Más suave de lo que se sentía desde dentro.

—No sé —admitió.

Karla observó la página.

—Te veías diferente.

—Eso dijiste en mi departamento.

—Porque era verdad.

—¿Diferente a qué?

Ella cerró el cuaderno con cuidado.

—Al Dante del trabajo.

—¿Cuál te cae mejor?

Karla ajustó la cinta alrededor de la cubierta.

—No voy a responder eso.

—Eso significa que el de casa.
—Significa que no voy a responder.
—Puedo vivir con la duda.
—Mentira.
—Cierto.
Karla guardó el cuaderno.
—Ahora tú.
—¿Yo qué?
—Ya sabes algo que no le cuento a cualquiera.
—Sé varias cosas.
—No abuses.
Dante se reclinó en la silla.
—Pregunta.
—¿Por qué haces tantas bromas?
La pregunta lo tomó desprevenido.
—Porque soy divertido.
—Eso está en discusión.
—Pensé que harías una pregunta seria.
—Es seria.
Dante miró hacia el salón principal. A través del cristal podía ver a las personas conversando, sonriendo y fingiendo interés en discursos que probablemente olvidarían al día siguiente.
—Supongo que es más fácil.
—¿Más fácil que qué?
—Que dejar silencios.
Karla no apartó la mirada.
—¿No te gustan?
—No todos.
—¿Por qué?
Dante pensó en la época que acababa de describir. En las horas dentro de su departamento sin hablar con nadie. En la forma en que el silencio había dejado de sentirse tranquilo y comenzó a parecerse a un peso.
—A veces el silencio deja demasiado espacio para pensar.
Karla asintió lentamente.
—Eso también lo entiendo.

—¿Tú por qué dibujas?

Ella apoyó las manos sobre el bolso.

—Porque pensar con palabras me cansa.

Dante esperó.

—Cuando dibujo no tengo que explicar nada —continuó—. No tengo que decidir si lo que siento tiene sentido. Solo lo pongo en algún lugar.

—¿Por eso no lo enseñas?

—En parte.

—¿Y la otra parte?

Karla sonrió sin humor.

—Porque cuando muestras algo que te importa, la gente puede decidir que no es suficiente.

Dante sintió algo apretarse en el pecho.

—Quien te haya hecho creer eso era un idiota.

Ella levantó la mirada.

—No sabes quién fue.

—No necesito saberlo.

La música cambió dentro del salón. Comenzó una canción más lenta y varias personas se acercaron a la pista improvisada frente al escenario.

Karla miró hacia allí.

—Deberíamos volver.

—¿Para qué?

—Para seguir trabajando.

—Ya hablamos con todos los que estaban en la lista.

—Podríamos hacer más contactos.

—Podríamos comer de verdad.

Ella miró los vasos vacíos.

—Comimos.

—Eso no cuenta. La mitad de las cosas cabían en una cuchara.

—¿Quieres irte?

Dante se encogió de hombros.

—Hay un restaurante frente al hotel.

Karla lo observó con cautela.

—Eso sonó como una invitación.

—Tenemos hambre.
—Tú tienes hambre.
—Te comiste dos postres.
—Eso no significa que haya cenado.
—Entonces estamos de acuerdo.
—No dije eso.
Dante se levantó y tomó su abrigo.
—Podemos regresar al evento después.
—¿Después de cenar?
—Sí.
—Juntos.
—Así funciona cuando dos personas van al mismo lugar.
Karla no se movió.
—No es una cita.
Dante sostuvo su abrigo hacia ella.
—Nunca dije que lo fuera.
—Pero parece una.
—Solo si tú quieres que parezca una.
Los ojos de Karla se estrecharon.
Dante sonrió.
—O podemos llamarlo extensión de actividades laborales.
—Eso suena horrible.
—Cena profesional.
—Peor.
—Reunión gastronómica.
—Cállate.
Karla tomó el abrigo de sus manos y se lo puso.
—Solo porque la comida de aquí no cuenta.
—Por supuesto.
—Y regresaremos.
—Claro.
—Y cada quien paga lo suyo.
—Como siempre.
Ella comenzó a caminar hacia la salida.
Dante la siguió con una sonrisa que intentó ocultar.

El restaurante estaba lleno, pero encontraron una mesa pequeña junto a la ventana. Compartieron una pizza sin cebolla después de discutir durante diez minutos sobre los ingredientes. Karla insistió en que la piña no debía acercarse a ningún alimento salado. Dante pidió una porción aparte solo para molestarla.

Hablaron de videojuegos, de dibujo y de las personas extrañas que aparecían en sus streams. Karla le contó que de niña llenaba los márgenes de sus cuadernos escolares con vestidos, rostros y cafeterías imaginarias. Dante le confesó que había comenzado a transmitir porque hablar mientras jugaba le hacía sentir que su departamento estaba menos vacío.

Se rieron más de lo que discutieron.

Y cuando discutieron, ninguno parecía intentar ganar.

Al salir, el evento estaba a punto de terminar.

Karla miró la hora.

—No regresamos.

—Fue una cena larga.

—Dijiste que volveríamos.

—También dijiste que no era una cita.

Ella se detuvo en la acera.

—No lo fue.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Karla lo observó, intentando encontrar una burla en su expresión.

Dante no le dio ninguna.

Caminaron hasta el estacionamiento en silencio. Al llegar al coche de Karla, ella abrió la puerta, pero antes de entrar se volvió hacia él.

—Me divertí.

Las palabras parecieron sorprenderla incluso a ella.

Dante sintió que el pecho se le llenaba de algo peligroso.

—Yo también.

—Pero no fue una cita.

—Por supuesto que no.

Karla asintió.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Ella entró al coche y cerró la puerta.

Dante esperó hasta que encendiera el motor. Karla bajó la ventana.

—Dante.

—¿Sí?

—El dibujo no está terminado.

—Ya me gustó así.

Karla sostuvo su mirada durante un segundo.

Después subió la ventana y se marchó.

Dante permaneció en el estacionamiento, observando las luces traseras desaparecer.

No había sido una cita.

Habían asistido por trabajo, hablado de trabajo y abandonado el evento por razones completamente prácticas.

Nada de aquello explicaba por qué seguía sonriendo.

Ni por qué, por primera vez en años, la idea de volver a casa solo le parecía un poco más difícil que antes.

CAPÍTULO 7

Pequeñas cosas

Karla siempre había creído que enamorarse era un acontecimiento.

Algo evidente.

Grandes declaraciones.

Mensajes interminables.

Flores sin motivo.

Promesas hechas bajo la lluvia.

Había vivido suficiente para descubrir que todas esas cosas podían existir incluso cuando el amor no lo hacía.

Lo que nunca había considerado era la posibilidad de que alguien comenzara a romper sus defensas sin decir absolutamente nada.

Todo empezó un martes cualquiera.

—No tomes ese café.

Karla levantó la vista de la pantalla.

Dante acababa de entrar a la oficina con una bandeja de cuatro vasos.

—¿Perdón?

—La máquina de abajo se descompuso otra vez. Ese café sabe a plástico.

—Todavía no lo pruebo.

—No hace falta.

Él dejó un vaso frente a ella.

Capuchino.

Sin azúcar.

Menos espuma.

Exactamente como le gustaba.

Karla miró el vaso.

Después a él.

—No vuelvas a hacerlo.

—Buenos días para ti también.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

—No necesito que me traigas café.

—Perfecto.

Él tomó el suyo y caminó hacia su escritorio.

Cinco minutos después, Karla seguía mirando el vaso.

No lo había pedido.

No se lo debía.

No existía ninguna intención oculta.

Simplemente...

Había recordado cómo le gustaba.

El jueves llegaron pizzas para todo el equipo.

Roberto hizo el pedido.

Como siempre.

—Mitad pepperoni, mitad especial de la casa —anunció mientras abría las cajas.

Karla se acercó.

La mitad especial estaba cubierta de cebolla.

Mucha cebolla.

Suspiró resignada.

—Puedo quitarla.

Antes de que tomara un plato, Dante deslizó una caja más pequeña hacia ella.

—Toma.

Karla la abrió.

Pizza individual.

Sin cebolla.

La miró.

—¿Cuándo pediste esto?

—Cuando Roberto dijo "especial de la casa".

—¿Cómo sabías que tendría cebolla?

—Porque siempre tiene.

—Pero...

—Y porque siempre terminas quitándola una por una mientras haces cara de sufrimiento.

Claudia levantó la vista.

—¿Cómo sabes eso?

Dante respondió sin pensar.

—Siempre se sienta frente a mí.

El silencio que siguió duró apenas dos segundos.

Pero Karla lo sintió mucho más largo.

Dante también.

—Quiero decir... en las comidas del viernes.

Roberto sonrió lentamente.

—Ajá.

—Cállate.

—Yo no dije nada.

Dante tomó una rebanada de su pizza y cambió de tema con tanta rapidez que nadie insistió.

Excepto Karla.

Porque durante el resto del almuerzo no pudo dejar de pensar en una pregunta muy sencilla.

¿Cuántas veces la había estado observando?

El viernes por la tarde toda la oficina estaba agotada.

El cliente había cambiado el brief por tercera vez y llevaban horas corrigiendo detalles que probablemente volverían a modificarse el lunes.

Karla llevaba tanto tiempo frente a la computadora que el cuello comenzaba a dolerle.

Sin darse cuenta, sacó el cuaderno de dibujos.

Solo quería hacer un boceto rápido.

Cinco minutos.

Nada más.

Cuando levantó la cabeza...

Había pasado casi una hora.

Toda la oficina estaba mucho más vacía.

Parpadeó confundida.

—¿Qué hora es?
—Las siete y cuarto.
La voz de Dante la hizo dar un pequeño salto.
Él seguía sentado frente a su computadora.
—¿Por qué no me avisaste?
—Estabas dibujando.
—¡Tenemos que entregar el archivo!
—Ya lo envié.
Karla abrió mucho los ojos.
—¿Qué?
—Lo terminamos antes de que desaparecieras.
Ella revisó el correo.
El archivo estaba enviado.
Con copia al cliente.
Correctamente nombrado.
Sin errores.
Levantó la mirada.
—¿Lo revisaste?
—Tres veces.
—¿Y las modificaciones?
—También.
—¿Las fuentes?
—Sí.
—¿Los márgenes?
—Sí.
—¿La resolución?
—Sí.
Karla cerró lentamente la laptop.
—No confío en ti.
—Lo sé.
Abrió el archivo.
Todo estaba perfecto.
Incluso había corregido un error tipográfico que ella no había visto.
Lo miró otra vez.
—¿Por qué hiciste todo eso?

Dante giró en la silla.
—Porque estabas ocupada.
—Pudiste despertarme.
—No estabas dormida.
—Sabes a qué me refiero.
Él miró el cuaderno.
—Cada vez que dibujas...
...desapareces.
La frase quedó suspendida entre ambos.
—No quería sacarte de ahí.
Karla bajó la vista.
Nadie...
Jamás...
Había entendido eso.
Ni siquiera ella sabía explicarlo tan bien.

A partir de ese día comenzó a notar cosas.
Muchas cosas.
Demasiadas.
Dante siempre llegaba con una botella extra de agua porque sabía que ella olvidaba llenar la suya.
Sin decir nada.
Solo la dejaba junto al teclado.

Cuando había reuniones largas...
Él ocupaba el asiento junto al aire acondicionado.
Porque sabía que Karla siempre tenía frío.
Ella no lo descubrió hasta que un día él intercambió lugares con Roberto.
—¿Por qué?
—Porque sí.
—Aquí veo mejor.
—Yo también.
Solo semanas después Roberto comentó casualmente:
—Desde hace meses se cambia para que no te dé directo el aire.
Karla dejó de escribir.

—¿Qué?
—Sí.
Dice que luego empiezas a estornudar.
Dante casi se atragantó con el café.
—Roberto.
—¿Qué?
—Nada.

Los viernes...
Siempre aparecía un postre.
Nunca decía que era para ella.
Lo dejaba en la cocina.
Casualmente.
—Sobró.
—No quiero que se desperdicie.
—Creo que tiene cajeta.
Nunca insistía.
Nunca esperaba que le agradeciera.
Simplemente...
Lo dejaba ahí.

Un lunes especialmente complicado, Karla salió de una reunión con un dolor de cabeza insoportable.

Ni siquiera recordaba haber mencionado que las luces blancas le molestaban cuando estaba estresada.

Se dejó caer en su silla.
Cinco minutos después...
Sintió algo frío sobre el escritorio.
Levantó la vista.
Había una botella de agua.
Y un paquete pequeño de analgésicos.
Miró alrededor.
Dante estaba hablando por teléfono al otro lado de la oficina.
Ni siquiera la estaba viendo.
Esperó.
Cuando terminó la llamada, él pasó junto a su escritorio.

—No me mires así.
—¿Cómo?
—Como si fueras a hacer una pregunta.
—La iba a hacer.
—No tengo respuesta.
—¿Por qué haces estas cosas?
Dante siguió caminando.
—Porque sí.
—Eso no responde.
—Lo sé.
—Dante.
Él giró apenas la cabeza.
—Tómate la pastilla antes de que empieces a responder correos agresivos.
Y siguió caminando.

Esa noche...
Karla llegó a su departamento más cansada de lo normal.
Se quitó los zapatos.
Preparó café.
Abrió el cuaderno.
Pero no dibujó.
En cambio...
Comenzó a escribir.
Cosas raras que hace Dante.

1. Recuerda mi café.
2. Recuerda que odio la cebolla.
3. Siempre encuentra postres de cajeta.
4. Nunca me interrumpe cuando dibujo.
5. Se cambia de lugar para que no me dé el aire.
6. Lleva agua extra "por casualidad".
7. Compra analgésicos antes de que yo los pida.

Se quedó mirando la lista.
No era impresionante.

Ningún punto por sí solo significaba algo.
Eran detalles.
Pequeños.
Ridículamente pequeños.
Pero...
¿Por qué los recordaba?
¿Por qué prestaba tanta atención?
¿Por qué nadie antes lo había hecho?
Su teléfono vibró.
Era un mensaje de Renata.
Renata: ¿Cómo va la guerra con Dante?
Karla escribió una respuesta.
"Igual que siempre."
La leyó.
La borró.
Volvió a escribir.
"Ya no sé."
Tampoco la envió.
Apagó la pantalla.

El lunes siguiente ocurrió algo tan pequeño que cualquier otra persona lo habría ignorado.

Toda la oficina estaba reunida revisando una campaña cuando Karla comenzó a dibujar distraídamente sobre una hoja.

Ni siquiera era consciente de hacerlo.
Solo líneas.
Sombras.
Pequeñas figuras.
El director creativo hizo una pregunta.
Karla no respondió.
Seguía dibujando.
—Karla.
Nada.
—Karla.
Tampoco.
Dante tomó discretamente el lápiz entre dos dedos.

No se lo quitó.

Solo lo sostuvo.

Lo suficiente para que ella levantara la cabeza.

—¿Qué?

—Volviste.

Ella tardó dos segundos en entender.

Después miró el dibujo.

Había llenado media hoja.

Sin darse cuenta.

El director creativo continuó hablando como si nada hubiera pasado.

Nadie más había notado el gesto.

Solo ellos dos.

Cuando terminó la reunión, Karla caminó junto a Dante hacia sus escritorios.

—Gracias.

Él la miró confundido.

—¿Por qué?

—Por...

No terminó la frase.

No hacía falta.

Dante sonrió apenas.

—De nada.

Y siguió caminando.

Esa misma tarde, Claudia se sentó sobre el borde del escritorio de Karla.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Depende.

—¿Tú y Dante están saliendo?

Karla casi dejó caer el café.

—¿Qué?

—No digo que sí.

Solo pregunto.

—¡No!

—Entonces...

¿Por qué se comportan como matrimonio de cuarenta años?

Karla abrió la boca.

No encontró respuesta.

Porque Claudia tenía razón.

No había flores.

No había confesiones.

No había besos.

Ni siquiera había coqueteo evidente.

Solo...

Él sabía exactamente cómo le gustaba el café.

Ella sabía cuándo estaba fingiendo que todo iba bien.

Él recordaba cada pequeño detalle que ella olvidaba mencionar.

Ella empezaba a buscarlo con la mirada apenas entraba a la oficina.

No parecía romance.

Parecía costumbre.

Y, por alguna razón...

Eso asustaba mucho más.

Aquella noche, mientras cerraban la oficina, Dante pasó junto a su escritorio.

—¿Lista?

—Sí.

Apagó la computadora.

Guardó el cuaderno.

Tomó el bolso.

Cuando llegaron a la puerta principal, Karla se detuvo.

—Dante.

—¿Sí?

Ella lo observó unos segundos.

Quería preguntarle por qué hacía todo aquello.

Quería saber si era así con todo el mundo o solo con ella.

Quería entender por qué cada gesto, por pequeño que fuera, conseguía desarmarla un poco más.

En lugar de hacerlo, dijo:

—Gracias por el café de esta mañana.

Dante sonrió con esa tranquilidad que solo aparecía cuando dejaba de intentar hacerla enojar.

—No fue nada.

Karla sabía que mentía.

Porque, quizá para él, preparar un café no significaba gran cosa.

Pero para alguien que llevaba años sintiéndose invisible en los detalles cotidianos...

Había significado muchísimo.

Y eso era precisamente lo que empezaba a darle miedo.

CAPÍTULO 8

Esto ya no me gusta

Dante supo que Karla estaba huyendo de él cuando dejó de aceptar el café.

No ocurrió de forma dramática. No hubo una discusión, una mirada hostil ni una frase lo bastante clara como para preguntarle qué había hecho mal. El lunes por la mañana, él simplemente dejó el capuchino habitual junto a su computadora y Karla lo miró como si se tratara de un objeto que no recordaba haber comprado.

—Ya traje uno —dijo.

Dante observó el vaso de cartón que descansaba junto a su teclado. Era café americano, sin leche, de la máquina del vestíbulo. Karla detestaba ese café. Decía que sabía a agua caliente con resentimiento y que solo una persona desesperada aceptaría beberlo.

—Ese no te gusta.

—Es café.

—También el lodo es agua con ingredientes y no por eso te lo tomas.

Normalmente, Karla habría respondido que su comparación era absurda. Habría probado el capuchino para demostrar que no lo necesitaba o le habría dicho que dejara de comportarse como si conociera mejor sus gustos que ella misma.

En cambio, tomó el vaso de la máquina y bebió un trago.

Su expresión confirmó que seguía odiándolo.

—Gracias de todos modos —dijo sin mirarlo.

Dante permaneció frente al escritorio durante un segundo. Después tomó el capuchino y lo levantó en dirección a Roberto.

—¿Quieres un café?

Roberto miró primero a Dante, luego a Karla y finalmente al vaso.

—¿Tiene algo raro?

—Leche y rechazo.

—Entonces sí.

La oficina continuó con su mañana. Claudia habló por teléfono con un proveedor. Patricia discutió con la impresora. Roberto bebió el café de Karla sin saber que estaba participando en algo que Dante todavía no lograba comprender.

Él regresó a su lugar y abrió el correo.

No volvió a preguntar.

Al día siguiente, Karla no llevó su botella vacía. Apareció con una nueva, llena hasta el borde, y la colocó en un sitio visible. El miércoles se sentó junto al aire acondicionado antes de que Dante pudiera cambiar de lugar con ella. Cuando comenzó a estornudar durante una reunión, se puso el abrigo sin hacer ningún comentario.

El jueves no sacó el cuaderno de dibujos.

Dante observó la manera en que mantenía las manos ocupadas, escribiendo notas innecesarias, ordenando papeles que ya estaban organizados y revisando el teléfono cada pocos minutos. Era como si temiera distraerse delante de él. Como si hubiera decidido borrar, una por una, todas las pequeñas ocasiones en las que él podía ayudarla.

Era demasiado deliberado para ser casualidad.

Y demasiado silencioso para convertirse en una pelea.

—¿Hiciste algo? —preguntó Roberto el viernes, mientras ambos esperaban que se calentara su comida.

Dante apoyó una mano sobre el mostrador.

—Hago muchas cosas. Necesitarás ser específico.

—A Karla.

—¿Qué pasa con ella?

Roberto miró hacia el área de trabajo. Karla estaba sentada frente a su computadora, hablando con Claudia. Sonreía, pero la sonrisa desapareció en cuanto sus ojos se encontraron con los de Dante.

Ella volvió la atención hacia la pantalla.

—Eso —dijo Roberto.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí.

El microondas emitió un sonido. Dante sacó el recipiente y se concentró en acomodar la tapa, aunque no era necesario.

—Está ocupada.

—Siempre está ocupada. Antes encontraba tiempo para decirte que respirabas demasiado fuerte.

—Sigo respirando igual.

—Entonces el problema es otro.

Dante abrió un cajón en busca de un tenedor.

—No hay problema.

—¿Se pelearon?

—No.

—¿Pasó algo en el evento?

Dante cerró el cajón con más fuerza de la necesaria.

Roberto levantó las manos.

—No tienes que contarme.

—No pasó nada.

Aquello era técnicamente cierto. Habían cenado juntos, compartido cosas que no solían contar y despedido la noche insistiendo en que no había sido una cita. Después llegaron los cafés, las botellas de agua y las pequeñas rutinas que se instalaron entre ellos sin pedir permiso.

No había ocurrido nada.

Ese era el problema.

Dante tomó el tenedor que Roberto le ofrecía y caminó hacia su escritorio. En otro momento habría llevado su comida junto a Karla solo para molestarla, pero ella había comenzado a almorzar en la sala de juntas con Claudia o a salir cuando él permanecía en la oficina.

Ese viernes, se marchó antes de que Dante abriera su recipiente.

—¿Tienes planes? —preguntó Claudia.

Karla guardó el teléfono en el bolso.

—Una cena.

La palabra llamó la atención de Dante antes de que pudiera evitarlo. Continuó mirando la pantalla, aunque había dejado de leer.

—¿Con quién? —preguntó Patricia desde contabilidad.

—Alguien que conocí por una aplicación.

Dante apretó los dedos alrededor del tenedor.

Roberto lo miró de reojo, pero tuvo la decencia de no decir nada.

—Pensé que habías dejado las citas —comentó Claudia.

—Nunca dije eso.

—Después de la última parecías menos interesada.

Karla se colocó el bolso sobre el hombro.

—Solo estaba ocupada. Además, es viernes.

Los viernes eran sagrados.

Dante recordaba aquella frase. Recordaba cómo la había dicho en el restaurante, como si se tratara de una regla que la mantenía a salvo. Cenas casuales, hombres desconocidos y ninguna expectativa que pudiera complicarle la vida.

Él debería haber sabido que tarde o temprano volvería a ellas.

—Que te diviertas —dijo Patricia.

—Eso intento.

Karla se despidió de los demás. Cuando pasó junto al escritorio de Dante, sus pasos se hicieron apenas más lentos.

Él esperó.

Podía levantar la vista. Preguntar a dónde iba, decir algo sobre el desconocido o recordarle que revisara si el restaurante tenía cebolla en todos los platillos. Podía convertirlo en una broma y obligarla a reaccionar.

No hizo nada.

—Buenas noches —dijo Karla finalmente.

Dante mantuvo los ojos en la pantalla.

—Buenas noches.

Ella permaneció allí una fracción de segundo antes de seguir caminando.

Cuando la puerta del elevador se cerró, Roberto giró su silla.

—Eso fue doloroso de ver.

—Entonces deja de mirar.

—¿No vas a decir nada?

—Ya le dije buenas noches.

—Sabes a qué me refiero.

Dante dejó el tenedor dentro del recipiente. Ya no tenía hambre.

—No es asunto mío.

Roberto abrió la boca, pero Claudia apareció detrás de él y negó con la cabeza. Por una vez, ambos entendieron que no debía haber apuestas, comentarios ni bromas.

Dante terminó la jornada y regresó a casa más tarde de lo habitual. Dog lo recibió con su entusiasmo de siempre, corriendo alrededor de sus piernas y trayendo una pelota que Dante lanzó varias veces sin prestar atención.

A las nueve comenzó el stream.

Sonrió frente a la cámara, saludó a los usuarios habituales y fingió que no revisaba el teléfono cada vez que la pantalla se iluminaba. No esperaba que Karla le escribiera. No tenían ninguna razón para hablar fuera del trabajo y ella estaba en una cita con alguien que probablemente no renombraba archivos de manera absurda ni conocía todos sus hábitos.

Durante la segunda partida cometió un error que le costó la misión completa.

El chat se llenó de burlas.

—Sí, ya vi —dijo, intentando reírse—. Mi cerebro decidió abandonar el equipo.

Uno de los usuarios preguntó por la invitada de la semana anterior.

Dante leyó el mensaje y lo ignoró.

Dog levantó la cabeza desde el suelo.

—Ni tú —le advirtió.

El perro bostezó.

Terminó la transmisión antes de tiempo.

Karla no escribió.

La cita duró cincuenta y dos minutos.

Dante no lo supo aquella noche. Lo descubrió el lunes cuando Claudia preguntó por el hombre de la aplicación y Karla respondió que no habría una segunda cena.

—¿Tan mal estuvo? —preguntó Patricia.

—No estuvo mal.

—¿Entonces?

Karla movió algunos documentos sobre el escritorio.

—No teníamos nada en común.

Dante continuó trabajando.

—Eso se descubre hablando —dijo Roberto.

—Hablamos.

—¿Y?

—Me contó durante veinte minutos sobre criptomonedas.

—Eso sí es una causa válida para escapar —comentó Claudia.

Karla sonrió. Después miró involuntariamente hacia Dante.

Él no reaccionó.

Había decidido que no lo haría.

Si ella necesitaba distancia, se la daría. No iba a perseguirla por la oficina, exigir una explicación ni utilizar los meses que llevaba prestándole atención como una deuda que ella debía pagar. Cada café, cada postre y cada gesto habían sido decisiones suyas.

Karla no le había prometido nada.

Durante esa semana, Dante dejó de llevarle bebidas. No se cambió de lugar en las reuniones ni dejó botellas junto a su teclado. Cuando el equipo pidió comida y todos los platillos tenían cebolla, no hizo un pedido adicional. Karla pasó varios minutos retirando los trozos de su ensalada con el tenedor.

Él fingió no verlo.

Aquello debería haber facilitado las cosas.

Sin embargo, cada vez que Dante evitaba intervenir, Karla parecía más irritada.

El miércoles llegó a su escritorio con una carpeta.

—Necesito que revises esto.

Dante la recibió.

—Claro.

Esperó que se quedara a explicar el proyecto o señalara algo que él debía corregir. Karla permaneció frente a él, moviendo los dedos alrededor de la correa de su bolso.

—¿Algo más? —preguntó.

—No.

—Lo tendré antes de las cuatro.

—Está bien.

Ella no se movió.

Dante abrió la carpeta.

—¿Karla?

—¿Qué?

—Estás bloqueando la luz.

—Tu pantalla tiene brillo.

—Entonces estás bloqueando mi aire.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé.

Durante un instante, algo parecido a su dinámica habitual apareció entre ambos. Dante estuvo a punto de sonreír.

Karla también.

Pero ella retrocedió antes de que el momento pudiera crecer.

—Antes de las cuatro —repitió.

—Sí.

Regresó a su escritorio.

Dante la vio sentarse y abrir el correo con demasiada fuerza.

No entendía qué esperaba de él.

Ella había comenzado a evitarlo, así que él dejó de acercarse. Había vuelto a salir con desconocidos, por lo que Dante decidió recordar cuál era su lugar. No podía obligarla a reconocer algo que quizá solo existía en su imaginación.

A las tres y media dejó la carpeta revisada junto a su computadora.

Sin café.

Sin postre.

Sin comentario.

Karla levantó la vista.

—¿Ya está?

—Sí.

—Dijiste antes de las cuatro.

—Son las tres y media.

—Lo sé.

—Entonces cumplí.

Ella miró la carpeta.

—Gracias.

—De nada.

Dante regresó a su lugar.

La escuchó abrir los documentos, pasar las hojas y detenerse en una pequeña nota adhesiva que había colocado para señalar una corrección. No había dibujado nada en ella ni escrito alguna de sus bromas habituales.

Solo una instrucción clara.

El silencio que siguió le dolió más de lo esperado.

La segunda cita fue con un arquitecto.

Karla mencionó la profesión dos veces durante la tarde, aunque nadie se lo había preguntado. Dante fingió no escuchar. A las seis, ella fue al baño y regresó con el cabello suelto y un labial diferente.

Él cometió el error de levantar la vista.

Karla se detuvo al notarlo.

—¿Qué?

Dante negó con la cabeza.

—Nada.

La misma respuesta que había dado la noche del evento.

En aquella ocasión, ella lo había acusado de mirar. Ahora pareció esperar que dijera algo más.

—¿Está mal? —preguntó, tocándose el cabello.

Dante sintió la pregunta como un golpe suave y preciso.

—No.

—¿No qué?

—No está mal.

Karla frunció el ceño.

—Qué descriptivo.

Él volvió a la pantalla.

—Te ves bien.

Ella permaneció en silencio.

—Gracias —dijo finalmente.

Dante asintió.

No preguntó a dónde irían ni si el hombre sabía que odiaba la cebolla. No le recordó llevar el abrigo, aunque el pronóstico

anunciaba lluvia. No hizo ninguna broma sobre los arquitectos ni sobre su posible obsesión con los edificios.

Karla se marchó.

Dos horas después, publicó una fotografía en sus historias. Solo aparecía la mesa de un restaurante elegante, una copa y la esquina de un plato. No había personas.

Dante miró la imagen más tiempo del que debía.

Después dejó el teléfono boca abajo.

La fecha desapareció antes de la medianoche.

Karla comenzó a aceptar una cita cada viernes.

Un maestro de idiomas.

Un fotógrafo.

Un hombre que trabajaba en publicidad para otra agencia y que, según Claudia, había pasado toda la cena hablando de sí mismo.

Ninguno consiguió una segunda oportunidad.

Dante escuchaba los resúmenes los lunes sin participar. Karla siempre decía que la cita había estado bien, pero después enumeraba pequeñas cosas que parecían molestarla más de lo necesario.

El maestro había pedido por ella sin preguntarle qué quería.

El fotógrafo había mirado el teléfono durante toda la cena.

El publicista no había agradecido al mesero.

—Eres demasiado exigente —dijo Patricia después del tercer fracaso.

Karla dejó el bolso sobre el escritorio.

—No pido nada extraordinario.

—¿Qué buscas, entonces?

Ella abrió la computadora.

—Nada.

Dante sintió que la palabra estaba dirigida hacia él.

—Quizá ese es el problema —comentó Claudia.

Karla no respondió.

A media mañana sacó el cuaderno y comenzó a dibujar. Era la primera vez que lo hacía en semanas. Dante la observó durante

unos segundos. Sus hombros se relajaron, la línea entre sus cejas desapareció y el ruido de la oficina dejó de alcanzarla.

Antes, él habría protegido ese momento. Habría terminado alguna tarea por ella o esperado hasta que regresara por sí sola.

Ahora tenían una reunión en cinco minutos.

Dante se levantó, pasó junto a su escritorio y se detuvo.

Podía sostener el lápiz como aquella vez. Decirle que volviera. Convertirlo en algo que solo ellos entendían.

En cambio, habló desde una distancia prudente.

—La reunión empieza en cinco minutos.

Karla dio un salto y levantó la mirada.

—¿Qué hora es?

—Las once veinticinco.

Ella cerró el cuaderno con rapidez.

—Debiste avisarme antes.

—Acabo de hacerlo.

—Sabes que me distraigo.

Dante sostuvo su mirada.

—Sí.

La respuesta quedó suspendida entre ambos.

Karla guardó el cuaderno.

—Antes no me interrumpías.

—Antes no teníamos una reunión.

—Sí teníamos.

Dante recordó la ocasión. Había tomado su lápiz con cuidado y esperado a que regresara sin sobresaltarla.

—Entonces fue diferente.

—¿Por qué?

Él no tenía una respuesta que no revelara demasiado.

—No lo sé.

Karla apretó los labios y salió hacia la sala de juntas.

Dante esperó unos segundos antes de seguirla.

Aquella tarde, ella no volvió a dibujar.

La distancia se volvió una presencia dentro de la oficina.

No era algo que los demás pudieran señalar con facilidad. Dante y Karla seguían hablando de trabajo, revisando proyectos y discutiendo cuando era necesario. Sin embargo, sus peleas ya no tenían la misma energía. Eran más breves, correctas y agotadoras.

Habían dejado de buscarse.

O al menos fingían haberlo hecho.

Dante descubrió que Karla lo observaba cuando creía que él estaba distraído. La sorprendía mirándolo durante las reuniones o siguiendo sus movimientos cuando llevaba café a los demás. En cuanto sus ojos se encontraban, ella apartaba la vista.

Él hacía lo mismo.

Una noche se quedaron solos terminando una campaña. Antes, la situación habría producido bromas, comida compartida y una discusión sobre la música. En esa ocasión, Karla utilizó audífonos y Dante mantuvo los suyos puestos incluso cuando no reproducía nada.

Trabajaron durante casi dos horas sin hablar.

Cuando Karla se levantó para ir a la cocina, Dante vio que su vaso de agua estaba vacío. Su cuerpo reaccionó antes que su cabeza. Tomó la botella extra que llevaba en el bolso y estuvo a punto de dejarla sobre su escritorio.

Se detuvo.

Volvió a guardarla.

Karla regresó con el vaso lleno.

Sus ojos se dirigieron primero al lugar donde antes aparecían las botellas. Después lo miró.

Dante fingió concentrarse en la pantalla.

A las nueve terminaron.

—Ya envié mi parte —dijo Karla.

—Yo también.

—Entonces me voy.

—Está bien.

Ella guardó sus cosas con movimientos lentos. Dante continuó sentado, aunque también había terminado. Esperaba que Karla se marchara primero para no tener que compartir el elevador.

—¿No te vas? —preguntó ella.

—En un rato.

—Dog debe estar esperándote.

Dante levantó la mirada. Era la primera vez en semanas que ella mencionaba al perro.

—Mateo pasó por él.

—Ah.

Karla colocó el cuaderno dentro del bolso.

—¿Sigues haciendo streams?

—Sí.

—Ya no me aparecen.

—No sabía que los veías.

Ella cerró el bolso.

—A veces.

El corazón de Dante reaccionó de una manera que le molestó.

—Puedes activar las notificaciones.

—No importa.

—Entonces ¿por qué preguntaste?

Karla lo miró.

Durante varios segundos, ninguno dijo nada. Dante pudo ver el cansancio en su rostro, pero también algo más. Una tensión parecida al miedo que había aparecido la noche en que le mostró sus dibujos.

—No lo sé —respondió.

Dante asintió.

—Buenas noches, Karla.

Ella pareció dolida por la despedida.

—Buenas noches.

Esta vez no esperó a que las puertas del elevador se cerraran. Dante se quedó mirando su escritorio vacío, con las luces de la oficina reflejadas en la pantalla negra de la computadora.

Había hecho lo correcto.

Eso se repetía cada vez que la dejaba marcharse sin preguntar, cuando evitaba llevarle café o fingía no recordar las cosas que seguía sabiendo de ella. Karla había elegido alejarse. Respetarla significaba no convertir sus sentimientos en una persecución.

Hacer lo correcto no lo hacía sentir mejor.

El viernes siguiente, Karla canceló una reunión que ambos tenían con un proveedor.

El correo llegó una hora antes.

Claudia asistirá en mi lugar. Surgió un compromiso personal.

Dante leyó el mensaje dos veces. No necesitaba preguntar qué tipo de compromiso podía aparecer un viernes por la tarde.

Claudia llegó a su escritorio con una carpeta.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si te estuviera llevando al funeral de alguien.

—Solo es una reunión.

—Claro.

Dante tomó la carpeta.

—¿Quién es esta vez?

Claudia no fingió no entender.

—No sé.

—Sí sabes.

—Karla me pidió que no comentara nada.

Dante soltó una risa sin humor.

—Entonces sí es una cita.

—Dante…

—No importa.

Claudia se sentó en el borde del escritorio.

—Creo que está intentando demostrar algo.

—Que puede salir con quien quiera. Lo sé.

—No a ti.

Dante levantó la mirada.

—A ella misma.

Aquello era peor.

—Pues parece convencida.

—No, no lo parece.

Dante cerró la carpeta.

—Tenemos una reunión.

Claudia no insistió.

Cuando regresaron a la oficina, casi todos se habían marchado. Karla también. Su escritorio estaba limpio, pero en la papelera había una caja pequeña de una pastelería cercana.

Dante reconoció el logotipo.

Vendían el mejor pastel de cajeta de la zona.

Se acercó sin pensarlo y vio que el envase estaba vacío. Sobre la tapa, Karla había escrito algo con bolígrafo.

No necesito que alguien me lo compre.

Dante permaneció inmóvil.

La frase no estaba dirigida a él. Probablemente era una nota cualquiera, un recordatorio absurdo o algo que había escrito mientras hablaba por teléfono.

Aun así, sintió que entendía el mensaje.

Karla podía comprar su propio café. Pedir su comida sin cebolla. Encontrar postres de cajeta. Llenar su botella y protegerse del aire acondicionado.

No necesitaba a Dante.

Él nunca había pensado que lo hiciera.

Solo había querido cuidar las cosas pequeñas.

Tomó la caja y la dejó nuevamente en la papelera.

Aquella noche, Karla estuvo sentada frente a un hombre llamado Esteban, en un restaurante donde la música era demasiado alta y los platos parecían construcciones arquitectónicas.

Esteban era agradable. Puntual. Educado. Hacía preguntas y escuchaba las respuestas. Cuando llegó el mesero, lo saludó con amabilidad. No miró su teléfono y no intentó ordenar por ella.

No había ninguna razón para que Karla quisiera irse.

—¿Quieres compartir un postre? —preguntó él al terminar la cena.

Ella revisó el menú.

No había cajeta.

—No, gracias.

—¿No te gustan los dulces?

—Sí.

Esteban sonrió.

—Entonces pidamos algo. El pastel de chocolate se ve bien.

Karla aceptó porque negarse habría requerido una explicación que no tenía.

Mientras esperaban, él le contó que corría todas las mañanas. Habló de disciplina, de los maratones en los que había participado y de la satisfacción de superar los límites del cuerpo.

Karla pensó en Dante.

En el gimnasio que había comenzado como una forma de mantenerse a flote. En cómo había contado esa historia sin intentar parecer fuerte. En la noche en que le confesó que a veces hacía bromas porque el silencio le dejaba demasiado espacio para pensar.

Esteban seguía hablando.

—¿Tú haces ejercicio?

—No mucho.

—Deberías intentarlo. Cambia la vida.

Karla miró el pastel cuando llegó a la mesa.

Esteban tomó la primera porción sin notar que ella no había probado nada.

No hizo nada malo.

Ese era el problema.

Ninguno de ellos hacía algo malo. Eran hombres normales, algunos interesantes, otros aburridos, pero todos tenían la misma desventaja: Karla los comparaba con alguien que recordaba la forma exacta en que tomaba el café sin necesidad de preguntarlo dos veces.

Con alguien que sabía cuándo dejarla dibujar y cuándo traerla de vuelta.

Con alguien que había corrido bajo la lluvia para proteger un cuaderno que ni siquiera se había atrevido a abrir.

—¿Todo bien? —preguntó Esteban.

Karla forzó una sonrisa.

—Sí.

La respuesta le supo igual que el café de la máquina.

Amarga y falsa.

Cuando regresó a casa, dejó el bolso sobre una silla y se quitó los zapatos. El departamento estaba en silencio. Abrió el refrigerador,

aunque no tenía hambre, y encontró un pequeño frasco de cajeta en la puerta.

Lo miró durante varios segundos.

Después cerró con fuerza.

Su teléfono estaba lleno de mensajes de Renata preguntando por la cita. Karla escribió que había estado bien y eliminó la frase antes de enviarla.

En su lugar, abrió la conversación con Dante.

El último mensaje era de semanas atrás. Una fotografía de Dog dormido sobre un control, acompañada por una advertencia:

No puedo trabajar. Mi jefe bloqueó el equipo.

Karla sonrió.

La sonrisa desapareció casi de inmediato.

Escribió:

¿Cómo está Dog?

Lo borró.

Después escribió:

¿Estás despierto?

También lo borró.

Dejó el teléfono sobre la cama y abrió su cuaderno. Intentó dibujar el restaurante, el postre o el rostro del hombre con quien acababa de cenar.

Las líneas no tomaron forma.

Sin pensarlo, dibujó una taza de café.

Junto a ella, una botella de agua.

Luego una mano sosteniendo un lápiz entre dos dedos.

Karla cerró el cuaderno.

Eso era exactamente lo que había intentado evitar.

No quería esperar cafés que no había pedido. No quería notar cuando Dante dejaba de sentarse junto al aire acondicionado ni extrañar las interrupciones que antes la desesperaban. No quería que un hombre se instalara en sus costumbres hasta que su ausencia comenzara a sentirse como algo perdido.

Sobre todo, no quería volver a necesitar a alguien que pudiera irse.

Por eso había puesto distancia.

Por eso había regresado a las citas, a las conversaciones sin futuro y a los viernes que siempre terminaban antes de volverse peligrosos.

Estaba haciendo lo correcto.

Entonces, ¿por qué dolía tanto que Dante la dejara hacerlo?

El lunes, Dante llegó sin café para ella.

Karla ya estaba en su escritorio. Había dos vasos frente a ella.

Él dejó sus cosas y encendió la computadora.

—Te traje uno —dijo Karla.

Dante giró hacia ella.

Karla señaló el segundo vaso sin mirarlo.

—Se equivocaron en el pedido.

Él observó la tapa. Café negro, sin azúcar. Exactamente como lo tomaba antes de entrenar por las mañanas.

—¿También se equivocaron escribiendo mi inicial?

Karla miró la D trazada con marcador.

—Parece una O.

—Claro.

Dante tomó el café.

—Gracias.

—No fue nada.

Ambos se quedaron en silencio.

Era un gesto pequeño. Tan pequeño que no solucionaba ninguna de las cosas que habían dejado de decirse. Karla todavía tenía miedo. Dante seguía herido y ninguno sabía cómo cruzar la distancia sin admitir primero por qué la habían creado.

Pero cuando él bebió el primer sorbo, Karla levantó la vista.

Dante sonrió apenas.

Ella respondió de la misma manera.

Solo un segundo.

Después volvieron a sus computadoras.

El espacio entre ambos seguía allí.

La diferencia era que, por primera vez en semanas, ninguno fingió que no lo sentía.

CAPÍTULO 9

No puedes controlar todo

Karla llevaba tres días evitando abrir el último mensaje de Renata.

No porque no supiera qué decía. La vista previa era suficientemente clara.

Tenemos que hablar.

Renata utilizaba esa frase para tres tipos de situaciones: cuando estaba preocupada, cuando estaba enojada o cuando había descubierto algo que Karla todavía no estaba preparada para aceptar.

En aquella ocasión podían ser las tres.

El mensaje había llegado el lunes por la noche, pocas horas después de que Karla dejara un café sobre el escritorio de Dante y fingiera que había sido un error del barista. Desde entonces, Renata había llamado dos veces, enviado cuatro audios y amenazado con presentarse en su departamento si no respondía antes del jueves.

Era jueves.

Karla estaba sentada frente a la computadora, intentando revisar una presentación que había leído al menos seis veces sin recordar una sola palabra. A su derecha descansaba el vaso de café que Dante ya no le llevaba. Lo había comprado ella misma, en la cafetería de siempre, con la cantidad exacta de leche y menos espuma.

Sabía igual.

No se sentía igual.

Le molestaba admitirlo.

Más le molestaba que aquella diferencia no tuviera ninguna explicación lógica.

—La diapositiva siete tiene un error —dijo Dante desde el otro lado de la mesa.

Karla parpadeó y buscó la página.

Estaban en una pequeña sala de juntas, revisando juntos la propuesta para una campaña. Antes, quedarse a solas con él habría significado discutir durante media hora sobre una palabra, compartir algún alimento y terminar encontrando una solución que ninguno habría logrado por separado.

Ahora trabajaban como dos personas competentes que apenas se conocían.

—¿Cuál? —preguntó.

—El porcentaje no coincide con la gráfica.

Karla revisó los datos.

Tenía razón.

—Lo corrijo.

—Ya lo hice.

—Entonces ¿por qué me lo dices?

Dante se encogió de hombros.

—Para que lo supieras.

No había burla en su voz.

Karla detestaba cuando no había burla.

—También cambiaste la tipografía.

—Solo en los subtítulos.

—No estaba mal.

—No dije que estuviera mal.

—La cambiaste.

—Porque esta se lee mejor.

Karla abrió la diapositiva y comparó ambas versiones.

Dante tenía razón otra vez.

—Está bien —dijo.

Él levantó la vista.

—¿Está bien?

—Sí.

—¿Nada más?

—¿Qué esperas?

Una sonrisa apareció en los labios de Dante, pero desapareció antes de formarse por completo.

—Nada.

Regresó a la pantalla.

Karla intentó concentrarse en los archivos, aunque podía sentir cada centímetro de distancia entre sus sillas. Ya no se sentaban cerca. Dante había elegido el extremo opuesto de la mesa, dejando dos lugares vacíos entre ambos.

No hacía preguntas que no fueran necesarias.

No mencionaba sus citas.

No le preguntaba si había dibujado.

No llevaba café, no dejaba agua ni encontraba razones para acercarse a su escritorio.

Le estaba dando exactamente lo que ella había pedido sin decirlo.

Espacio.

Entonces, ¿por qué se sentía tanto como un castigo?

—¿Terminamos? —preguntó Dante.

Karla miró la hora.

Faltaban treinta minutos para que terminara la jornada.

—Falta revisar la última sección.

—Ya está revisada.

—¿Por ti?

—Sí.

—Podrías haber esperado.

—Estabas ocupada.

—No estaba ocupada.

Dante cerró la computadora.

—Entonces estabas evitando abrir el archivo.

Karla se quedó inmóvil.

—No estaba evitándolo.

—Como digas.

Él guardó el cargador en el bolso.

—¿Te vas?

—Tengo planes.

La respuesta llegó demasiado rápido.

Karla desvió la mirada hacia sus manos.

—No pregunté si tenías planes.

—Preguntaste si me iba.

—Porque todavía estamos en horario de trabajo.

—Ya terminé lo mío.

—Podría surgir algo.

—Roberto está aquí.

Karla lo miró.

—¿Desde cuándo Roberto es tu primera opción?

—Desde que tú dejaste claro que no necesitas que esté pendiente de todo.

La frase no fue dicha con crueldad. Dante no levantó la voz ni la miró con resentimiento. Solo afirmó algo que ambos sabían.

Eso hizo que doliera más.

—Yo nunca dije eso.

—No tuviste que hacerlo.

Karla abrió la boca.

Quería responder que él había malinterpretado todo. Que no había intentado hacerlo sentir innecesario. Que el problema no eran los cafés, las botellas ni las pequeñas cosas.

El problema era que habían comenzado a importarle demasiado.

Dante se puso de pie.

—La presentación está lista. Envié una copia a tu correo.

—Dante.

Él se detuvo.

Karla sostuvo su mirada, pero las palabras no aparecieron. No podía pedirle que siguiera haciendo cosas que ella había rechazado. No podía exigirle que entendiera un miedo que ni siquiera era capaz de explicar.

—Nada —dijo.

Dante asintió.

—Nos vemos mañana.

La puerta se cerró detrás de él.

Karla permaneció en la sala vacía, mirando la silla que había ocupado.

Su teléfono vibró.

Otro mensaje de Renata.

Voy para tu casa. No es una amenaza. Es una notificación.

Karla dejó caer la frente sobre las manos.

Renata llegó a las ocho con una botella de vino, dos recipientes de comida y la expresión de alguien que estaba preparada para iniciar una intervención.

—No necesito una intervención —dijo Karla apenas abrió la puerta.

—Excelente. Entonces podemos llamarlo secuestro emocional.

Renata entró sin esperar permiso, dejó todo sobre la mesa y se quitó los zapatos.

—No puedes aparecer sin avisar.

—Te avisé.

—Hace cuarenta minutos.

—Eso es avisar.

—No cuando ya venías en camino.

—Entonces fue una notificación, como dije.

Karla cerró la puerta.

—Estoy cansada.

—Yo también. Tu drama me quita energía.

—No tengo ningún drama.

Renata la miró de arriba abajo.

—Llevas ropa de oficina a las ocho de la noche, no has encendido más que una lámpara y tienes tres tazas vacías sobre la mesa. Además, estás escuchando una lista de reproducción llamada Música para no pensar.

Karla miró el teléfono conectado a la bocina.

—No es mía.

—Está en tu cuenta.

—La aplicación la sugirió.

—La aplicación te conoce mejor que tú.

Renata abrió los recipientes. El olor a pasta y pan recién horneado llenó el departamento.

—¿Tiene cebolla? —preguntó Karla.

Renata levantó la cabeza muy lentamente.

—No.

—Solo preguntaba.

—Claro.

—¿Qué?

—Nada.

—Estás haciendo una cara.

—Estoy intentando decidir cuánto tiempo tardarás en mencionar a Dante sin mencionar a Dante.

Karla tomó dos platos del gabinete.

—No tengo nada que decir sobre él.

—Perfecto. Entonces hablaremos de las citas.

—Tampoco.

—¿Cómo se llamaba el último?

—Esteban.

—El último no era Esteban.

Karla se detuvo.

—¿No?

—Esteban fue el corredor. Después saliste con Daniel.

—Cierto.

—Y no recuerdas a qué se dedicaba.

—Era… consultor.

—Era dentista.

Karla dejó los platos sobre la mesa.

—No tiene importancia.

—Exacto.

Renata sirvió la comida y se sentó frente a ella.

—¿Cuántas citas has tenido este mes?

—No llevo la cuenta.

—Tú llevas la cuenta de todo.

—De eso no.

—Cuatro.

Karla tomó el tenedor.

—Si ya sabes las respuestas, no entiendo para qué preguntas.

—Porque quiero saber cuándo piensas admitir que ninguna te interesó.

—No tenían que interesarme.

—Entonces ¿para qué fuiste?

—Porque quería salir.

—Mentira.

Karla dejó el tenedor sobre el plato.

—No todo lo que no entiendes es mentira.

—Lo entiendo perfectamente. Saliste con ellos porque querías comprobar que podías seguir haciendo lo mismo de antes.

—Puedo.

—No dije que no pudieras. Dije que querías comprobarlo.

Karla se cruzó de brazos.

—Estoy soltera. Puedo aceptar las citas que quiera.

—Sí.

—No le debo explicaciones a nadie.

—No.

—Entonces no hay problema.

Renata se inclinó hacia delante.

—¿Por qué estás tan enojada?

—Porque llegaste a mi casa a interrogarme.

—No. Estás enojada desde antes de que llegara.

Karla sostuvo su mirada.

Renata era una de las pocas personas que no retrocedía cuando ella intentaba cerrar una conversación. Se conocían desde la universidad. Había estado presente en sus peores rupturas, en las noches de lágrimas que Karla fingía haber olvidado y en cada promesa de no volver a confiar demasiado.

También era la persona que la había enviado a una cita a ciegas con Dante.

—Todo estaba bien antes de que lo organizaras —dijo Karla.

Renata apoyó la espalda en la silla.

—Por fin.

—No te emociones.

—Culpemos a la cita. Es un avance.

—No estoy culpando a la cita. Te estoy culpando a ti.

—Mucho mejor.

—Renata.

—Yo no sabía que era Dante.

—Eso no importa.

—Entonces ¿qué importa?

Karla abrió la boca y volvió a cerrarla.

No sabía por dónde comenzar.

Podía hablar del café, del cuaderno, del perro o de la cena que no había sido una cita. Podía explicar que Dante recordaba cosas que nadie más parecía notar y que, cuando dejó de hacerlo, Karla había sentido su ausencia en todos los rincones de la oficina.

Podía contarle que había dibujado sus manos de memoria.

Que veía sus streams algunas noches sin iniciar sesión.

Que sabía cuándo estaba fingiendo estar de buen humor por la forma en que hacía demasiadas bromas seguidas.

Podía decirle que había comenzado a imaginar cómo sería entrar de nuevo a su departamento y que Dog corriera a recibirla.

No dijo nada de eso.

—Las cosas se confundieron —respondió.

—No. Tú te confundiste.

—Es lo mismo.

—No lo es.

Renata tomó su copa.

—Las cosas entre ustedes eran bastante claras.

Karla soltó una risa incrédula.

—¿Claras? Nos pasamos tres años discutiendo.

—Y aun así sabía cómo tomabas el café.

—Eso no significa nada.

—Corría bajo la lluvia por tus cosas.

—Fue un cuaderno.

—Te llevaba comida sin cebolla.

—Dante recuerda detalles.

—Exacto.

—También es amable con otras personas.

—No dije que solo fuera amable contigo.

Karla frunció el ceño.

—Entonces no entiendo tu punto.

—Mi punto es que estás buscando una razón para convertir cada cosa que hace en algo insignificante.

—Porque puede serlo.

—¿Y si no?

La pregunta quedó entre ambas.

Karla tomó la copa de vino y bebió demasiado rápido.

—No importa.

—Claro que importa.

—No quiero una relación.

—Eso dijiste.

—Lo sigo diciendo.

—No es lo mismo que sentirlo.

Karla se levantó de la mesa.

—No voy a discutir esto.

Renata no la siguió. Permaneció sentada mientras Karla recogía platos que todavía contenían comida y los llevaba hacia la cocina.

—¿Qué crees que va a pasar? —preguntó.

—Nada.

—Karla.

—No quiero hablar.

—¿Crees que Dante va a despertarse un día y convertirse en alguno de tus exnovios?

Karla dejó los platos dentro del fregadero con más fuerza de la necesaria.

—No se trata de mis exnovios.

—Entonces ¿de qué?

—De que no quiero volver a perder el control de mi vida por alguien.

Renata guardó silencio.

La frase sonó más fuerte de lo que Karla pretendía.

Ella apoyó ambas manos sobre la encimera.

—Ya lo hice antes —continuó—. Dejé de hacer cosas que me gustaban. Cambié planes. Esperé mensajes. Organicé mis días alrededor de personas que un día decidieron que ya no querían estar.

—Dante no te ha pedido nada de eso.

—Todavía.

—¿Todavía?

Karla se volvió.

—Siempre empieza igual. Al principio todo es fácil. Todo son detalles y atención. Después esperas esas cosas. Te acostumbras. Empiezas a necesitarlas. Y cuando desaparecen…

No terminó.

No hacía falta.

Renata dejó la copa sobre la mesa y caminó hacia ella.

—¿Eso es lo que crees que está pasando?

—Es lo que pasa.

—No siempre.

—Lo suficiente.

—Karla, llevas años viviendo como si cada persona que se acerca a ti ya estuviera planeando irse.

—La gente se va.

—Sí.

La respuesta directa la sorprendió.

Renata se apoyó en el otro extremo de la encimera.

—La gente se va. A veces porque quiere. A veces porque las cosas no funcionan. A veces porque la vida cambia. No puedes controlar eso.

—Ese es exactamente mi punto.

—No. Tu punto es que, como no puedes controlar cuándo alguien se va, prefieres irte primero.

Karla apartó la mirada.

—Eso no es cierto.

—Cancelaste planes con Dante.

—No teníamos planes.

—Dejaste de aceptar cosas que te hacían feliz solo porque venían de él.

—No necesito que me compre café.

—Nunca se trató del café.

—Entonces ¿de qué?

Renata se acercó un paso.

—De que comenzó a importarte.

Karla sintió que algo se cerraba dentro de su pecho.

—No.

—Sí.

—No sabes lo que siento.

—Tienes razón. Pero sé lo que haces cuando algo te importa.

—¿Ah, sí?

—Intentas controlarlo.

Karla no respondió.

—Organizas, planeas, anticipas. Preparas una salida antes de entrar. Y cuando algo no cabe en tus reglas, lo eliminas.

—Eso no es justo.

—Tampoco es justo lo que le estás haciendo a él.

—Yo no le prometí nada.

—No hablo de promesas.

—Entonces no le estoy haciendo nada.

Renata la miró con tristeza.

—Estás castigándolo por algo que todavía no ha hecho.

La frase encontró un lugar exacto.

Karla recordó el café que había rechazado. La comida sin cebolla que Dante había dejado de pedir. La forma en que él se había retirado sin protestar, aceptando una distancia que no comprendía.

Recordó su expresión cuando ella dijo que iba a salir con alguien.

Había dolido.

Karla lo supo en ese momento y eligió ignorarlo.

—Él también pudo preguntar —dijo, aunque la defensa sonó débil.

—¿Y qué habría pasado si lo hacía?

—Le habría dicho que no pasaba nada.

—Exacto.

Renata regresó a la mesa y recogió las copas.

—No querías que insistiera. Querías que entendiera sin que tú tuvieras que arriesgarte a decirlo.

Karla se quedó inmóvil.

Eso era verdad.

Había esperado que Dante atravesara las barreras que ella misma había levantado. Que continuara acercándose para demostrar algo que jamás le pidió en voz alta.

Y cuando él respetó su decisión, lo sintió como abandono.

—No puedo hacer esto —murmuró.

Renata dejó las copas junto al fregadero.

—¿Hacer qué?

—Confiar en alguien así.

—Ya confiaste.

—No.

—Le mostraste tus dibujos.

Karla bajó la mirada.

—Eso no significa…

—Le contaste por qué dibujas. Entraste en su casa. Te quedaste durante su stream. Le permitiste conocer partes de ti que escondes incluso cuando no hay nadie mirando.

Renata habló con suavidad.

—La confianza no empieza cuando desaparece el miedo. Empieza cuando haces algo a pesar de él.

Karla sintió un ardor detrás de los ojos y apretó los labios.

No quería llorar.

Odiaba llorar cuando alguien más tenía razón.

—¿Y si sale mal?

—Puede salir mal.

—Eres pésima dando consejos.

—No voy a mentirte.

Renata tomó sus manos.

—Puede salir mal. Dante puede decepcionarte. Tú puedes lastimarlo. Pueden intentarlo y descubrir que no funciona.

—Eso no ayuda.

—Pero también puede salir bien.

Karla levantó la mirada.

—Y nunca vas a saberlo si sigues huyendo antes de empezar.

Durante años había pensado que su forma de vivir era libertad. No depender de nadie, no esperar nada, no entregar suficiente para que pudieran herirla.

Ahora comenzaba a entender que no era libertad.

Era una habitación cerrada desde dentro.

Segura.

Ordenada.

Vacía.

—No sé cómo arreglarlo —dijo.

Renata apretó sus manos.

—Empieza por dejar de fingir que el problema son los hombres de las aplicaciones.

Karla soltó una risa húmeda.

—Algunos sí eran un problema.

—El de las criptomonedas definitivamente.

—Habló veinte minutos sin respirar.

—Eso es una habilidad médica.

Karla se secó una lágrima antes de que cayera.

—Creo que Dante ya se cansó.

Renata no respondió de inmediato.

—Quizá.

La posibilidad dolió más al escucharla en voz alta.

—Gracias otra vez por tu optimismo.

—No puedes pedirle que espere para siempre mientras decides si vas a dejarlo acercarse.

Karla apoyó la espalda contra la encimera.

—No le pedí que esperara.

—Él lo hizo de todos modos.

—¿Cómo lo sabes?

Renata la miró como si la respuesta fuera evidente.

—Porque un hombre no recuerda durante años cómo tomas el café por accidente.

Karla cerró los ojos.

No era una confesión. Dante nunca había dicho nada. Tal vez Renata solo interpretaba demasiado. Tal vez Karla también.

Pero recordó la llamada con Mateo durante la cita a ciegas.

Has hablado de ella durante años.

En ese momento había decidido no pensar en ello.

Ahora la frase regresaba con una claridad incómoda.

—Tengo miedo —admitió.

Decirlo no hizo que se sintiera más débil.

Solo cansada.

Renata la abrazó.

Karla permaneció rígida durante un segundo antes de rodearla con los brazos.

—Lo sé —dijo Renata.

—No quiero volver a ser esa persona.

—No tienes que serlo.

—No quiero perderme por alguien.

—Entonces no lo hagas.

Karla se apartó lo suficiente para mirarla.

—No puedes controlar todo —continuó Renata—, pero sí puedes elegir no abandonarte a ti misma. Estar con alguien no significa desaparecer.

Karla pensó en Dante.

Él jamás le había pedido que fuera menos organizada, menos intensa o menos difícil. No se burlaba de sus dibujos. No intentaba interrumpirlos. Había aprendido a reconocer cuándo necesitaba silencio y cuándo necesitaba volver.

Quizá el miedo no venía de lo que Dante hacía.

Venía de todo lo que no hacía.

No exigía.

No presionaba.

No prometía cosas enormes.

Solo estaba.

Y eso era mucho más difícil de rechazar.

La mañana siguiente, Karla llegó temprano.

Demasiado temprano.

Compró dos cafés antes de entrar a la oficina y pasó los primeros veinte minutos cambiando el segundo vaso de lugar. Primero lo dejó sobre su escritorio. Después lo movió hacia el de Dante. Luego volvió a traerlo cuando escuchó el elevador.

Claudia la encontró sosteniendo ambos.

—¿Problemas de coordinación?

—No.

—¿Uno es para Dante?

—Se equivocaron en el pedido.

Claudia miró los vasos.

—Otra vez.

—Pasa mucho.

—Deberías cambiar de cafetería.

Karla la ignoró.

Cuando Dante llegó, saludó a todos y caminó directamente hacia su escritorio. Llevaba ropa deportiva bajo la chaqueta y tenía el cabello todavía húmedo después de la ducha.

Karla esperó que la mirara.

No lo hizo.

Encendió la computadora, revisó el teléfono y colocó sus audífonos sobre la mesa.

Ella se levantó con el café.

Podía dejarlo allí. Decir algo. Pedirle que hablaran.

Solo necesitaba caminar unos metros.

Dante recibió una llamada antes de que lo hiciera.

—Sí —respondió—. Puedo verlo hoy.

Karla se detuvo.

Él abrió su agenda.

—Después de las seis está bien. Te mando la dirección.

Hablaba con una mujer. Karla podía oír la voz sin distinguir las palabras.

No era asunto suyo.

Regresó a su silla.

Dante terminó la llamada y levantó la vista. Sus ojos encontraron el segundo café.

—¿Es mío? —preguntó.

Karla miró el vaso.

—No.

La respuesta salió por reflejo.

Dante asintió.

—Está bien.

Se colocó los audífonos.

Karla cerró los ojos.

Cobarde.

Había pasado toda la noche entendiendo el problema y menos de un segundo repitiéndolo.

Tomó el vaso, se levantó y caminó hasta su escritorio.

Dante se quitó un audífono.

—¿Qué pasa?

Karla dejó el café junto a su teclado.

—Sí es tuyo.

Él observó el vaso.

—Pensé que se habían equivocado.

—No se equivocaron.

Dante levantó la mirada.

El corazón de Karla golpeaba con tanta fuerza que le pareció absurdo. Solo era café. Habían intercambiado decenas. No estaba confesando nada.

Pero no era solo café.

Nunca lo había sido.

—Gracias —dijo él.

—Necesitamos hablar.

Dante permaneció inmóvil.

—¿De trabajo?

—No.

Una sombra de cautela apareció en su rostro.

—Hoy no puedo.

Karla sintió que la valentía recién encontrada se debilitaba.

—¿Por la llamada?

—Sí.

—¿Tienes una cita?

La pregunta escapó antes de que pudiera detenerla.

Dante la observó durante un largo segundo.

—Voy a ver un departamento.

Karla parpadeó.

—¿Te vas a mudar?

—Estoy pensando en hacerlo.

—¿Por qué?

—Necesito un lugar con una habitación extra para trabajar. Los streams están creciendo.

—Ah.

Sintió alivio.

Después vergüenza por sentirlo.
Dante giró el café entre sus manos.
—Podemos hablar el lunes.
—No quiero esperar hasta el lunes.
—Karla…
—Mañana.
—Tengo stream.
—Después.
Dante desvió la mirada hacia la computadora.
—No creo que sea una buena idea.
Aquello la dejó sin aire.
—¿Por qué?
Él se quitó por completo los audífonos.
—Porque cada vez que parece que vamos a acercarnos, te alejas. Y está bien. No voy a obligarte a querer algo que no quieres.
—No sabes lo que quiero.
—Exacto.
No había enojo en su voz.
Solo cansancio.
—Y ya no puedo seguir intentando adivinarlo.
Karla apretó los dedos contra el borde de su escritorio.
—Yo no te pedí que adivinaras.
—No. Pero tampoco me dijiste nada.
—Tenía miedo.
Dante se quedó quieto.
Era la primera verdad que ella lograba ofrecerle sin disfrazarla.
Él bajó la mirada hacia el café.
—Lo siento.
La respuesta no era la que esperaba.
—¿Eso es todo?
Dante volvió a mirarla.
—No sé qué quieres que diga.
—Algo.
—Llevo semanas intentando no decir algo.
—¿Qué?
Su mandíbula se tensó.

Por un instante, Karla creyó que finalmente lo escucharía. Que Dante diría aquello que ambos habían evitado desde la primera cena.

En cambio, él negó con la cabeza.

—No importa.

—A mí sí.

—Ahora.

La palabra fue suave, pero dolorosa.

Karla retrocedió como si él la hubiera empujado.

Dante cerró los ojos durante un segundo.

—No quise decirlo así.

—Pero lo dijiste.

—Porque estoy cansado, Karla.

Ella se quedó en silencio.

—No de ti —añadió—. De no saber si puedo acercarme sin que después me hagas sentir que hice algo mal.

Karla tragó saliva.

—No hiciste nada mal.

—Pero te alejaste.

—Porque me importabas.

Dante dejó de respirar.

Karla sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. No había planeado decirlo de aquella manera, rodeada de computadoras y con Claudia fingiendo no escuchar desde el otro extremo de la oficina.

Pero ya estaba dicho.

Dante la miró con una mezcla de esperanza y dolor que casi la hizo apartar la vista.

No lo hizo.

—Me importas —repitió—. Y no supe qué hacer con eso.

Él bajó la voz.

—¿Por eso comenzaste a salir con otras personas?

Karla asintió.

—Quería demostrarme que nada había cambiado.

—¿Y funcionó?

—No.

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

—Eso no debería hacerme sentir mejor.

—No intento que te sientas mejor.

—¿Entonces qué intentas?

Karla pensó en Renata.

En la habitación cerrada.

En todas las veces que había huido primero para no experimentar cómo alguien se marchaba.

—Intento dejar de correr.

Dante sostuvo su mirada.

La oficina parecía haberse quedado en silencio, aunque los teléfonos continuaban sonando y alguien hablaba en la sala contigua.

—No sé si puedo volver a estar donde estaba hace unas semanas —dijo él.

Karla sintió el golpe, pero asintió.

No podía pedirle que borrara el daño solo porque finalmente había entendido su miedo.

—Lo sé.

—Creí que había una oportunidad —continuó Dante—. Durante mucho tiempo. Después pensé que quizá solo estaba viendo lo que quería ver.

—No lo estabas.

Él apretó los labios.

—Eso también habría sido útil saberlo antes.

—Sí.

Karla no buscó defenderse.

—Lo siento.

Dante observó el vaso que ella había dejado.

—Yo también.

La conversación parecía estar terminando y Karla sintió el impulso de detenerla. Decir algo más grande. Prometer que iba a cambiar, que no volvería a alejarse, que podía confiar en ella.

Pero las promesas grandes no significaban nada sin los gestos pequeños.

Eso lo había aprendido de él.

—No voy a pedirte que me creas ahora —dijo—. Tampoco voy a exigirte que me esperes.

Dante levantó la vista.

—¿Entonces?

—Voy a demostrarlo.

—¿Cómo?

Karla sintió una sonrisa nerviosa.

—Todavía no lo sé.

Por primera vez en semanas, algo de la antigua expresión de Dante apareció en su rostro.

—Eso debe ser aterrador para ti.

—Muchísimo.

Él casi sonrió.

Casi.

—Tengo que trabajar.

Karla asintió.

—Está bien.

Regresó a su escritorio con las piernas débiles.

Había dicho la verdad.

No había solucionado nada.

Dante todavía estaba herido. No había confesado lo que sentía ni prometido darle otra oportunidad. Tal vez de verdad había decidido dejar de perseguir algo imposible.

Karla encendió la computadora.

Por primera vez en años, no tenía un plan que garantizara el resultado.

No podía controlar lo que Dante haría con sus palabras.

No podía obligarlo a confiar en ella.

No podía saber si el daño tenía arreglo.

Solo podía elegir no escapar.

Al otro lado de la oficina, Dante levantó el vaso y tomó un sorbo.

Karla fingió no mirar.

Él dejó el café junto al teclado.

No sonrió.

Pero tampoco lo apartó.

Y, por ahora, eso tendría que ser suficiente.

CAPÍTULO 10

La verdad detrás de todas las bromas

Dante había imaginado muchas veces cómo sería decirle la verdad a Karla.

En ninguna de esas versiones estaban discutiendo junto a una impresora industrial mientras un técnico fingía no escuchar desde el otro lado del taller.

Tampoco había imaginado que ella llevaría el cabello recogido con un lápiz, una mancha de tinta sobre la muñeca y una expresión capaz de convertir cualquier confesión en una mala idea.

Pero, durante años, casi todo lo relacionado con Karla había ocurrido de una manera distinta a la que él esperaba.

La presentación de la nueva campaña estaba programada para el lunes. El cliente había solicitado una prueba física del material y, por un error del proveedor, los colores de las primeras impresiones parecían haber sido elegidos por alguien con una profunda enemistad hacia la vista humana.

Karla había enviado un correo a las ocho de la mañana.

Dante lo había leído a las ocho con tres minutos.

A las ocho con cinco, ella estaba frente a su escritorio.

—Tenemos que ir a la imprenta.

Dante levantó la vista de la pantalla.

—Buenos días.

—El azul está mal.

—También es un gusto verte.

Karla dejó una muestra sobre su teclado.

El color no se parecía en nada al aprobado.

—Eso no es azul —dijo Dante.

—Gracias por confirmar que aún puedes identificar colores.

—Parece morado deprimido.

—Debemos corregirlo hoy.

—Ya llamé.

Karla frunció el ceño.

—¿Cuándo?

—Cuando vi tu correo.

—Acabo de enviarlo.

—Hace seis minutos.

Ella miró el reloj.

—Cinco.

—Entonces fui más rápido.

Dante volvió a la computadora. Karla permaneció frente a él.

Después de la conversación del día anterior, cualquier silencio entre ambos parecía contener demasiado. Ella le había dicho que le importaba. Había admitido que sus citas no habían funcionado y prometido que dejaría de correr.

Dante había pasado toda la noche pensando en ello.

No había llegado a ninguna conclusión.

Una parte de él quería creerle. La otra recordaba con demasiada precisión la manera en que Karla había comenzado a borrarlo de sus rutinas sin ofrecer una explicación.

—El técnico puede recibirnos a las once —dijo—. Roberto puede ir conmigo.

—Yo iré.

—No es necesario.

—La campaña es mía.

—También es mía.

—Precisamente.

Dante cerró el correo.

—Karla, puedo solucionarlo.

—No dije que no pudieras.

—Entonces deja de hablar como si fuera a incendiar la imprenta.

—No creo que vayas a incendiarla.

—Eso es casi tierno.

—Creo que vas a aceptar una corrección mediocre para salir más rápido.

Dante apoyó la espalda en la silla.

—Y ahí está.

—¿Qué cosa?

—La confianza que estabas intentando demostrar.

Karla apretó la carpeta contra el pecho.

—No tiene que ver con confianza.

—Claro.

—Tiene que ver con que yo aprobé el diseño.

—Y yo supervisé la producción.

—Entonces deberías haber notado el error antes.

El comentario lo golpeó en el lugar exacto.

Dante dejó de sonreír.

—Lo noté cuando llegó la muestra. Igual que tú.

—No era una acusación.

—Sonó bastante parecida.

Karla abrió la boca, pero Claudia apareció con una taza en la mano y evaluó la escena desde una distancia prudente.

—¿Todo bien?

—Perfecto —respondieron ambos.

Claudia asintió lentamente.

—Me alegra ver que volvieron a la normalidad.

Se alejó sin esperar respuesta.

Karla dejó la carpeta sobre el escritorio.

—Salimos en veinte minutos.

—Puedes ir con Roberto.

—No quiero ir con Roberto.

—Eso va a herir sus sentimientos.

—Dante.

Él sostuvo su mirada.

Había algo distinto en la forma en que ella lo observaba. Ya no parecía decidida a escapar, pero tampoco sabía cómo acercarse. Era como verla permanecer frente a una puerta abierta sin atreverse a cruzarla.

—Está bien —dijo finalmente—. Vamos juntos.

El trayecto a la imprenta duró treinta minutos.

Karla pasó los primeros diez revisando correos, los siguientes cinco haciendo una lista de correcciones y el resto mirando por la ventana como si el paisaje requiriera toda su concentración.

Dante mantuvo la radio encendida.

No hizo bromas.

No preguntó por qué ella había insistido en acompañarlo.

No mencionó la conversación de la mañana anterior.

Había descubierto que, después de tantos años llenando silencios, podía soportarlos cuando no tenía nada seguro que decir.

A Karla, al parecer, no le resultaban tan fáciles.

—¿Vas a ver el departamento hoy? —preguntó.

Dante mantuvo la atención en el camino.

—Ya lo vi ayer.

—¿Y?

—Está bien.

—Eso no dice nada.

—Tiene dos habitaciones. Buena luz. Un parque cerca para Dog.

—¿Te vas a mudar?

—Probablemente.

Karla se acomodó en el asiento.

—¿Lejos?

—A veinte minutos de la oficina.

—Ah.

Dante bajó el volumen de la radio.

—No me voy del país.

—No dije eso.

—Lo preguntaste como si necesitara pasaporte.

—Solo quería saber.

—Ahora sabes.

Ella guardó el teléfono dentro del bolso.

—Antes me habrías contado más.

Dante apretó las manos sobre el volante.

—Antes hacías preguntas sin parecer molesta por las respuestas.

—No estoy molesta.

—Entonces tienes una forma interesante de mostrar curiosidad.

—Estoy intentando hablar contigo.

—Lo noté.
—No parece.
Él soltó aire lentamente.
—¿Qué quieres que haga, Karla?
—No sé.
—Ese es el problema.
Ella giró hacia él.
—Te dije que iba a intentarlo.
—Sí.
—¿Y no significa nada?
—Significa que vas a intentarlo.
—Suena como si no me creyeras.
—No sé si creerte.
Karla permaneció en silencio.
Dante se arrepintió de la dureza, pero no retiró la frase. Había pasado demasiado tiempo suavizando lo que sentía con bromas. Cada vez que algo amenazaba con volverse serio, encontraba una manera de hacerlo más fácil para ella.
Quizá también lo hacía más fácil para sí mismo.
—Al menos soy honesto —añadió.
—Yo también fui honesta ayer.
—Después de semanas.
—Ya te pedí perdón.
—Y te escuché.
—Pero no aceptaste.
Dante se detuvo frente a un semáforo.
—No sabía que tenía que firmar algo.
—Sabes a qué me refiero.
—Sí. Quieres que todo vuelva a ser como antes porque finalmente decidiste que no quieres perderlo.
Karla lo miró como si la hubiera abofeteado.
Dante volvió la atención al frente cuando el semáforo cambió.
—Eso fue injusto —dijo ella.
—Probablemente.
—Entonces retíralo.
—No puedo.

—Claro que puedes.

—No quiero.

El resto del trayecto transcurrió en silencio.

Esta vez ninguno intentó romperlo.

La imprenta ocupaba una nave amplia con techos altos, rollos de papel apilados y máquinas que producían un ruido constante. El técnico los condujo hacia una mesa donde había varias pruebas de color.

Karla se transformó en cuanto comenzó a trabajar.

Dejó el bolso a un lado, se inclinó sobre las muestras y señaló cada diferencia con precisión. Dante la observó explicar los ajustes, comparar tonos y discutir el acabado del papel. Su molestia no desapareció, pero encontró un lugar detrás de la concentración.

Había amado esa versión de ella mucho antes de conocer las otras.

La Karla que defendía una idea como si tuviera vida propia.

La que detectaba un margen incorrecto desde el otro extremo de una sala.

La que no aceptaba una solución solo porque fuera más fácil.

Durante años, Dante había convertido su admiración en competencia. Era más seguro molestarla que decirle que le gustaba verla trabajar. Más sencillo provocar una discusión que admitir que buscaba cualquier excusa para quedarse cerca.

—Necesitamos otra prueba —dijo Karla.

El técnico revisó la pantalla.

—Podemos tenerla en una hora.

—No tenemos una hora —respondió ella.

—Sí tenemos —dijo Dante.

Karla giró.

—La presentación debe quedar lista hoy.

—Y quedará.

—Todavía falta revisar el resto.

—Ya lo revisé esta mañana.

—Sin mí.

El técnico bajó la mirada hacia los controles.

Dante sintió que la paciencia se desgastaba.

—Otra vez con eso.

—¿Con qué?

—Con actuar como si hacer algo sin ti fuera excluirte.

—No dije eso.

—Lo insinuaste.

—Porque no me avisaste.

—Estabas revisando las mismas diapositivas por séptima vez.

—Eso no te da derecho a decidir por ambos.

—Alguien tenía que avanzar.

Karla cruzó los brazos.

—Siempre haces eso.

—¿Qué cosa?

—Decides que sabes lo que necesito.

Dante soltó una risa breve, sin humor.

—Interesante.

—¿Qué?

—Que te molestara tanto cuando dejé de hacerlo.

La expresión de Karla cambió.

El técnico señaló vagamente hacia otra máquina.

—Voy a revisar el papel.

Se marchó con suficiente rapidez para confirmar que había escuchado demasiado.

Karla bajó la voz.

—No estamos hablando de eso.

—Siempre estamos hablando de eso.

—Estamos trabajando.

—Tú eres la que convirtió una prueba de color en una discusión personal.

—Porque no estás escuchando.

—Te llevo escuchando durante años.

La frase cayó entre ambos.

Karla se quedó inmóvil.

Dante quiso retirarla, convertirla en otra cosa o acompañarla con una sonrisa que le quitara peso.

No lo hizo.

—No actúes como si yo te hubiera pedido eso —dijo ella.
—Nunca te he culpado por hacerlo.
—Entonces deja de usarlo contra mí.
—No lo estoy usando contra ti.
—Acabas de decirlo como si te debiera algo.
—No me debes nada.
—No parece.
Dante pasó una mano por su cabello.
El ruido de las máquinas llenaba todos los espacios que ellos no ocupaban.
—¿Sabes qué? Olvídalo.
Tomó una de las muestras y comenzó a revisar las notas del técnico.
Karla no se movió.
—Eso haces siempre.
Él levantó la vista.
—¿Qué?
—Dices algo importante y después finges que no lo fue.
—Pensé que preferías mis bromas.
—No ahora.
—¿Ahora cuándo?
—Ahora que estoy intentando entender qué pasó.
Dante dejó la muestra sobre la mesa.
—Sabes qué pasó.
—No. Sé que te alejaste.
—Porque tú lo hiciste primero.
—Ya te expliqué por qué.
—Me dijiste que tenías miedo.
—¿No es suficiente?
—Para entenderlo, sí. Para olvidar cómo se sintió, no.
Karla apretó la mandíbula.
—No te pedí que lo olvidaras.
—Entonces ¿qué estás pidiendo?
—Una oportunidad.
—¿Para qué?
La pregunta la desconcertó.

—Para arreglarlo.

—¿Arreglar qué?

—Esto.

Karla hizo un gesto entre ambos.

Dante sintió que el cansancio se convertía lentamente en enojo.

—No puedes pedir una oportunidad sin decirme qué quieres hacer con ella.

—Quiero que volvamos a estar bien.

—Eso no significa nada.

—Significa que no quiero esta distancia.

—Tampoco querías que me acercara.

—Porque estaba asustada.

—Y yo estaba enamorado.

El mundo no se detuvo.

Las impresoras continuaron funcionando. Una puerta metálica se cerró al fondo y alguien arrastró un carrito cargado de papel.

Pero Karla dejó de respirar.

Dante también.

No había planeado decirlo.

Mucho menos así.

La palabra permaneció entre ambos, demasiado grande para regresar a su boca.

Karla parpadeó.

—¿Estabas?

Dante cerró los ojos un instante.

Había muchas maneras de salir de aquello.

Podía hacer una broma. Decir que hablaba en pasado porque ya lo había superado. Fingir que el comentario había sido una exageración provocada por el enojo.

Durante años había utilizado el humor para esconder la verdad.

Ya no quería hacerlo.

—Estoy —corrigió.

Karla lo observó sin moverse.

Dante sintió algo parecido al alivio y al desastre al mismo tiempo.

—No tienes que decir nada —añadió.

—Dante...

—En serio.

—Acabas de decir que estás enamorado de mí.

—Lo sé. Estaba aquí.

—¿Desde cuándo?

Él desvió la mirada hacia las muestras de color.

Esa era la parte que nunca había imaginado contarle. La duración hacía que todo pareciera más absurdo, más vulnerable y quizá más difícil de perdonar.

—No fue después de la cita —dijo.

Karla tardó en comprender.

—¿Qué?

—La cena no cambió eso.

—Entonces ¿cuándo?

Dante apoyó ambas manos sobre la mesa.

No necesitaba convertirlo en un discurso. No quería enumerar cada momento en que ella le había gustado ni ofrecer años de sentimientos como prueba de que merecía una oportunidad.

Solo podía decir la verdad.

—Hace años.

Karla abrió los labios, pero no habló.

—No sé exactamente cuándo empezó —continuó—. Tal vez cuando discutiste con un cliente porque quería usar una imagen que no representaba a la gente a la que iba dirigida. O cuando te quedaste hasta tarde arreglando el trabajo de una practicante para que no la despidieran, pero al día siguiente fingiste que solo te molestaban los errores.

Una sonrisa cansada apareció en sus labios.

—Quizá fue cuando descubrí que llevabas dulces de cajeta en todos los bolsos o cuando empezaste a corregir los nombres absurdos de mis archivos sin eliminarlos.

Karla bajó la mirada.

—Pensé que no te dabas cuenta.

—Me daba cuenta de casi todo.

—¿Durante cuánto tiempo?

Dante exhaló.

—Tres años. Tal vez un poco más.

Ella levantó la cabeza de golpe.

—¿Tres años?

—Sí.

—Eso no tiene sentido.

—Para mí tampoco fue muy práctico.

—Pero salías con otras personas.

—Tú también.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

Karla pareció buscar una respuesta.

—Porque tú...

No terminó.

Dante sabía lo que quería decir. Porque él hacía bromas. Coqueteaba sin intención, hablaba con facilidad y rara vez mostraba cuándo algo le importaba.

Había creado una versión de sí mismo que volvía imposible tomarlo en serio.

—Nunca intentaste nada —dijo ella.

—Sí intenté.

Karla frunció el ceño.

—¿Cuándo?

—Todo el tiempo.

—Llevarme café no es intentar algo.

—No. Era llevarte café.

La respuesta la hizo callar.

—No hice esas cosas esperando que un día me debieras sentir algo —continuó—. No era una estrategia.

—Entonces ¿por qué nunca me lo dijiste?

Dante sostuvo su mirada.

—Porque no quería incomodarte.

Karla dejó escapar una risa incrédula.

—Me molestabas todos los días.

—Eso era diferente.

—¿Cómo?

—Sabía dónde estaba el límite.

—No, no lo sabías.

—Sí lo sabía.

Dante bajó la voz.

—Podía hacerte enojar por un nombre de archivo y cinco minutos después seguíamos trabajando. Podía discutir contigo, llevarte café o preguntarte por tus dibujos. Pero decirte esto...

Se interrumpió.

La verdad era sencilla, aunque admitirla seguía costando.

—No quería que sintieras que tenías que cuidarte de mí.

La expresión de Karla perdió toda dureza.

—Nunca pensé eso.

—Porque no te di una razón.

—¿Y la cita?

—Creí que era una oportunidad.

Dante sonrió sin alegría.

—Después descubrí que me habías odiado durante casi toda la cena.

—No te odié.

—Pediste la cuenta dos veces.

—El mesero tardaba demasiado.

—Intentaste irte bajo la lluvia.

—Quería llegar a casa.

—Claro.

Por primera vez, Karla no discutió.

Dante miró hacia el pasillo por donde había desaparecido el técnico. Probablemente no regresaría hasta que dejara de escuchar voces elevadas.

—Después de esa noche pensé que algo había cambiado —dijo—. No porque te enamoraras de mí de pronto. Solo porque comenzaste a verme de otra forma.

—Lo hice.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué no dijiste nada?

—Porque cada vez que me acercaba, tú dabas un paso atrás.

Karla apretó los dedos contra la carpeta.

—No sabía lo que sentías.

—Tampoco sabías lo que sentías tú.

—Ahora sí.

El corazón de Dante golpeó una vez, fuerte.

No permitió que la esperanza creciera.

—¿Qué sientes?

Karla se quedó callada.

Un segundo.

Dos.

Demasiado.

Dante asintió lentamente.

—Eso pensé.

—No es tan fácil.

—Nunca dije que lo fuera.

—Necesito tiempo.

—Has tenido años sin saberlo y semanas desde que empezaste a sospechar.

—Eso no es justo.

—No intento ser justo.

La honestidad parecía haber abierto una herida que ya no podía cerrar.

—Estoy cansado de hacer como si esto no me importara —dijo—. Estoy cansado de decir algo a medias para que tú no te asustes y yo no quede demasiado expuesto.

Karla lo miraba con los ojos brillantes.

—No te pedí que hicieras eso.

—Lo sé.

—Entonces no puedes culparme.

—No te estoy culpando.

—Parece que sí.

—Estoy explicándote por qué ya no puedo seguir igual.

El técnico apareció a lo lejos, vio que continuaban hablando y volvió a desaparecer detrás de una máquina.

Dante tomó su saco del respaldo de una silla.

—La prueba tardará una hora. Puedes revisarla cuando esté lista.

Karla dio un paso hacia él.

—¿A dónde vas?

—A la oficina.

—Vinimos en tu coche.

—Pediré uno.

—No puedes decir todo esto y marcharte.

Dante soltó una risa breve.

—Claro que puedo.

—Dante.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué me quede aquí mientras decides qué responder porque te incomoda que ya no esté esperando en silencio?

—No dije eso.

—No tienes que decirlo.

Ella se detuvo.

Dante colocó el teléfono en el bolsillo.

—No te estoy pidiendo que me elijas.

—Pero me estás dejando toda la decisión.

—Siempre fue tuya.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es.

Dante se acercó lo suficiente para que pudiera hablar sin elevar la voz.

—Yo ya elegí hace mucho tiempo.

Karla lo miró.

Él sintió el impulso de tocarla. Apartar el lápiz que sostenía su cabello, limpiar la mancha de tinta de su muñeca o tomar su mano.

No hizo ninguna de esas cosas.

—Estoy enamorado de ti —dijo—. No desde la cita. No desde que conociste a Dog ni desde aquella noche del evento. Desde mucho antes.

Karla respiró temblorosamente.

—Nunca quise que eso fuera un problema para ti. Por eso no dije nada. Por eso hacía bromas. Era más fácil dejar que pensaras que solo quería molestarte.

—¿Y ahora?

Dante tardó un segundo.

—Ahora ya es un problema para mí.

La frase la lastimó. Pudo verlo.

Pero no era una amenaza ni un reproche.

Era la verdad.

—No puedo volver a fingir que me basta con estar cerca mientras tú decides si sentir algo por mí es un riesgo demasiado grande —continuó—. Tampoco quiero convencerte. Si tengo que explicarte por qué deberías elegirme, entonces no quiero que lo hagas.

—No se trata de que no seas suficiente.

—Lo sé.

—Se trata de mí.

—También lo sé.

Dante se alejó un paso.

—Por eso la decisión es tuya.

—¿Y si no sé qué decidir?

—Entonces no decidas todavía.

—¿Vas a esperar?

La pregunta salió tan baja que casi se perdió bajo el ruido de las máquinas.

Dante sintió que algo se rompía con suavidad dentro de él.

—No.

Karla cerró los ojos.

—Entiendo.

—No, no entiendes.

Ella volvió a mirarlo.

—No voy a salir corriendo a buscar a otra persona ni dejar de sentirlo mañana —dijo—. Pero no voy a seguir viviendo alrededor de la posibilidad de que algún día dejes de tener miedo.

Karla tragó saliva.

—Eso es lo que he hecho durante años.

Dante asintió.

—Sí.

No había orgullo en decirlo.

Solo cansancio.

—Y fue mi decisión. No tu culpa.

El teléfono vibró en su bolsillo. El conductor había llegado.

Dante tomó la carpeta con sus notas y la dejó frente a ella.

—El azul correcto está marcado. Revisa también el acabado de la última muestra.

Karla miró los papeles sin verlos.

—¿Eso es todo?

Dante pensó en todas las cosas que podría decir.

Que había imaginado besarla desde mucho antes de la cita.

Que guardaba una fotografía del dibujo de Dog porque ella había permitido que la tomara.

Que cada viernes en que la veía salir con alguien había deseado pedirle que se quedara.

Que sus bromas nunca habían sido falta de seriedad, sino la única forma que encontró de quererla sin asustarla.

No necesitaba decirlo.

Ya había dicho lo importante.

—Sí —respondió—. Eso es todo.

Caminó hacia la salida.

—Dante.

Se detuvo, pero no se volvió.

—¿Qué pasa si te elijo?

La pregunta le cerró la garganta.

Dante miró al frente.

—Entonces tendrás que decírmelo cuando estés segura.

—¿Y qué harás?

Él respiró hondo.

—Escucharte.

No prometió que todo estaría bien.

No dijo que olvidaría las semanas de distancia ni que la esperaría sin límites. Tampoco intentó transformar la confesión en algo romántico que hiciera más sencillo el miedo de Karla.

Simplemente abrió la puerta.

Antes de salir, giró hacia ella una última vez.

Karla seguía junto a la mesa, con la carpeta entre las manos y la mirada fija en él.

Dante sonrió apenas.

No era una de sus sonrisas provocadoras.

No había ninguna broma detrás.

—Nos vemos en la oficina.

Y se marchó.

El viaje de regreso duró más de lo previsto.

Dante observó la ciudad a través de la ventana mientras el tráfico avanzaba con lentitud. El conductor escuchaba un programa de radio y golpeaba el volante siguiendo una canción que él no reconocía.

Debería haberse sentido libre.

Había dicho la verdad después de tres años de esconderla bajo discusiones, cafés y comentarios absurdos. Ya no tenía que interpretar cada mirada de Karla ni preguntarse si la cena había significado algo para ella.

La decisión estaba en sus manos.

Eso no trajo alivio.

Solo una sensación extraña de vacío.

Al llegar a la oficina, Roberto levantó la vista.

—¿Dónde está Karla?

—En la imprenta.

—¿Y por qué regresaste solo?

Dante dejó el saco sobre la silla.

—Necesitaba espacio.

Roberto lo observó durante varios segundos.

—¿Todo bien?

—No.

La respuesta pareció sorprenderlo.

Dante encendió la computadora.

—Pero lo estará.

—¿Quieres hablar?

—No.

—¿Quieres que haga una broma mala?

Dante lo miró.

—Definitivamente no.

Roberto asintió y regresó a su lugar.

Dante abrió el proyecto, revisó los correos y respondió dos mensajes pendientes. Sus manos se movían de forma automática, cumpliendo pequeñas tareas que no requerían pensar.

A las cuatro y diecisiete llegó un correo de Karla.

Prueba aprobada. El color quedó correcto.

Nada más.

Dante respondió:

Perfecto. Gracias.

Después cerró la conversación.

No añadió un comentario.

No hizo una broma.

No buscó una razón para extender el mensaje.

Por primera vez desde que la conocía, había puesto toda la verdad entre ellos y se había retirado.

No porque hubiera dejado de amarla.

Sino porque, finalmente, había entendido que querer a alguien no significaba quedarse eternamente en el mismo lugar esperando que lo eligieran.

CAPÍTULO 11

La única cita que sí quería repetir

Karla siempre había pensado que tomar una decisión importante se sentiría distinto.

Más claro.

Más solemne.

Imaginaba que, llegado el momento, habría una certeza absoluta que ordenaría todas las piezas. Una voz tranquila indicándole qué hacer. Una seguridad suficiente para borrar las dudas antes de dar el primer paso.

No ocurrió así.

La decisión llegó mientras estaba sentada en el suelo de su departamento, rodeada de cajas de zapatos, con un frasco abierto de cajeta sobre la mesa y el cuaderno de dibujos apoyado sobre las piernas.

Había pasado el sábado intentando organizar el armario.

No porque lo necesitara.

Porque ordenar siempre había sido la forma más efectiva de evitar pensar.

Separó ropa por temporada, acomodó bolsos por tamaño y dobló tres veces una blusa que ya estaba perfectamente doblada. Después reorganizó un cajón de accesorios y revisó una caja donde guardaba entradas de cine, fotografías viejas y recibos que no tenía ninguna razón para conservar.

Nada funcionó.

Dante seguía allí.

En la forma en que el departamento parecía demasiado silencioso.

En la taza de café que había preparado sin darse cuenta como a él le gustaba.

En el espacio vacío de la página cada vez que intentaba dibujar algo que no fueran sus manos, su sonrisa o la forma en que inclinaba la cabeza cuando esperaba que ella admitiera que tenía razón.

Habían pasado menos de veinticuatro horas desde la discusión en la imprenta.

Dante no había escrito.

Karla tampoco.

Ninguno tenía una razón práctica para hacerlo. El proyecto estaba terminado, la prueba había sido aprobada y la presentación del lunes ya no necesitaba modificaciones.

Todo estaba en orden.

Ella no.

Abrió el cuaderno por la primera página que encontró.

Era el dibujo de Dog dormido junto al sofá.

Pasó a la siguiente.

Dante frente a la computadora, usando audífonos y sonriendo hacia una pantalla que ella no había dibujado.

Continuó avanzando.

Una mano sosteniendo un vaso de café.

Una botella de agua sobre un escritorio.

El perfil de un hombre inclinado sobre una presentación.

Una figura corriendo bajo la lluvia con un cuaderno protegido bajo el saco.

Karla cerró los ojos.

Había llenado páginas enteras de él antes de ser capaz de admitir que lo estaba mirando.

Antes de la cita.

Antes del evento.

Antes de entrar en su departamento y conocer a Dog.

La diferencia era que Dante lo había sabido durante años.

Ella había necesitado verlo alejarse para comprenderlo.

No quería que la convenciera.

No necesitaba que insistiera, esperara o demostrara algo más.

Ya lo había hecho.

No mediante grandes declaraciones, sino en cada gesto que ella había decidido minimizar porque aceptar su significado resultaba demasiado peligroso.

Karla miró la habitación.

Todo estaba exactamente donde debía estar.

Los zapatos alineados.

La ropa organizada.

Las cajas apiladas por tamaño.

Su vida siempre había parecido más segura cuando podía anticipar cada movimiento. Evitaba las sorpresas, preparaba rutas de escape y se retiraba antes de que alguien tuviera la oportunidad de abandonarla.

Había confundido control con protección.

Y soledad con independencia.

No quería seguir haciéndolo.

La certeza no apareció.

El miedo tampoco desapareció.

Simplemente dejó de parecerle una razón suficiente para quedarse quieta.

Karla tomó el teléfono.

Abrió la conversación con Dante.

El último mensaje seguía siendo aquel intercambio sobre la prueba de color.

Prueba aprobada. El color quedó correcto.

Perfecto. Gracias.

Era demasiado formal.

Parecía escrito por dos personas que solo compartían una oficina, no por alguien que acababa de confesar que llevaba más de tres años enamorado y otra persona que había pasado la noche intentando decidir si merecía la oportunidad de corresponderle.

Karla escribió:

¿Estás ocupado?

Lo leyó.

Lo borró.

Escribió:

Necesito hablar contigo.

También lo eliminó.

Sonaba a reunión.

Probó una tercera vez.

¿Podemos vernos?

Demasiado inseguro.

Dejó el teléfono sobre la mesa y se llevó una cucharada de cajeta a la boca. Estaba comiendo directamente del frasco, algo que habría negado incluso bajo interrogatorio.

No sabía hacer aquello.

Podía dirigir reuniones, cuestionar proveedores y defender una campaña frente a veinte personas. Podía discutir durante una hora sobre una tipografía y convencer a un cliente de cambiar una idea que llevaba meses aprobada.

Pero invitar a un hombre a cenar parecía exigir una valentía completamente distinta.

Quizá porque esta vez no quería que fuera una cena cualquiera.

No quería reglas.

No quería una salida programada a los sesenta minutos ni una excusa preparada en caso de sentirse incómoda.

Quería una cita.

Con Dante.

Quería escucharlo hablar demasiado, verlo robarle postre y discutir sobre cosas sin importancia. Quería volver a Amaretto y comprobar si la primera noche había sido tan insoportable como ambos afirmaban.

Quería quedarse.

Karla tomó nuevamente el teléfono.

No escribió.

Buscó el nombre de Dante y presionó el botón de llamada antes de que pudiera arrepentirse.

Él respondió después del cuarto tono.

—¿Karla?

Su voz sonaba cautelosa.

Eso dolió.

—Hola.

—Hola.

El silencio apareció de inmediato.

En otro momento, Dante lo habría llenado con alguna broma. Esta vez esperó.

La decisión era de ella.

Karla se puso de pie y comenzó a caminar por la sala.

—¿Estás ocupado?

—Estoy terminando el stream.

Escuchó voces digitales y algunos efectos de videojuego al fondo.

—Puedo llamar después.

—No.

Dante hizo una pausa. El ruido se apagó.

—Dame un segundo.

Karla oyó cómo se alejaba del micrófono. Después su voz sonó a lo lejos, despidiéndose de la audiencia y prometiendo regresar al día siguiente. Hubo protestas, notificaciones y un último sonido antes de que todo quedara en silencio.

—Ya —dijo—. ¿Pasó algo?

—No.

—¿Todo está bien?

—Sí.

Dante no respondió.

Karla apretó el teléfono contra la oreja.

—Bueno, no exactamente.

—¿Es por lo de ayer?

—Sí.

—Karla, no tienes que decirme nada todavía.

—Lo sé.

—Hablaba en serio cuando dije que podías tomarte tiempo.

—También dijiste que no ibas a esperar.

Silencio.

—Sí.

Karla respiró hondo.

—No quiero que lo hagas.

Dante tardó en responder.

—No entiendo.

—No quiero que esperes.

—Eso quedó claro.

—No. No me refiero a eso.

Karla cerró los ojos.

Era increíble que hubiera logrado sobrevivir tantos años sin aprender a expresar una emoción de forma directa.

—¿Puedes venir?

—¿A tu departamento?

—Sí.

—¿Ahora?

Karla miró la hora.

Eran las siete y media.

—Sí.

—¿Para hablar?

—No exactamente.

—Karla.

—Ven.

Dante exhaló al otro lado de la línea.

—No sé si sea buena idea.

La misma respuesta que le había dado cuando ella pidió hablar después de su stream.

Karla sintió el impulso de retroceder.

Decir que no importaba.

Colgar.

Regresar al armario perfectamente ordenado y convencerte de que había sido mejor intentarlo que arriesgarse a escuchar un rechazo.

No lo hizo.

—Por favor —dijo.

Dante guardó silencio.

—Está bien.

La llamada terminó.

Karla permaneció inmóvil con el teléfono en la mano.

Después miró su ropa.

Llevaba pantalones cómodos, una camiseta demasiado grande y el cabello sujeto en un moño que había comenzado a deshacerse. Corrió hacia el dormitorio, abrió el armario y sacó tres vestidos.

Los dejó sobre la cama.

Volvió a guardarlos.

No quería presentarse como una versión preparada para impresionar a un desconocido.

Dante ya la había visto con tinta en las manos, ojeras después de una entrega y el cabello mojado por la lluvia. Había entrado en su vida por los espacios que ella no mostraba durante las citas.

Eligió unos jeans, una blusa sencilla y el abrigo claro que había usado en el evento.

Después se quedó frente al espejo.

—Es solo una cena —murmuró.

Su reflejo no pareció creerle.

Dante llegó veinticinco minutos después.

Karla abrió antes de que tocara por segunda vez.

Él estaba de pie en el pasillo con una sudadera oscura, jeans y el cabello desordenado. Parecía haber salido tan rápido que ni siquiera se había molestado en ocultar el cansancio de su expresión.

No llevaba flores.

No llevaba café.

Solo una cautela que Karla no estaba acostumbrada a ver en él.

—Hola —dijo.

—Hola.

Dante miró detrás de ella.

—¿Puedo pasar?

Karla sostuvo la puerta abierta.

—Sí.

Entró y se quedó junto a la sala, sin quitarse la sudadera. Sus ojos recorrieron las cajas y la ropa que ella no había terminado de guardar.

—¿Estabas mudándote?

—Ordenando.

—Parece que perdiste una pelea con el armario.

Normalmente, Karla habría defendido su sistema.

En cambio, sonrió.

Dante la observó como si no supiera qué hacer con la reacción.

—¿Quieres algo de tomar? —preguntó ella.
—No.
—Tengo agua.
—Estoy bien.
—Café.
—Son casi las ocho.
—Tú haces streams hasta la madrugada.
—Karla.
Ella dejó de hablar.
Dante metió las manos en los bolsillos.
—¿Por qué estoy aquí?
La pregunta era directa.
No había bromas detrás.
Karla sintió que todas las frases que había practicado desaparecían.
—Tengo hambre.
Dante parpadeó.
—¿Ah sí?
Karla asintió.
—Conozco un restaurante.
Él la miró durante varios segundos.
La comprensión apareció lentamente en su rostro, acompañada por una esperanza que intentó contener.
—¿Con pastel de cajeta?
Karla sonrió.
—Obviamente.
Dante bajó la mirada.
Una risa breve escapó de su boca, más sorprendida que divertida.
—Karla…
—No es una explicación.
—Lo noté.
—Tampoco es un discurso.
—Gracias a Dios.
—No arruines el momento.
—Estoy intentando entenderlo.
Ella tomó el bolso del respaldo de una silla.

—Quiero cenar contigo.

—Ya hemos cenado juntos.

—Quiero que sea una cita.

Dante dejó de sonreír.

Karla sintió el miedo otra vez. Estaba allí, intacto, recordándole todas las razones por las que aquello podía salir mal.

Lo miró de frente.

—Una cita de verdad —añadió—. Sin trabajo. Sin amigos confundiendo reservaciones. Sin fingir que estamos allí por accidente.

Dante no se movió.

—¿Estás segura?

Karla pensó en la pregunta que le había hecho en la imprenta.

¿Qué pasa si te elijo?

En aquel momento todavía esperaba que él le explicara el resultado. Que prometiera una vida sin errores, despedidas o dolor.

Ahora entendía que elegirlo no garantizaba nada.

Solo significaba dejar de escapar.

—Sí.

Dante la observó con tanta atención que Karla tuvo que contener el impulso de bajar la mirada.

—No quiero que hagas esto porque te asusta perderme —dijo él.

—Me asusta.

—Eso no responde.

—Me asusta perderte —admitió—, pero no es la única razón.

Dante esperó.

Karla apretó la correa del bolso.

—También me asusta quedarme.

—Eso suena peor.

—Mucho peor.

Una pequeña sonrisa apareció en los labios de Dante.

Karla continuó antes de perder el valor.

—Llevo años creyendo que, si no esperaba nada de nadie, nadie podría decepcionarme. Que si mantenía todo bajo control, iba a estar bien.

—¿Y funcionó?

—No.

—Eso explica muchas cosas.

—Dante.

—Perdón.

No parecía arrepentido.

Karla puso los ojos en blanco, y aquella reacción familiar alivió algo entre ambos.

—No sé cómo hacer esto —dijo—. Tal vez vuelva a asustarme. Quizá intente organizar cosas que no pueden organizarse o me enoje cuando no entienda lo que está pasando.

—Eso suena bastante probable.

—¿Vas a dejarme terminar?

—Sí.

Dante hizo el gesto de cerrar la boca con una llave imaginaria.

Karla respiró hondo.

—No puedo prometerte que nunca voy a tener miedo. Pero sí puedo prometer que voy a decirlo en lugar de desaparecer.

Dante dejó caer la mano.

—Eso es bastante.

—También quiero que me digas cuando algo te lastime.

—Lo hice ayer.

—Después de tres años.

—Estaba construyendo confianza.

—Estabas escondiéndote detrás de bromas.

—Funcionó un tiempo.

—No funcionó.

—Llegaste a odiarme con mucha intensidad. Yo diría que produjo resultados.

Karla intentó parecer molesta.

No pudo.

La sonrisa apareció antes de que tuviera tiempo de detenerla.

Dante la vio.

Esta vez no la señaló como un premio.

Solo sonrió también.

—Entonces —dijo—, ¿quieres repetir nuestra peor cita?

—Quiero corregirla.

—Eso es muy tú.
—Hay varios errores que deben solucionarse.
—La comida estuvo bien.
—Llegaste tarde.
—Llegué primero.
—La otra persona llegó tarde.
—Técnicamente, ambos éramos la otra persona.
Karla abrió la puerta.
—¿Vienes o no?
Dante permaneció en su lugar durante un segundo.
—Sí.
La palabra fue sencilla.
Pero cuando pasó junto a ella, sus dedos rozaron los de Karla.
Ninguno se apartó de inmediato.

Amaretto estaba lleno.
Por supuesto.
Karla había llamado desde el coche, pero el encargado le explicó que no aceptaban reservaciones con tan poco tiempo. La lista de espera era de cuarenta minutos y la mesa disponible estaba junto a la cocina.
—Esto parece familiar —dijo Dante cuando llegaron al mostrador.
—No empieces.
La mujer de recepción revisó la lista.
—¿Nombre?
Karla abrió la boca.
—Dante —respondió él.
Ella giró hacia él.
—¿Por qué el tuyo?
—Porque la última vez la reservación estaba a nombre de otra persona y mira cómo terminó.
—Terminó bien.
Dante la observó.
Karla sintió calor en el rostro.
—Eventualmente —corrigió.
La recepcionista sonrió.

—¿Mesa para dos?

—Sí —dijeron al mismo tiempo.

Esta vez ninguno contradijo al otro.

Esperaron junto a la barra.

Dante pidió agua. Karla revisó el menú aunque ya conocía cada platillo. El silencio entre ellos no era incómodo, pero sí nuevo. Había una conciencia constante de lo que acababan de decidir.

O de lo que estaban comenzando a decidir.

—¿Vas a seguir mirándome así? —preguntó Karla.

—¿Así cómo?

—Como si esperases que salga corriendo.

Dante giró el vaso entre los dedos.

—No lo descarto.

—No voy a hacerlo.

—Lo sé.

—No parece.

—Estoy ajustándome.

Karla cerró el menú.

—¿Te arrepientes?

—No.

La respuesta llegó sin vacilación.

—Pero tampoco quiero fingir que ayer no pasó —añadió.

—No te lo estoy pidiendo.

—Lo sé.

—Puedes estar enojado.

—No estoy enojado.

—Estás herido.

Dante sostuvo su mirada.

—Sí.

Karla asintió.

Aceptar aquella respuesta dolía, pero era mejor que permitirle esconderla.

—Voy a necesitar tiempo —dijo él.

—Está bien.

—Y tú también.

—Probablemente.

—No tenemos que resolver todo hoy.

Karla miró hacia las mesas.

—Eso es difícil para mí.

—También lo sé.

Una risa pequeña escapó de ella.

—Sabes demasiadas cosas.

—Tres años de investigación.

—Eso suena ilegal.

—Solo si encuentras las cámaras.

Karla le dio un golpe con el menú.

Dante se rio.

La recepcionista los llamó antes de que pudiera responder.

Los condujeron a la misma zona donde habían cenado la primera vez. No era exactamente la misma mesa, pero estaba lo bastante cerca para que ambos la reconocieran.

Dante apartó la silla para Karla.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Comportarte raro.

—Estoy siendo educado.

—Nunca eres tan educado.

—Es una cita.

Karla se sentó.

—No quiero que actúes diferente.

Dante tomó su lugar frente a ella.

—¿Quieres que empiece una discusión?

—No dije eso.

—Dame cinco minutos.

El mesero llegó con los menús.

—Buenas noches. ¿Desean comenzar con algo de beber?

Dante miró a Karla.

Ella levantó una ceja, esperando que recordara.

—Un capuchino sin azúcar y con poca espuma —dijo él—. Pero tráigalo después de la cena. Si lo toma ahora, no duerme.

Karla lo miró.

Dante continuó.

—Para mí, café negro.

El mesero anotó.

—¿Alguna entrada?

—La tabla de panes —respondió Karla—, pero sin la salsa de cebolla.

Dante señaló el menú.

—La salsa viene aparte.

—No quiero que toque el plato.

—La cebolla no se transmite por proximidad.

—El olor sí.

El mesero miró entre ambos.

—Puedo pedir que no la incluyan.

—Gracias —dijo Karla.

Dante esperó hasta que se alejara.

—Eso fue excesivo.

—Tú pediste una pizza individual para que no tuviera que quitar cebolla.

—Era una emergencia.

—Exacto.

Se observaron durante un segundo.

Después ambos sonrieron.

La cena comenzó con cautela.

Hablaron del proyecto del lunes, aunque habían prometido no discutir de trabajo. Dante le contó que el nuevo departamento tenía un balcón donde Dog podría acostarse al sol. Karla preguntó si necesitaba ayuda para elegir muebles y él la acusó de intentar controlar una casa que todavía no era suya.

—Solo quiero evitar que compres un sofá gris.

—Me gustan los sofás grises.

—Son tristes.

—Combinan con todo.

—Eso es lo que dice la gente sin personalidad decorativa.

—Mi departamento actual te gustó.

—Contra todo pronóstico.

—Entonces confía en mí.

Karla inclinó la cabeza.

—Estoy trabajando en eso.

La broma desapareció.

Dante la miró con suavidad.

—Yo también.

No necesitaban explicar más.

Continuaron comiendo.

Hablaron de sus hobbies como en el evento, pero esta vez sin el cuidado de quienes temen revelar demasiado. Karla le contó que había pensado en inscribirse a un taller de ilustración, aunque llevaba meses posponiéndolo. Dante prometió no llamarlo "clase para hacer dibujitos" si ella aceptaba no criticar su postura al levantar pesas.

—Tu postura es terrible.

—Nunca me has visto entrenar.

—Vi un clip.

Dante dejó el tenedor.

—¿Ves mis streams?

—A veces.

—¿Con cuenta?

—No.

—Eres una espectadora fantasma.

—No quería que lo supieras.

—¿Por qué?

Karla miró su plato.

—Porque me gustaba verte cuando no sabías que estaba ahí.

Dante permaneció callado.

Karla levantó la vista.

—No hagas una cosa grande de eso.

—Estoy intentando no hacerlo.

—Parece que vas a sonreír.

—No puedo controlar mi rostro.

—Claro que puedes.

—Tú llevas meses intentándolo y no te sale.

Karla estiró la pierna bajo la mesa y golpeó suavemente su zapato.

Dante se rio.

El sonido le resultó familiar y nuevo al mismo tiempo.

No era la risa de la oficina después de haberla provocado ni la que usaba frente a su comunidad para llenar el silencio.

Era una risa tranquila.

Para ella.

Cuando terminaron los platos principales, el mesero regresó con los cafés.

—¿Desean ver la carta de postres?

Karla y Dante respondieron al mismo tiempo.

—Sí.

El mesero les entregó una.

Solo una.

Dante la abrió en el centro de la mesa.

—Hay pastel de cajeta.

—Ya lo sabía.

—¿Revisaste el menú antes de invitarme?

—Planeación básica.

—Creí que estabas dejando de controlar todo.

—No exageres.

—Podríamos pedir chocolate.

Karla lo miró horrorizada.

—No.

—Tiramisú.

—Dante.

—Fruta.

—Voy a pedirte que te vayas.

Él sonrió y levantó una mano para llamar al mesero.

—Un pastel de cajeta.

—Dos —corrigió Karla.

Dante la miró.

—La última vez compartimos.

—La última vez no sabía que robabas porciones demasiado grandes.

—Compartir implica riesgo.

—No cuando hay límites.

—Otra regla.

—Necesaria.
Dante se inclinó hacia ella.
—¿Y si solo queda uno?
Karla sostuvo su mirada.
—Lo compartimos.
—¿Mitad y mitad?
—No.
—Entonces seguimos igual.
—Nunca dije que fuera a cambiar todo.
El mesero regresó con una expresión apenada.
—Solo nos queda una porción.
Dante comenzó a reírse.
Karla cerró los ojos.
—Por supuesto.
—¿La traigo con dos cucharas? —preguntó el mesero.
Karla miró a Dante.
La primera vez habían compartido el último postre como si fuera una tregua. Ambos habían fingido que no disfrutaban la compañía y vigilado cada cucharada para asegurarse de que el otro no recibiera más.
Ahora Dante esperaba su respuesta.
No tomó la decisión por ella.
—Sí —dijo Karla—. Dos cucharas.
Cuando el pastel llegó, Dante acercó el plato hacia el centro.
—Deberíamos establecer reglas.
—Pensé que no te gustaban.
—Estoy adaptándome a la relación.
Karla se quedó inmóvil.
Dante también.
La palabra había aparecido sin aviso.
—¿Relación? —preguntó ella.
Él sostuvo la cuchara.
—Era una forma de hablar.
—Ah.
—Todavía estamos en la primera cita.
—Segunda.

—La primera no contó.

—Claro que contó.

—La declaraste un desastre.

—Fue un desastre.

—Entonces esta es la primera oficial.

Karla observó el pastel.

—No quiero empezar desde cero.

Dante dejó la cuchara.

Ella levantó la vista.

—No quiero fingir que los últimos años no pasaron —continuó—. Ni la cena, ni las peleas, ni todo lo demás.

—Eso suena poco romántico.

—No he terminado.

—Perdón.

Karla apoyó las manos sobre la mesa.

—No quiero una versión nueva de nosotros en la que tengamos que comportarnos diferente para que funcione. Quiero seguir discutiendo contigo.

—Eso sí suena romántico.

—Quiero que sigas haciendo nombres absurdos para los archivos.

—Puedo comprometerme con eso.

—Y quiero que me digas cuando algo te importe en lugar de convertirlo en una broma.

Dante asintió.

—Eso será más difícil.

—Lo sé.

—Pero puedo intentarlo.

—Yo también.

Karla tomó la cuchara.

—Entonces no es empezar desde cero.

Dante tomó la otra.

—Es continuar.

—Con correcciones.

—Por supuesto.

—Y límites claros con el postre.

—Eso tendremos que negociarlo.

Ambos probaron la primera cucharada.

El pastel sabía exactamente como Karla lo recordaba.

Quizá un poco mejor.

—Entonces —dijo Dante—, ¿esto significa que somos algo?

Karla se tomó su tiempo antes de responder, solo para verlo impacientarse.

—Significa que estamos en una cita.

—Eso ya lo establecimos.

—Una cita que quiero repetir.

La expresión de Dante se suavizó.

No hizo una broma.

No necesitó hacerlo.

Extendió la mano sobre la mesa, con la palma hacia arriba.

Karla la miró.

Era un gesto pequeño.

Una invitación.

Nada más.

Colocó su mano sobre la de él.

Los dedos de Dante se cerraron alrededor de los suyos con cuidado, como si todavía le estuviera dando la opción de retirarse.

Karla no lo hizo.

—Tengo una pregunta —dijo él.

—Eso nunca termina bien.

—¿En qué momento exacto te enamoraste de mí?

Karla retiró la mano.

—No dije que estuviera enamorada.

Dante abrió la boca.

—Acabas de invitarme a repetir nuestra primera cita.

—Eso no es una confesión.

—Dijiste que no querías empezar desde cero.

—Tampoco es una confesión.

—Me tomaste de la mano.

—Tú la extendiste.

—Y tú aceptaste.

—Fue un gesto amable.

Dante la miró con incredulidad.

—Karla.
Ella tomó otra cucharada de pastel.
—¿Qué?
—Llevo tres años enamorado de ti.
—Eso fue decisión tuya.
—Eres una persona terrible.
—Y, aun así, aquí estás.
—Estoy reconsiderándolo.
—Perfecto. Dame tu cuchara.
Dante alejó el cubierto.
—No mezcles nuestros problemas sentimentales con el postre.
—Entonces deja de amenazar con irte.
—No amenacé.
—Dijiste que estabas reconsiderándolo.
—Era una expresión.
—Las palabras importan.
—Eso dices cuando te conviene.
Karla estiró la mano hacia el plato.
Dante lo alejó.
—Devuélvelo.
—Admite que estás enamorada de mí.
—Eso es chantaje.
—Es negociación.
—Pésima negociación. El pastel está de mi lado de la mesa.
—El plato está en el centro.
—Dos centímetros hacia mí.
—Eso no establece propiedad.
—Dante.
—Karla.
La pareja de la mesa contigua los miró.
Ninguno bajó la voz.
—Eres insoportable —dijo ella.
—Llevas años diciéndolo.
—Porque es verdad.
—Y aun así me invitaste a cenar.
Karla intentó mantener la expresión seria.

Dante sonreía.

No con cautela.

No con miedo.

Con la misma sonrisa provocadora que había conseguido irritarla desde que lo conoció, solo que ahora no había nada escondido detrás.

Karla sintió que la suya aparecía sin permiso.

—No te acostumbres —dijo.

—Demasiado tarde.

Ella tomó su cuchara y robó la porción más grande.

Dante la señaló, indignado.

—Eso era más de la mitad.

—No establecimos reglas.

—Propuse hacerlo.

—Y yo no acepté.

—Esto va a ser un desastre.

Karla probó el pastel y dejó que la sonrisa permaneciera.

—Probablemente.

Dante tomó otra porción.

—¿El viernes siguiente?

—Depende.

—¿De qué?

—De si eliges un restaurante sin cebolla.

—Eso elimina la mitad de la ciudad.

—Entonces tendrás que esforzarte.

—Ya empezaron las exigencias.

—Puedes irte.

Dante se inclinó sobre la mesa.

—No quiero.

Karla sostuvo su mirada.

La primera vez que habían estado allí, ambos buscaron una razón para escapar.

Esta vez no había lluvia suficiente, postre escaso ni discusión absurda que pudiera hacerlos levantarse.

—Yo tampoco —respondió.

Dante sonrió.

Karla también.

Y continuaron discutiendo hasta que no quedó una sola migaja de pastel.